

Z/ 13135 : 15, 750 (1926)

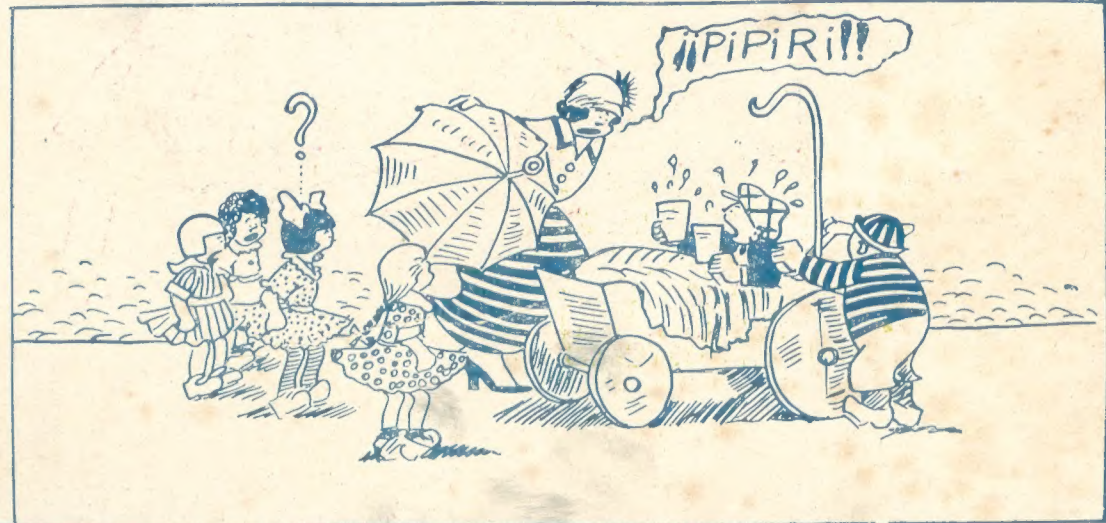
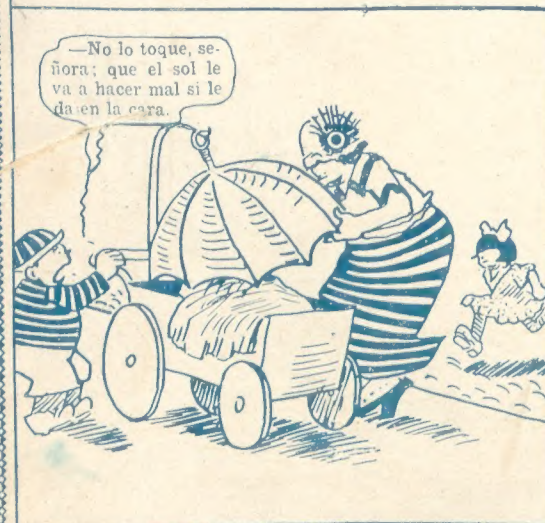
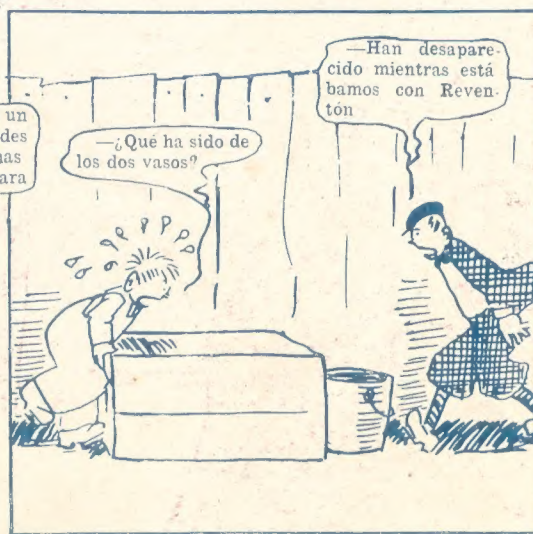
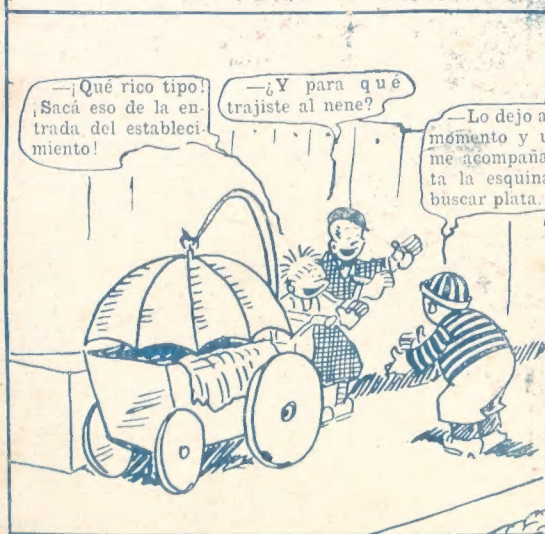
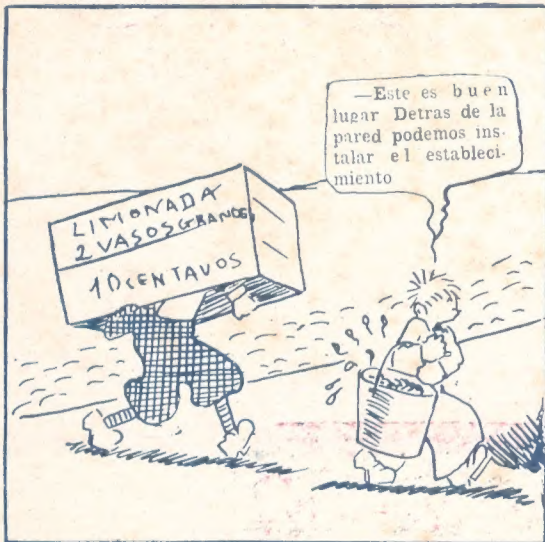
FRAY MOCHO



“Bailarina española”

Por Ferrando

N.º 750



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 7 de septiembre de 1926

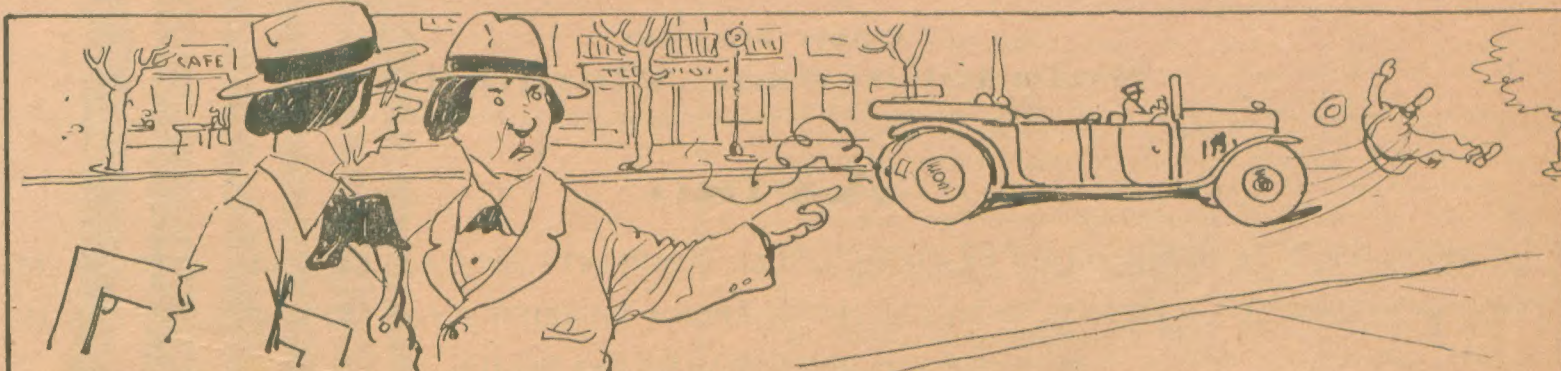
N.º 750

DE TODO EL MUNDO, por Rojas



—Mussolini en su afán de hacer economías en Italia, ha ordenado que no se fabriquen masitas. A uno que sorprendieron contraviniendo esa disposición, lo llevaron preso.
—¿Por qué?
—Porque lo agarraron con las manos en la masa.

—La nadadora Carson dice que al cruzar el Canal de la Mancha, le dió risa ver cómo la perseguían los peces.
—No se puede negar que es una mujer que se ríe de los peces de colores.



—La pintura ha alcanzado en nuestro país un lugar prominente. No hay más que ver las exposiciones que hay a diario.
—Y si no, que lo diga aquel señor que cruza la calzada.



—Venía a pedirle la mano de su hija para mi hijo el mecánico.
—¿Y con qué cuenta?
—Con la suscripción que le hagan los diarios cuando realice el primer vuelo en aeroplano. HAY QUE HACER ALGO POR CAMPANELLI.

—El castigo de la horca que impone Mustafá Kemal a los que no están de acuerdo con su política, es muy duro.
—Es lo que él dirá: les haremos un nudo en la garganta para que no se les olvide.



Bussac leyó en el periódico un anuncio que le dejó pensativo.

"Tutor honorable desea casar a su pupila, encantadora huérfana; de veinte años y con 800.000 francos de dote, con un joven honrado aunque de modesta posición. Se exige gran honorabilidad y menos de treinta años. Escribid, con referencias, a M. U., caja núm. 222".

¿Cómo no ha de emocionarse Bussac, con sus veinticinco años y su honradez acrisolada? Rápidamente coge un pliego de papel y escribe:

"Caballero: Tal vez sería de una inmodestia censurable enumerar todas mis cualidades. Preferible es que su encantadora pupila las descubra, si usted permite que sea presentado a ella. Soy de mediana estatura, tengo veinticinco años, pelo castaño, ojos grises, frente despejada (como mi inteligencia) y noble (como mis sentimientos), nariz aguileña, boca mediana. Mis títulos militares: antiguo sargento de Oficinas Militares. Mi situación: deliniente. ¿Qué añadir? Mi salud es perfecta; adoro a mi madre, y mi mayor alegría sería presentarle como futura compañera de vida (una vida de trabajo y austeridad) a la que ya ardo en deseos de conocer. Créame, señor mío, que, de todos los pretendientes que puedan dirigirse a usted, yo soy el más llamado a hacer la felicidad de su encantadora pupila. De usted, afectísimo, etcétera".

Bussac leyó la carta y respiró, satisfecho de su prosa.

Dos días después Bussac recibía la siguiente respuesta:

"Como el estilo es el hombre, excusado es decir que su carta ha

producido gran impresión en mi encantadora pupila. También desea ella con impaciencia conocerle a usted; pero, como mujer, es curiosa, y desearía tener antes una primera impresión de su físico. Vamos el jueves al teatro de las Fantasías

Dramáticas. ¿Le sería posible estar esa noche en el café del Buen Baco, inmediato al teatro? Entraremos a refrescar durante un entreacto de la función. Para poder reconocerle fácilmente se abanicará usted con un periódico. Seguro de su reser-

BUENA DOTE

Por Alfonso Croziere

LOCOMOCIÓN

Para echarse Alarico sobre Roma,
Con sus hordas ignaras de salvajes,
Se lanzó puramente sin ambages,
Como surca los aires la paloma.
El bajel de la vida no se toma
Con soñar sanguinarios abordajes,
Ni se compran los tronos y sus gajes
Con el alma metida en su redoma!

Para dar con el pecho en sus destinos,
Y pisar en la cumbre suspirada,
Han de hacer, palmo a palmo, la jornada,
Desgarrando sus pies los peregrinos:
Ni laureles, ni clárides, ni nada,
Sin el polvo lustral de los caminos!

ALMAFUERTE.

va... etcétera".

—¡Al fin pesco una mujer rica!
— exclamó saltando de alegría.

El jueves, Bussac entró emocionadísimo en el café del Buen Baco. Se sentó y pidió un bock.

Poca gente a aquella hora. Cada vez que la puerta se abría, Bussac empezaba a abanicarse con el periódico. Como el tiempo pasaba, pidió otro bock, y luego un tercero. El café iba animándose.

—Como esto siga así — pensó — se van a llenar todas las mesas.

De pronto, Bussac recibió una impresión muy desagradable. En la mesa frontera, un joven se abanicaba con un periódico.

—Un competidor — se dijo Bussac. — Somos dos los que nos disputamos los ochocientos mil francos. ¿Quién se los llevará? ¡Que vengan pronto ese tutor y su pupila para que elijan!

Mientras Bussac monologaba así, el dueño del café decía a su mujer, que estaba en la caja:

—Gran éxito, querida. No dirá el señor Grommelin que le engañamos al decirle que el café está lleno todas las noches. Creo que debemos pedirle más de los treinta mil francos por el traspaso.

—La verdad es que no has podido encontrar mejor estratagema para que se llene el café.

—Y que esto va a durar lo menos una semana, porque, dado el número de cartas que he recibido, voy a citar a los pretendientes por serie.

—Pero ten cuidado, Honorato, no te equivoques al decir a cada uno la actitud que debe tomar. Mira: allí hay dos idiotas que se ponen a abanicarse cada vez que se abre la puerta.

Banco Municipal de Préstamos

Casa Matriz:

Suipacha esq. Viamonte

Aviso

SE HACE SABER AL PUBLICO QUE DESDE EL 1.º DEL CORRIENTE MES, LA TASA DEL INTERES HA SIDO REBAJADA AL 9 o/o ANUAL. ESTA REBAJA SE APLICA TAMBIEN A LAS OPERACIONES PRENDARIAS AUN NO LIQUIDADAS EN ESA FECHA.

Otro

LA CAJA DE AHORRO RECIBE DEPOSITOS ABONANDO HASTA EL 5 o/o ANUAL DE INTERES, Y EL 6 o/o POR DEPOSITOS A UN AÑO DE PLAZO.—**IMPORTANTE:** LOS DINEROS DE LA CAJA DE AHORRO SE INVIERTEN EN LA ADQUISICION DE TITULOS NACIONALES Y MUNICIPALES.

Además

SE INVITA AL PUBLICO A CONCURRIR A LOS REMATES DEL BANCO, PARA COMPROBAR LAS FORMAS DE LAS VENTAS Y LA FACILIDAD DE REALIZAR COMPRAS. SOLICITE CATALOGOS DE LOS REMATES DE SEPTIEMBRE.



SINTÉTICAS

PANACEA QUE FALLA

El periódico soviético "Ekonomiches Kaya Shiza", que se publica en Riga, dice lo siguiente: "La cantidad de billetes en circulación en la Unión de las Repúblicas Socialistas Sovietistas, ha aumentado, esta última semana, en 46 millones de rublos. La inflación continúa paralcamente con la baja considerable en la cifra de negocios. Se ha podido comprobar una gran depresión en el mercado de tejidos, cueros, metales y productos químicos. Durante las semanas pasadas, en muchas localidades se han cerrado las bolsas de mercancías".

A juzgar por lo transcripto, el régimen de los soviets, está lejos de poseer la virtud curativa para los males sociales, que le atribuyeron los creadores del sistema. Los síntomas que acusa el paciente son serios; y si, junto con la disminución de los negocios y la depresión comercial, continúa la dilatación de estómago con inflaciones monetarias, habrá que convenir en que la eficacia de la panacea salvadora, estaría a la misma altura de la de cualquier cataplasma de curandera de barrio.

A DIOS ROGANDO Y CON EL HACHA DANDO

En Constantinopla acaba de subir al patíbulo un nuevo lote de condenados políticos. Los que ahora han sido ejecutados, públicamente, son cuatro jefes unionistas, (uno de ellos ex ministro de hacienda), acusados de conspirar contra la vida del presidente Mustafá Kemal. La terrible sentencia debió cumplirse un viernes, pero como dicho día es sagrado para los musulmanes, se dispuso anticipar la ejecución, a fin de no ofender los sentimientos religiosos.

Verdaderamente, eso de ahorcar el viernes, en lugar de hacerlo el jueves o el sábado, constituía un grave caso de conciencia; pero el escrúpulo fué salvado decorosamente, escamoteando unas cuantas horas de vida a los sentenciados a la última pena.

Por lo demás, quedamos perfectamente impuestos de que, en Turquía, se dedica el viernes al culto de la religión, y los restantes días de la semana, en que, por lo visto, no existen tales sentimientos, a cortar cabezas...

LA MUJER SE IMPONE

La proeza de cruzar a nado el Canal de la Mancha, recientemente llevada a efecto por la señorita Gertrude Ederle, acaba de repetirla, con igual éxito, la señora Amalia Gabe de Corson.

Alcanzan a veinticuatro los nadadores que, en la presente temporada, han intentado realizar dicha travesía; y de todos ellos, solamente las dos bizarras representantes del sexo femenino, anteriormente nombradas, y, últimamente, el alemán Hans Vierkotter, han conseguido triunfar en la prueba, no obstante contarse entre los fracasados nada menos que diez y siete veteranos nadadores continentales. Si a esto se agrega el hecho de que las dos deportistas citadas han empleado tiempos casi records, y, por consiguiente, muy superiores a los invertidos por los cuatro o cinco nadadores que las precedieron en la realización de dicha travesía, resultará doblemente vergonzosa la derrota sufrida por el llamado sexo fuerte.

Después de esto, se habrán convencido los hombres de que, para el Canal, no hay como las mujeres.

COSAS DE YANQUILANDIA

Una importante compañía de seguros, radicada en Nueva York, ha declarado que en lo que va del año 1926, se ha registrado un aumento de 25 0/0, en la mortalidad causada por las bebidas alcohólicas, sobre la ocurrida, por igual causa, en 1925. La misma compañía agrega que, en los diez y siete millones de personas, aseguradas por dicha institución, se ha observado un aumento de 6 0/0, en los fallecimientos provocados por el alcoholismo, desde el primer año de la prohibición.

No tiene nada de extraño que, en el país de las cosas extravagantes, sea el contrasentido quien rija los sucesos, como claramente lo demuestra la estadística apuntada. Así, pues, cuando los yanquis quieran fomentar un vicio no hallarán nada mejor que dictar leyes que lo prohíban,



Existe cerca de Cartagena de Indias un pueblo que se llamaba antiguamente San Juan de Chimiriguaco y cuyo nombre moderno no hace al caso. Es un pueblo levantado en un terreno tan accidental que sus habitantes encuentran continuamente motivos para hablar mal de sus desconocidos fundadores. San Juan de Chimiriguaco, como las mujeres honradas, carece de historia. Su calle principal llamada pomposamente Calle Grande, es en realidad un mal camino carretero, bordeado por unas cuantas casas de construcción un tanto primitiva. La estética no ha sido tomada en cuenta para nada. Cuando llueve, aquella calle se convierte en un arroyo bastante caudaloso, cuyas aguas arrastran velozmente las basuras de todo el vecindario. Los aguaceros, frecuentes en la región, son los encargados del barrido municipal. Poco después de la cesación de la lluvia, la Calle Grande se transforma en un lodazal terrible que sería el mejor aliado de los lustrabotas, si este gremio tan útil existiera en aquella población. No hay propiamente aceras, de modo que el tráfico se efectúa de manera forzada, por el barro. Es verdaderamente interesante, los domingos por la mañana, después de un aguacero, ver a las mujeres vestidas de colores claros, con sus zapatos de tacón bajo, saltando de piedra en piedra, como pájaros con las alas cortadas, en marcha hacia la iglesia. De noche, San Juan de Chimiriguaco es una maravilla. No hay alumbrado público. Las calles sugieren el clásico símil de la boca del lobo. Menos mal que no hay salteadores. Los chimiriguacenses son honrados.

Apenas empieza a descender el sol, la plaza del pueblo se llena de ganado vacuno. Y como la iglesia está en la plaza, con mucha frecuencia el toque de oración se confunde con el mugido de algún toro enamorado. Con la agravante de que el mugido, parecido a un grito de angustia, es siempre más fuerte que el tañido de las viejas campanas. Esa costumbre de hacer dormir el ganado en la plaza ha dado lugar a muchos accidentes. Más de un transeunte, al regresar de noche al hogar, creyendo pisar una piedra, ha puesto el pie en el lomo de una vaca. No es necesario mucha imaginación para suponer lo que, al levantarse bruscamente el animal, ha sucedido al desprevenido transeunte.

A pesar de sus innumerables inconvenientes, la vida en San Juan de Chimiriguaco tiene sus encantos. Las mujeres son graciosas e inteligentes y los hombres leales. Tres cosas apasionan a los chimiriguacenses: las riñas de gallos, la política y las fiestas de San Juan Bautista, patrono del pueblo. De estas fiestas se hablará más adelante. Las costumbres de los chimiriguacenses darían tema para escribir un tratado de moral. La tolerancia llega a los límites de la inconsciencia. Esto lo mismo puede ser por escasez de civilización que por civilización excesiva. Es probable que sea lo segundo. Es muy raro el chimiriguacense casado o soltero, que tenga una sola querida. Hay quien tiene hasta cuatro. Todos tienen tantas cuantas pueden sostener. Parecen musulmanes. Lo más curioso es que las mujeres son fieles y los crímenes pasionales no se producen, lo cual habla muy alto del estado de civilización de los

Una pregunta sin respuesta

Por Pedro Sondereguer

moradores de San Juan de Chimiriguaco.

En una de las esquinas de la plaza, frente a la iglesia — hace de esto unos treinta años, — vivía el Padre Toribio Alber, cura del pueblo. Era un hombre alto, fornido, de cabellos blancos, de ojos acorados y de cejas espesas y erizadas que parecían dos aleros. La voz del Padre Alber era célebre en la comarca. Cuando el cura hablaba hacía temblar hasta el piso (que era de tierra, porque en San Juan de Chimiriguaco la baldosa era un

sueño), se oía una especie de música infernal ejecutada por un clarín de combate y un violín con las cuerdas envueltas en papel de seda. Al espectáculo poco edificante que ofrecía ese hogar extraordinario, se debía, sin duda, la irreligiosidad de los chimiriguacenses. Estos, en esa época, no creían más que en San Juan Bautista, en las brujas y en los aparecidos. Y es más que probable que su confesada fe en San Juan fuera sólo un pretexto para los tres días de holganza y ebriedad que se permitían anualmente.

POEMAS DE AMOR

(Del libro de este título, recientemente aparecido).

Por sobre todas las cosas amo tu alma. A través del velo de tu carne la veo brillar en la oscuridad; me envuelve, me transforma, me satura, me hechiza.

Entonces hablo para sentir que existo, porque si no hablara mi lengua se paralizaría, mi corazón dejaría de latir, toda yo me secaría deslumbrada.

Cada vez que te dejo retengo en mis ojos el resplandor de tu última mirada.

Y, entonces, corro a encerrarme, apago las luces, evito todo ruido para que nada me robe un átomo de la sustancia etérea de tu mirada, su infinita dulzura, su límpida timidez, su fino arrobamiento.

Toda la noche, con la yema rosada de los dedos, acaricio los ojos que te miraron.

¡Palidez de tu cara desangrada!

¡Zumo de nomeolvides atravesando entre napa y napa de la piel!

Cuando aposenté la rosa muerta de mi boca fui, sobre aquella pureza, más ligera que la sombra de la sombra...

Te amo profundamente y no quiero besarte.

Me basta con verte cerca, proseguir las curvas que al moverse trazan tus manos, adormecerme en las transparencias de tus ojos, escuchar tu voz, verte caminar, recoger tus frases.

ALFONSINA STORNI.

artículo de lujo sólo empleado por los muy ricos). Cuando en las grandes ocasiones se le ocurría predicar, el sermón podía ser escuchado por los vecinos desde sus respectivas casas. En esto no hay ni pizca de exageración.

Sin preocuparse de murmuraciones — por lo demás, nadie murmuraba, — el Padre Toribio Alber vivía conyugalmente con Lucía Altosano, mujer de mal carácter que usaba un vocabulario procaz que daba miedo. Afortunadamente para el vecindario, Lucía tenía una voz tan nasal que parecía que hablaba con la boca cerrada. Cuando el cura y Lucía reñían, lo que ocurría continuamente (el Padre Alber, en sus raros momentos de buen humor decía que su existencia era una riña que se interrumpía con el

Sin el Santo no habrían tenido más feriados que los domingos, el Carnaval, el aniversario patrio, la Navidad, la semana de la Pasión, Año Nuevo, el día de los Reyes, la Asunción, la Ascensión, la Concepción, la Anunciación y los días de cumpleaños de todos los padres de familia y de todas las jóvenes casaderas de la localidad.

De aquel concubinato tan en pugna con la religión y las buenas costumbres, habían nacido tres hijas: Leontina, Teresa y Clorinda. La primera tenía la cara del padre y la voz de la madre. Para agravar su caso, era tartamuda y tenía un carácter que infundía terror a sus propios progenitores, lo que es decir bastante. Teresa era perfectamente idiota, si es que en eso puede haber perfección. Las gentes

atribuían a castigo de Dios la idioez de Teresa y la tartamudez de Leontina. Sería interesante saber si tenían razón.

Clorinda Alber no se parecía en nada a sus hermanas. Era bellísima. Los vecinos de San Juan de Chimiriguaco afirmaban que no era hija del Padre, sino de un sacristán, un pobre inmigrante italiano que había desaparecido sin que jamás se llegara a saber cuál había sido su destino. Algo se habló del asunto, pero aquello no tuvo trascendencia. Las autoridades chimiriguacenses, más interesadas en sus cuestiones personales que en las de la comunidad, no se ocuparon de averiguarlo. Quizá la despreocupación general era la causa de la innegable felicidad de que disfrutaban los habitantes de San Juan de Chimiriguaco.

El origen de Clorinda importa poco; por lo menos, así lo hizo comprender Lucía Altosano a un insolente que se atrevió a hablarle del asunto. Lo importante es la belleza de Clorinda, que era excepcional. El cabello de aquella muchacha era de color castaño oscuro y tan brillante que parecía fosforescente. Sus ojos, que parecían de bronce, eran enormes y de una expresión tan agresivamente voluptuosa que sugería sueños endemoniados de criminal deleite. Se sentía que bajo la influencia de esas pupilas de aspecto metálico se podía llegar hasta la locura o hasta el asesinato.

El rostro de Clorinda Alber era de ese color agradable y raro que alguien ha comparado con el de la miel. Su cuerpo era un prodigio, una milagrosa combinación de líneas que despertaba ansias incontenibles y desesperantes. No era elegante, ni esbelto, ni rítmico; sin embargo, algo había en sus curvas nada violentas, en sus tiernas morbideces, en su adivinada suavidad, que lo hacía aparecer como una obra de hechicería. Había en aquel cuerpo de movimientos lentos, como el de ciertos reptiles, algo de envolvente y de sugestionante que atraía con fuerza irresistible. Mirando los brazos, largos y maravillosamente modelados, de Clorinda Alber, se presentía que sus caricias eran enervantes. Clorinda Alber atraía como un misterio y asustaba como un abismo. Se temía amarla. En su presencia se sentía un miedo igual al que inspiran los alcaloides: no se desean probar porque se teme que lleguen a dominar y a malograr la vida.

En San Juan de Chimiriguaco nadie se había atrevido a hacer el amor a la muchacha. Se la miraba con admiración y con miedo, como si hubiera sido un insuperable engendro del demonio. La imaginación de los solteros chimiriguacenses había rodeado a la extraña criatura de una especie de aureola de brujería. A esa aureola poco envidiable, que había trazado alrededor de la joven un círculo aislador, uníase el sentimiento casi de horror que inspiraban los futuros suegros. ¿Quién iba a aguantar los alaridos del Padre Alber y los rezongos de Lucía Altosano?

Y sucedía que, mientras Leontina en su lenguaje incomprensible decía oraciones y prodigaba insultos, revolviéndolo todo, desde el patio hasta el dormitorio, y Teresa dormía, babeándose, en la cocina, como un perro enfermo, Clorinda permanecía en la ventana que daba a la plaza, mirando hacia el lejano horizonte, esperando el arribo de un soñado prometido que no llegaba

nunca y pensando con rabia en la inutilidad de sus encantos. Y odiando su hermosura, envidiaba a Teresa. Y se desesperaba. Pero un día...

Vamos por partes.

La tranquilidad habitual de San Juan de Chimiriguaco había desaparecido. Por todas partes se escuchaban gritos, risas, estallidos de cohetes, manifestaciones de entusiasmo. El sol, un claro y ardiente sol de junio, iluminaba el pueblo y sus alrededores, dando al ambiente una gloriosa transparencia diamantina.

Se celebraba la fiesta de San Juan Bautista. Los chimiriguacenses estaban en plétora de júbilo. Las calles rebosaban de gentes. De todas las poblaciones inmediatas habían llegado innumerables personas, deseosas de tomar parte en los festejos y de derrochar el poco dinero acumulado a costa de grandes privaciones. Los menos pobres habían ido para despilfarrar el producto de la venta de un potro, de un asno o de un novillo. Todos tenían puesto su mejor traje. La indumentaria de los hombres revelaba claramente la escasa habilidad de la esposa o de la hermana, medidas a sastres por la fuerza de las circunstancias. La elegancia no era, precisamente, la característica de los habitantes de San Juan de Chimiriguaco. La mayor parte vestía de dril blanco. Muchos no llevaban camisa; encima de la camiseta se habían puesto una chaqueta de corte militar, abrochada hasta el cuello. Los que llevaban camisa, no tenían corbata. A muchos se les veía caminar con dificultad. Esto se debía a la falta de costumbre de usar botines. Los chimiriguacenses pobres usan generalmente abarcas; los ricos, usan chinelas. Los botines los reservan para las grandes ocasiones. Como es de suponer, algunos chimiriguacenses, que han vivido en la capital de la provincia, visten elegantemente y a la moda.

Las tiendas de San Juan de Chimiriguaco son al mismo tiempo despachos de bebidas. Desde el amanecer de aquel día memorable, todas las tiendas estaban llenas de ciudadanos que consumían alcohol con extraordinario entusiasmo. En una de ellas, situada en una esquina de la plaza, frente a la residencia del Padre Alber, se había reunido un gran número de hombres, en su mayoría labriegos. Siguiendo una vieja y hermosa costumbre de los moradores de la comarca, los allí reunidos se dedicaban, mientras bebían anisado, a la versificación improvisada. Entre los del grupo había dos de los llamados *versadores*. Son estos repentistas verdaderamente asombrosos. Algunos hay capaces de hablar en verso durante varias horas consecutivas. No está demás decir que estos repentistas son por lo general analfabetos.

Los versadores improvisaban sobre cuestiones agrícolas y domésticas. En décimas imperfectas hacían el elogio de los productos de la tierra, de los beneficios de la lluvia, de la gracia del sol, de la ayuda de la esposa de corazón bueno, de la santidad de la madre infatigable, de la hermana de mano prodigiosa para las labores de la cocina. El más joven de los versadores dijo:

*Fuí a recoger aquel día
Lleno de santo contento,
Seguido de mi jumento,
Mi cosecha de sandía.
Rebosante de alegría*

*Corté una larga tajada.
La mordí sin decir nada
Y me sumí en embeleso:
¡Era dulce como un beso
De los labios de mi amada!*

—¡Muy bien! — gritaron todos.

El otro versador se disponía a replicar, cuando se detuvo un jinete en la puerta de la tienda. Era un hombre de unos treinta años de edad, de mediana estatura, de ojos negros y de poblado bigote pretenciosamente retorcido. Había en su aspecto mucho de conquistador y

presteza. Vestía elegantemente. Llevaba chaqueta negra, chaleco del mismo color, corbata oscura salpicada de diminutas manchas blancas y polainas amarillas. En los tacones ostentaba pequeñas espuelas de plata.

—¿Se puede? — preguntó y su acento reveló un espíritu valiente, habituado a desafiar el peligro.

—Pase usted — contestó uno del grupo.

Avanzó el recién llegado.

—¿Improvisaban?

—Así es.



—No tengas miedo, hija. El empresario será un hombre como todos los demás.

—Eso es lo que temo, mamá.

una buena dosis de altanería. Se adivinaba que aquel hombre estaba acostumbrado a dominar, a luchar hasta vencer, a no tolerar resistencias. En sus ademanes, en sus pupilas, se advertía ese don inocultable e indescriptible de los triunfadores.

El recién llegado se apeó con

—¿Me permiten probar mi habilidad?

Con mucho gusto.

Al oír esta respuesta, el recién llegado miró uno a uno a todos los allí presentes. Después miró hacia la calle. Sus ojos se fijaron en el rostro de Clorinda Alber, que desde la ventana de su casa observaba lo

que pasaba en la tienda. Por la expresión de su mirada pudo comprenderse el efecto que le había producido la rara belleza de la joven.

—Me llamo Diego Altamar — dijo. — He venido a celebrar con ustedes la fiesta de San Juan. Mucho me han elogiado este pueblo. Lo que no me habían dicho es que las mujeres de aquí son tan hechiceras. Aquella, por ejemplo, es la poesía misma.

Y señaló con el gesto a Clorinda Alber.

—Esa es hija del cura — explicó uno de los versadores.

—Aunque sea hija del papa, yo le haré el amor.

Tras una breve pausa, Diego Altamar agregó:

—A llenar las copas. Esto va por mi cuenta. Y que los versadores versen en honor de esa dama.

—Empiece usted — expresó el versador más joven.

—Pues allá va. Sólo las mujeres se hacen rogar.

Y Diego Altamar, dijo:

*Baja tu mirada de claro destello,
A tus pies, enfermo de pasión, me
[arrastro;
Vénceme la eurtimia de tu cuerpo
[bello,
Una maravilla de fino alabastro.*

Tu cuerpo divino de suaves

*[fragancias,
Que mi alma adivina bajo tu ropaje,
Me tiene ya loco de febriles ansias
¡Y esas ansias locas son un
[homenaje!*

—¡Bravo! — gritaron todos, llenos de entusiasmo, al mismo tiempo que golpeaban las manos en ruidosos aplausos.

—No es para tanto, amigos — afirmó Diego Altamar. — Cualquiera versifica en presencia de tan hermosa mujer. No es que yo sea poeta; es que ella es la poesía. ¡Bebamos!

Todos obedecieron, menos los versadores, que se sentían ya derrotados.

Diego Altamar, con la copa en una mano, salió de la tienda y se detuvo en medio de la calle. Con la mirada clavada en Clorinda, exclamó:

*Tu boca breve y rosada
Ohtendrá mis besos locos.
Serán mil y serán pocos
Para saciar mi sagrada
Ansia de tu cuerpo fino.
Tu mirada húmeda y tierna
Y el contacto de tu pierna,
Embriagante como un vino,
Han causado un hondo estrago
En mi pecho de león.
Te estoy dando el corazón
Sorbo a sorbo, trago a trago.
Bien comprendo que a los sabios
Movimientos de mi audacia
Tu divina aristocracia
Rendiré bajo mis labios.*

Los gritos de entusiasmo y los aplausos de los que lo rodeaban lo obligaron a callar. Avanzó algunos pasos hacia la ventana donde se hallaba Clorinda y prosiguió:

*Alma mía, toda mía,
Alma de excelsa blancura,
Has hecho de mi cordura
Una tremenda agonía.
La virginidad vestal
De tu boca y de tu frente,
Destrozaré bruscamente
Bajo el influjo fatal
De mi pasión masculina.
Imposible es impedirlo*

Santa aspiración

Todas las cosas tienen aspiración a lo infinito. La semilla se rompe, y manda su tallo hacia el cielo. La flor se abre, y levanta al cielo su corola para recoger la luz. El árbol crece, y eleva y extiende en el cielo sus ramas. El agua corre, y disipa en el cielo el incienso de sus blanquísimos vapores. Las sustancias de la tierra se entrechocan, y envían al cielo la chispa de la electricidad. El ave abandona su nido, y extiende en el cielo sus alas. Pero la semilla vuelve a caer en el suelo, desprendiéndose de la planta; y la flor cierra su corola roída por el insecto; y el árbol sacude sus hojas secas; y el vapor se convierte en nube, la nube en lluvia que vuelve a la tierra; y la chispa de la electricidad torna a su origen convertida en rayo; porque solamente el espíritu, luz de la luz, vida de la vida, esencia de la esencia, puede llegar hasta Dios.

EMILIO CASTELAR.

*¿Qué quieres tú que haga un
[mirto
Si se desgaña una encina?
Besos, besos, muchos besos
Pondré en tu belleza extraña
Y la color de champaña
De tu faz con mis excesos
Tornarse en rosa puro:
Rosa en la alba frente, rosa
En la mejilla gloriosa
Y en el mentón inseguro.*

Clorinda Alber, ante aquel inesperado y audaz ataque, se ruborizó. Intentó retirarse de la ventana. Diego Altamar la detuvo con un gesto imperioso y gritó:

*Está tan linda tu faz
En este súbito espanto
Que si no te amara tanto
Te quisiera mucho más.*

Clorinda no pudo soportar más y se retiró corriendo.

—Es inútil que huya — dijo Diego Altamar. — Es usted la mujer que busco desde que vine al mundo. Y la tendré.

Después, volviéndose a sus compañeros, ordenó:

—Otra copa a la salud de la hermosa.

En ese momento se oyó la voz de trueno del Padre Alber.

—¿Oye usted? Ese es el cura que grita. Lo va a excomulgar.

Al oír estas palabras, Diego Altamar, exclamó:

—¡Cállese, amigo! Un cura que tiene hijos no puede excomulgar a nadie. Tendría primero que excomulgarse a sí mismo. Siga la fiesta!

En efecto, la fiesta de aquel grupo de buenos bebedores continuó hasta la hora de la procesión.

A las cinco de la tarde, todos los habitantes del pueblo se congregaron en la plaza y en la iglesia. La imagen de San Juan, transportada en hombros por cuatro mozos robustos, seguida por el padre Alber y ocho monaguillos, fué sacada del templo. Detrás de la imagen iban en fila todas las jóvenes chimiriguacenses. Cada una llevaba una vela en la mano. Vestían todas de blanco. No era posible dejar de hacer la zaranadeada comparación de la bandada de palomas.

De cuando en cuando, las jóvenes entonaban cantos en honor del santo. Llevaba la voz cantante un mozo, perteneciente a una de las mejores familias de la localidad, vestido presuntuosamente de drill oscuro. Cuando cantaba, aquel sujeto hacía tales muecas que causaba risa a cuantos le miraban. Era un espectáculo que rompía la sencilla gravedad del acto.

Al lado de Clorinda Alber, iba Diego Altamar, que había dejado su caballo al cuidado de uno de los versadores. (Le había pedido ese servicio con una décima y el repentista no había podido negarse). Hablaban animadamente.

—No me irá del pueblo — decía él, — hasta que usted no me dé una esperanza.

—Es usted demasiado impetuoso.

—Siempre he sido así. Pasa la vida tan rápidamente que la felicidad hay que apresarla al vuelo. Usted es la felicidad.

—Por eso quiere agarrarme al vuelo.

—Usted lo ha dicho. En la capital, al pie del cerro de San Felipe, tengo una casita. Es la casita blanca de las canciones. Está preparada para recibirla.

—¿Qué pronto!

—Ha estado siempre preparada. Yo sabía que algún día la encontraría a usted. Estaré eternamente agradecido a esta fiesta. Me haré devoto de San Juan Bautista.

—¿Y si yo no llegara a quererle?

Esta pregunta de Clorinda Alber fué contestada por Diego Altamar en tono enérgico:

—¡Me llegará usted a querer! ¡Es una fatalidad!

y que no vacila en bautizarlos él mismo y darles su apellido?

—La verdad es que no debíamos de asombrarnos, — comentó uno. — Igual cosa hizo su antecesor. Los Méndez, tan orgullosos, tan altaneros, ¿no son hijos de Segismundo Méndez, que fué cura de esta desdichada parroquia?

—¡Y qué bonitas son las nietas del Padre Méndez!

—¡Encantadoras, encantadoras!...

EL COPIHUE

(Del volumen de versos "Chaquiras", recientemente publicado).

La noche lucía su vincha de estrellas y un tupo de luna prendido al chamal. El bosque dormía en torvo silencio, y en la lejanía roncaba un volcán.

La brisa traía rumores de frases ahogadas por besos, desde el chacayal, de suaves protestas, de tiernos lamentos, de una breve lucha y un hondo callar.

Y diz que se viera, al siguiente día, un hilito rojo al pie de un chacay, y a poco, un copihue, teñir sus corolas, con ese vestigio de virginidad.

Tal es la leyenda, que una paisanita contóme una noche, en el chacayal... Lucía, esa noche, por vincha sus trenzas y un rojo copihue prendido al chamal.

MIGUEL A. CAMINO.

—¡Hágase la voluntad de Dios!

La procesión recorrió las principales calles del pueblo. Aquello duró unas tres horas. Cuando regresaron a la iglesia, los cargadores del santo iban medio muertos. El médico de la localidad, que era ateo, protestaba contra la inhumanidad del cura, en la puerta de su casa. Sus amigos le hacían coro. Gritaba el médico:

—¿Qué bondad quieren que tenga un cura que está lleno de hijos

II

Diego Altamar era, en verdad, un hombre impetuoso. Dos meses después de la fiesta de San Juan Bautista, a pesar de la oposición del Padre Alber, se casó con la bellísima Clorinda. Y cumpliendo su palabra, la llevó a vivir a una casita situada al pie del cerro de San Felipe, en Cartagena de Indias.

En los primeros días de su matrimonio Clorinda fué, como no po-

día dejar de suceder, intensamente feliz. Diego Altamar era el más rendido de los enamorados y el más complaciente de los maridos. Diariamente, la dichosa pareja salía de paseo. Algunas veces iban al centro de la ciudad. El viejo recinto amurallado, con sus calles estrechas y húmedas, con sus caserones de estilo colonial, sus plazas pequeñas, causaba las más gratas sorpresas a la dichosa aldeana. Ella sabía la historia de la ciudad, magnífica de heroísmo, y había soñado desde su infancia con conocer los lugares donde tanta sangre se había derramado por la libertad de América. Su alma se henchía de epopeya y su corazón se divinizaba de amor.

Otras veces los recién casados recorrían en una lancha la inmensa bahía, una de las más hermosas de América, que fué surcada varios siglos antes por la quilla audaz de los barcos piratas y por la proa atrevida de los galeones españoles, cargados de metales preciosos. El, con voz emocionada, que el amor hacía aún más elocuente, evocaba las gloriosas hazañas de los inmortales defensores de la plaza. Ella le escuchaba, silenciosa y conmovida.

Como dos turistas que unían a la curiosidad el entusiasmo, visitaban los castillos que custodiaban la entrada de la bahía. Y él censuraba en términos enérgicos el descuido en que se encontraban en la actualidad esos lugares, testigos de tanta grandeza y tanto heroísmo. Aquellos edificios recuerdan los más brillantes hechos de Cartagena de Indias, en la época colonial.

Una tarde, Clorinda y Diego llegaron hasta Castillo Grande. Allí tuvieron una desagradable sorpresa. Corrían como niños escapados de la escuela, por las inmensas y lóbregas habitaciones del antiguo edificio, cuando en un rincón vieron desenroscarse una enorme serpiente. Aprovechando el condenable abandono de los hombres, el reptil había tomado por guarida el histórico castillo. Era un animal de casi cuatro metros de largo. Con su chata cabeza levantada, miraba fijamente a los intrusos. Empezó a avanzar lentamente.

Clorinda Alber, dominada por el espanto, lanzó un grito. Puso desmesurada angustia en ese grito y su compañero, no obstante su reconocido valor se estremeció. También él se sintió dominado por el pánico. Logró reaccionar con un tremendo esfuerzo. Se reprochó su cobardía y echó mano del revólver. Era necesario librarse de aquel peligro cuanto antes. De su serenidad y de su valentía dependía en gran parte el aprecio que le profesaba su mujer. Si huía, ella le perdería la inmensa confianza y la reverente admiración que por él experimentaba. Se mantuvo a pie firme, dominando el infinito horror que entonces, como siempre, le inspiraban los reptiles. Ese horror era una de las pocas fallas de su carácter. Con un sorprendente esfuerzo de voluntad levantó el brazo en que tenía el arma. Su pulso parecía tranquilo. Sólo su inmensa palidez denunciaba el sentimiento que en ese instante hacía presa de su espíritu. Mató a la serpiente de un balazo.

Después respiró fuertemente, ya en pleno dominio de sí mismo. Se dirigió hacia el sitio donde se hallaba Clorinda Alber. Alzó dulcemente a la divina mujer, que se había desmayado. El rostro magnífico de Clorinda había adquirido un tinte sombrío. La admirable criatura parecía un cadáver. Tras

LA CALUMNIA

La calumnia es una de las más bellas sanciones de la nobleza de vivir y de pensar. En las horas de duda y angustia, el dolor de su aguijón reanima el valor y la voluntad de proceder bien.

Es justo que la virtud tenga su picota como el crimen. Cuando oigo los aullidos de la jauría, pienso: "¡Oh!... ¡gritan porque he hecho algo bueno!..."

Si la calumnia no existiese, habría que inventarla.

Es verdad que todo lo profana, que mancha nuestras mejores acciones, infecta nuestros más sanos pensamientos, crea leyendas indestructibles, hace daño, mucho daño... Pero qué orgullo el poder decirse a sí mismo: "¡He vivido bien!"

Las más bellas, las más puras, las más triunfadoras lágrimas que Cristo debió verter no fueron sobre la cruz, en la hora del supremo sacrificio, sino las que derramó atado a la columna, bajo las injurias y el oprobio. Sólo entonces debió sentir que bien valía la pena ser un hombre.

H. BATAILLE.

una breve contemplación, en que puso en la mirada toda su ternura, Diego Altamar la besó suavemente. La volvió a la vida con el beso. Cuando Clorinda estuvo de nuevo en posesión de sus sentidos, quiso llevarse el cuerpo del animal como un trofeo.

Al mes de casado, Diego Altamar se vió obligado por sus negocios (según afirmó él a su esposa) a realizar un corto viaje a una población cercana a Cartagena. Regresó al día siguiente de la partida. La breve ausencia pareció haber aumentado el ardor de su pasión. Estuvo tan amoroso, tan complaciente, tan inclinado a todas las caricias, como el día de la boda. Se diría que se había producido una renovación y un acrecentamiento de su afecto.

Desde esa ocasión, Diego Altamar tomó la costumbre de realizar semanalmente un viaje. La periódica ausencia tuvo para Clorinda Alber un resultado inexplicable. En el alma de la enamorada mujer prendió una terrible inquietud, que era casi angustia. Era como si el estado de ánimo provocado por la presencia de la serpiente hubiera disminuído en intensidad, pero aumentado en duración. A su juicio, Diego Altamar sufría en cada viaje una metamorfosis. Cuando el marido volvía al hogar, algo se advertía en él que hacía pensar a Clorinda que no era el mismo. Era un pensamiento de alienada. Ella se daba cuenta de lo absurdo de esa idea, pero no podía alejarla de su mente.

Observaba a Diego con detenimiento. Lo miraba larga y fijamente, como hipnotizada. Aquel era su pelo, que ella peinaba gozosa con sus finos dedos de joya; aquellos eran sus ojos, que ella gustaba de cerrar con sus labios; aquella era su boca, aquella era su voz y aquellos eran sus habituales ademanes imperiosos; pero algo (Clorinda no sabía precisar qué) había en él que era distinto. ¿Qué era lo que se modificaba en él? Clorinda se desesperaba. Se encerraba con frecuencia a pensar en el misterioso influjo que causaban tan inexplicables transformaciones. Y dudaba de lo que la revelaban sus sentidos. Y se asustaba por su razón. ¿No estaría volviéndose loca? Y lloraba desconsoladamente.

El asunto se agravaba en los momentos de mayor intimidad. El hombre de los primeros días del matrimonio acariciaba de otra manera. Era más tierno y más impetuoso, paradójica dualidad que sólo el amor puede realizar. Ese hombre de los primeros días estaba embriagado por su belleza, semejaba estar dominado enteramente por sus atractivos; se acurrucaba en sus brazos, como si quisiera darse un baño total con sus encantos. A veces no se mostraba así. Después de cada viaje, Diego Altamar cambiaba de modo de acariciar. ¿Por qué sucedía eso?

El cerebro de Clorinda Alber era un torbellino. ¿Habría en Diego una doble personalidad? Le era muy difícil creer tal cosa. En lo que se refiere a amor, lenguaje, complacencias, mimos, el Diego Altamar que se iba era igual al que regresaba. La diferencia estribaba en pequeños detalles que ella no podía explicar y precisar con exactitud. La existencia habíase tornado insostenible. Adelgazó notablemente. Esto llamó la atención de Diego Altamar.

—Es necesario que te cuides

criatura — le manifestó él en cierta oportunidad. — Te hallo pálida y con aspecto enfermizo.

Obedeciendo a un impulso irrefrenable, Clorinda Alber confesó su angustia.

—Estoy enferma y tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Sí, tú — afirmó ella rotundamente.

Y tras un largo circunloquio, le dijo:

—Tú no eres el mismo siempre. Los viajes ejercen en ti una influencia incomprensible. Cuando regresas, vienes cambiado. Ahora, por ejemplo, no eres igual a la semana pasada. Parece que perdieras y recuperaras, cada cierto tiempo, tu personalidad. La semana entrante serás distinto a ahora. Luego vuelves a ser lo que fuiste. ¿Estoy engañada? ¿Estás embrujado? ¿Estoy loca? Explicame.

Diego Altamar bajó los párpados como si temiera que sus pupilas fueran indiscretas, y guardó silencio durante un largo rato. Parecía que en su alma se libraba una lucha formidable. Luego murmuró:

—No tengo nada que explicarte. Eres víctima de una ilusión.

Clorinda Alber, que había adivinado la lucha que se libraba en el espíritu de su marido, insistió:

—¡Explicame! Tu silencio puede conducirme a la locura.

—Nada tengo que decir.

—Te ruego que hables. Ahora estoy convencida de que me ocultas algo.

—Yo no oculto nada.

—Me vas a causar la muerte. ¿Quieres perderme acaso?

—Tú no puedes morir. Eres mi mujer.

—¡Habla! ¡Te lo ruego por el hijo que llevo en mis entrañas!

Estas palabras, gritadas por Clorinda Alber, hicieron estremecer a Diego Altamar, que pronunció con acento indescriptible:

—Me has colocado en la más horrible situación de mi vida. Al hablarme de tu hijo, me obligas a faltar a un juramento. Hasta ahora ningún Altamar ha sido perjuro.

Clorinda no respiraba casi. Aguardaba impaciente la confesión.

—Yo tengo un hermano gemelo, que es exactamente igual a mí. Se llama David. Cuando tú y yo estábamos de novios, él quiso conocerte. Una tarde, bien instruído por mí,

fué a visitarte. Tú no advertiste el cambio. David, que se enamoró de ti tan apasionadamente como yo, me propuso que representáramos la comedia que tú has descubierto. Tanto suplico que accedí.

Clorinda Alber permaneció inmóvil, sin saber qué decir. Finalmente murmuró:

—Esa comedia no puede continuar. Te quiero tanto que te perdono el agravio que has hecho a mi amor. Pero es necesario que no se repita. En adelante, no te separarás de mi lado ni un minuto. Serás mi prisionero. Te libertarán matándome.

Diego Altamar balbuceó humildemente:

—Desearía hablar con David antes de tomar una resolución. ¿Me permites que le escriba, pidiéndole que venga a visitarnos?

—Accedo. ¿Me dejas que, a mi vez, yo llame a mi padre?

—Sí.

Tres días más tarde, en la pequeña sala de la casa de Diego Altamar se efectuó una de las reuniones más interesantes que ha habido en este mundo. El caso era realmente novelesco.

El Padre Toribio Alber, ya enterado del asunto, severo, altivo, solemne, de pie junto a una mesa, esperaba la entrada de los gemelos. No se daba más importancia Alejandro VI, presidiendo una reunión de cardenales.

Al lado del sacerdote estaba Clorinda, pálida y llorosa. Su color de miel, casi dorado, había desaparecido. Estaba amarilla, con una amarillez de enfermo. Seguía bella, sin embargo. Lo que habría afeado a cualquier otra mujer, a ella le servía para dar mayor relieve a sus encantos.

Diego y David Altamar entraron a la salita, graves. Se sentaron. Se produjo un silencio terrible, que nadie se atrevía a interrumpir. Al cabo el cura dijo con acento pausado y seguro:

—He meditado largamente sobre la situación creada por la imprudencia de ustedes.

—No es hora de recriminaciones — expresó uno de los gemelos.

MEDITACIONES

Un ambiente culto, moral, racional, es terreno preparado para que en él germine y fructifique lo razonable y lo justo; y viceversa: un ambiente mediocre, achatado, ignorante y supersticioso, es terreno propicio para las tiranías, los fraudes y las supercherías.

Bien podréis en éste arrojar a puñados las semillas de razón y de emancipación: os rechazarán o apedrearán por loco y hereje, y sólo más tarde, más tarde..., vuestra siembra fructificará.

En cambio, en aquél, bien podríais esparcir vientos de odio y de calumnia: no hallarían dónde arraigar.

Así lo bueno y lo malo requieren su clima moral propicio, como los vegetales su clima físico, ídem.

RAUL VILLARROEL.

**SOLICITENOS
HOY MISMO**

UN CREDITO.
COMPRARA CON EL TODO LO QUE NECESITE Y
NOS LO PAGARA

EN 10 MESES.

LOS SABADOS nuestra casa permanece abierta TODO EL DIA

A.CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)





—Efectivamente, es la hora de las decisiones — afirmó el cura. — Como ustedes no pueden pretender que mi hija continúe viviendo con dos hombres a un mismo tiempo, pues eso no sólo es contrario a la moral, sino que repugna a su cuerpo de mujer honrada, es necesario que uno de los dos desaparezca. No hablo de una simple ausencia temporal; hablo de una ausencia eterna. Mucho he meditado antes de llegar a esta solución. En estos momentos, no habla el sacerdote, sino el padre. En realidad, desde que nació mi primera hija, yo soy un usurpador. Usurpo el estado de sacerdote. Lo que nadie me podrá negar es mi condición de padre. Como tal, debo velar por la felicidad de aquellos a quienes di la vida. Yo puedo ser un mal cura, pero me jacto de ser un hombre bueno. Repito: ha llegado la hora de las decisiones. ¿Están ustedes conformes? O uno de los dos desaparece o me llevo a mi hija.

Clorinda lloraba.

Los hermanos Altamar estaban como petrificados. Ambos pensaban

que, en definitiva, el Padre Alber tenía razón. Uno de ellos dijo:

—No hay otra solución. Uno de nosotros debe sacrificarse para dicha del otro y de la mujer que ambos amamos.

Dirigiéndose a Clorinda, interrogó:

—¿Aceptas tú la solución propuesta por tu padre?

—Sí — balbuceó ella, débilmente.

—¿Cuál de los dos debe sacrificarse?

—No sé. Tampoco sé cuál de los dos es el que amo.

La situación era de comedia y de tragedia. Sólo la vida puede ofrecer casos de esta índole, que narrados por un novelista parecerían fantasías inverosímiles.

El Padre Alber, expresó:

—Cuál debe sacrificarse es una cuestión que toca resolver a ustedes.

Clorinda Alber se irguió entonces como una leona.

—Yo soy quien debe elegir. Mi vida no es una cosa de tan poca significación que haya de ser en-

tregada al primero que se le ocurra solicitarla. De mi vida y de mi felicidad, yo soy el único juez.

Clorinda estaba transfigurada. Sus ojos, aquellos ojos magníficos que parecían de bronce, habían adquirido un brillo sobrenatural que les daba una belleza insuperable. No eran agresivamente voluptuosos sino divinamente enérgicos.

—Sí, soy yo quien debe elegir — siguió diciendo. — Elijo al que me obtuvo por primera vez, al que me llevó al altar. Aquel que abusó de la debilidad de un hermano y se aprovechó de un parecido que no es más que un error de la Naturaleza, para conseguirme, ese no merece más que mi desprecio. La Naturaleza los ha hecho físicamente semejantes, pero el alma más bella de las dos ha de ser sin duda la que vibró de emoción y de poesía al verme en la plaza de mi pueblo.

Los Altamar salieron de la habitación.

—¡Diego! — gritó Clorinda.

Uno de los gemelos volvió a entrar.

—¿Eres tú el que te casaste conmigo?

—Sí.

—¿No me engañas? ¿Cómo saberlo, Dios mío?

La voz de Clorinda revelaba una desesperación imposible de describir. Alfamar afirmó:

—Te lo juro por el hijo que llevas en las entrañas.

Al escuchar estas palabras, Clorinda Alber se dejó caer en una silla, anonadada. El juramento de Diego Altamar acababa de provocar un nuevo conflicto en su ánimo. Hundió la frente entre las manos por breves instantes. Luego, levantándose de un salto, gritó como una loca:

—¿Y quién es el padre de mi hijo?

Diego Altamar la tomó en sus brazos y la cubrió de besos. Sus lágrimas se unieron a las de ella. La terrible pregunta no tenía respuesta. El sacerdote dijo:

—Resígnate, hija mía. Eso sólo Dios puede saberlo.

EL DIAMANTE

Por Georges Dolley

En su cuartito de la calle de Belleville, la señora de Solivet estaba preparando su modesto almuerzo, cuando su marido, dependiente de las Galerías Wilson, entró como un loco.

—¿Qué te pasa?

—Acabo de recibir una carta en la que me dicen que mi tío Maurin ha muerto.

—¿Y qué? ¿Te ha dejado una fortuna?

—Mucho mejor que eso. Me ha dejado el diamante azul. ¿Recuerdas? El diamante de que tantas veces te he hablado. Un valiosísimo recuerdo de familia.

—Entonces... ¿somos ricos?

—¡Figúrate! Es un diamante que debe valer ahora más de millón y medio.

—¿Cuándo irás a casa del notario?

—Esta misma tarde.

El matrimonio se abrazó.

Durante toda la tarde, mientras el marido estaba en casa del notario, la señora Solivet se entregó a toda clase de sueños de color de rosa.

Regaló todos sus vestidos y sus sombreros a la vecina y dió al portero la ropa de su marido. Ella encargaría ropa a la mejor modista de París, y su marido iría al sastre más caro.

A última hora llegó el marido. Tenía un aire triste y lúgubre.

—¿No era verdad la noticia? ¿No heredamos?

—Sí.

Y, tristemente, Solivet sacó de una caja una sortija en la que, espléndido, resplandecía un diamante del tamaño de una nuez.

—¿Entonces?... — preguntó la señora Solivet — ¿a qué pones esa cara? Es que han cambiado el diamante legítimo por uno falso?

—No; el diamante es bueno.

—Pues a venderlo.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque no heredamos la sortija sino a condición de no venderla ni empeñarla.

—Pues no la vamos a tener guardada en el armario.

—Tampoco. Es preciso llevarla.

—Pues la llevaré yo — dijo la señora de Solivet.

—No; tú no.

—¿Por qué?

—Porque tengo que ser yo, tu marido, quien la lleve.

—¿Qué vas a parecer?

—Si por un solo momento dejase de brillar en mi dedo esta sortija, si tratase de venderla o de desbarazarla de ella, si me olvidase llevarla un solo día, la joya pasaría inmediatamente al Estado.

Y el melancólico Solivet colocó en su dedo la sortija.

—¡Y yo — pensó la señora de Solivet — que he regalado toda nuestra ropa!

Durante toda la mañana los empleados y los clientes de las Gale-

rias Wilson vieron estupefactos al dependiente Solivet con su enorme sortija en el dedo.

—Hace falta ser imbécil para ponerse un tapón de cristal como ese. ¿Por qué no se compra unos zapatos en vez de ese culo de vaso? — y las bromas seguían.

El jefe de la sección se acercó a Solivet, que, vergonzosamente, trataba de ocultar su enorme diamante detrás de la espalda.

—El jefe del personal dice que vaya usted.

Solivet se dirigió temblando al despacho de este importante personaje.

Fijos los ojos en el legado del tío, el jefe del personal habló así:

—Señor Solivet. Tenemos de usted el concepto de que es un empleado serio. Hace veinte años que está usted en la casa, y si hubiéramos tenido que hacerle alguna observación sobre su manera de vestir, hubiera sido sólo por su extrema sencillez. ¿Por qué se le ocurre, pues, ahora venir al establecimiento con un tapón de cristal de ese calibre? ¿No ve usted que eso hace muy mal efecto?

—Esto no es un tapón de cristal.

—¿Me va usted a decir que lleva un verdadero diamante?

—Sí, señor.

—¿Entonces lleva usted en ese dedo cerca de dos millones?

—Muy cerca de dos millones, sí, señor.

Y Solivet contó la historia de la sortija.

—Como usted comprenderá, un empleado que gana ochocientos francos al mes no puede llevar en el dedo un diamante de ese valor.

—Pero...

—¿Qué pensarán sus compañeros?

—Pero...

—Produciría muy mal efecto entre la clientela.

—Pero...

—Se crearía un estado de opinión nada beneficioso para la casa.

—Yo no tengo la culpa si he heredado el diamante con la obligación de llevarlo.

—Eso no es cuenta mía. Si mañana se presenta con ese diamante, quedará usted despedido.

Los periódicos:

—Un hermoso ejemplo patriótico. — Un modesto empleado de las Galerías Wilson, el señor Solivet, acaba de regalar al Estado un diamante que vale más de un millón; al día siguiente el generoso donante estaba detrás de su mostrador.

—Ha hecho al país donación de una herencia que estimaba demasiado importante para él.

—Si todos los poseedores de piedras preciosas imitasen a este humilde empleado, nuestra situación financiera no sería lo que es".

—¿Y qué tal la boda?

—Lo más bien, señorita; nadie se emborrachó ni dijeron malas palabras...



Hoy vive la mujer moderna sin soñar en cosa más feliz, para ella, que el vestir rigurosamente a la moda, sin distinguir en sus disparatados caprichos, la impudicia de la decencia y confundiendo, a menudo, la liviandad con la elegancia.

En las tertulias nocturnas se desnudan las espaldas, desde el cuello hasta la cintura; por delante, exagerado escote descubre el pecho dejando ver el nacimiento de los senos, con los brazos también desnudos que muestran las axilas no siempre depiladas, enseñando descaradamente las pantorrillas hasta la altura de la liga, y a veces algo más... En suma, vestidas como cortesanas que quisieran agotar la sensibilidad de los hombres más robustos.

¿Por qué esta forma licenciosa, que ya no conserva de la mujer ningún encanto? ¿Por qué ese afán de imitar a la cortesana, cuando ésta trata siempre de parecerse a aquélla? ¿Por qué todo eso?, me he preguntado sumido en un cúmulo de conjeturas, desolado de hallar la revelación de tan complejo misterio. Y afirmo que me ha sido preciso reflexionar largo tiempo, vacilando primero, definiendo después, para llegar a la triste conclusión de que el pudor de la mujer no está sujeto a ningún precepto de moral, sino simplemente a los fútiles caprichos de la moda; de lo contrario, ¿por qué lo que se consideraba indecente hasta dos años ha, no lo es ya ahora? ¿Por qué lo que antes era impúdico, hoy es honesto?...

Cuando las veo en la calle o en los salones, con sus cabellos de corte masculino y sus nuca afeitadas, no las encuentro desagradables; pero, me parecen una caricatura de lo que fué la mujer, en otro tiempo, diez veces más bella, más femenina. Y desconsolado por un tipo de imagen que no he de volver a ver, exclamo con pesar: ¡qué triste es todo eso! ¡qué triste, qué triste!

Pero, prohibidme vosotros los hombres, a una mujer, de que se corte la cabellera, y os dirá que prefiere el suicidio o el convento a no estar a la moda; y al final de una crisis de nervios o de un ataque de histeria, tendréis que ceder. En efecto, hacer lo que los modistos mandan es el mayor tormento que puede soportar el bello sexo.

Yo no soy ningún puritano inelmente; jamás lo he sido: mis ideas eclécticas se armonizaron en la tolerancia, mis costumbres fueron liberales y hoy lo son más que nunca, pero la liviandad de una moda que traspasa los límites del recato me entristece; me disgusta la mujer desdendiendo el más bello de todos sus encantos: el pudor femenino, que hasta el hombre más libidinoso sabe respetar.

* * *

Los pastores de almas, que siempre encuentran un pretexto para penetrar en las cosas femeniles, porque en el fondo es lo que más les gusta, han intervenido desde el púlpito de diferentes maneras, condenando el pecado de las transparencias; algunos, lo han hecho estimulando sus verdaderos sentimientos; y otros, en cambio, más liberales, hablando con sinceridad.

Un obispo, queriendo reprimir estos excesos que ofenden la moral de la gente honesta, ha mandado colocar en las puertas de las iglesias pertenecientes a su diócesis, la siguiente carta pastoral:

Crónica de Londres

El pecado de las transparencias. - Los cabellos de corte a la "garçonne". - Los pastores de la Iglesia. - Su participación en la moda femenina.

"Por respeto a nuestro Salvador expuesto en el tabernáculo, y por consideración misma a nuestros vecinos, rogamos a las mujeres que acuden al templo, presentarse con trajes de irreprochable modestia: con blusas de cuellos cerrados, mangas y faldas suficientemente largas.

"Llamamos la atención sobre el abuso que se hace del tejido transparente en las prendas de vestir y, confiamos, después de este anuncio, no vernos obligados a tomar medi-

das más severas, entre ellas: la negación de los santos sacramentos".

Pero la apreciación más acertada y humorística es, sin duda alguna, la del reverendo A. Wellesley, vicario de la iglesia de San Pablo, en el condado de Surrey. El mismo la ha publicado en un periódico de su parroquia y revela en el autor un espíritu superior de observación.

Escuchad lo que el vicario nos dice:

"A menudo se discuten los gravámenes que engrosan los recursos

de un Estado, provocando en las partes interesadas conflictos de diversa índole. Actualmente, en Inglaterra, se ha levantado una protesta general contra el impuesto a la seda; sin embargo, en mi opinión, yo creo que el ministro de hacienda habría conseguido mayores ingresos para su presupuesto, tasando no la seda que me parece inofensiva, sino más bien el color.

"¡Cuánto más vívido el color, mayor el impuesto!

"Yo he visto señoras con medias de un horrible color de mostaza vieja y desteñida; y lo peor de todo, es que dentro de las medias no había mucha carne para tanta mostaza..."

El Sumo Pontífice, como jefe del clero católico, también interviene desde Roma, pero esta vez en favor de los figaros.

El altísimo prelado aprueba la moda de los cabellos a la *Ninón* o a la "garçonne", por razones de decencia e higiene; y porque los cabellos cortos "excitan menos la concupiscencia de los hombres".

A mi juicio, eso de que los cabellos cortos de una mujer despiertan menos la concupiscencia del varón, es, ante todo, una opinión personal y una cosa a discutir.

Los eclesiásticos, filósofos e higienistas podrán vanagloriarse de conocer muy bien su profesión y, en su especialidad, de ser muy doctos, pero en materia de amor y de belleza demuestran una perversidad de gustos o bien una supina ignorancia.

Las leyes de la naturaleza parecen probar lo contrario, o por lo menos demostrar que la mujer ha estado destinada, desde el primer día de la Creación, para vivir en el mundo con su larga cabellera, el más completo de sus ornamentos y el mejor de sus encantos.

En todo caso, habrá que reconocer que un edén con Evas de cabellos cortos, es un nuevo y singular edén.

Los pastores protestantes participan en todos los acontecimientos mundanos, y si antes se ocupaban de la reforma litúrgica, revisando los salmos de David y glosando los antiguos Evangelios, de pie ante los grandes facistolos, hoy prefieren para sus tareas y sermones los temas sociales.

Para un extranjero que recién llega a estas tierras de costumbres diferentes a las latinas, podrá parecerle extraña la forma caprichosa y a veces algo atrevida con que se expresan y disciernen algunos de estos clérigos; pero tal impresión desaparece tan pronto como se recuerda que a ellos les está permitido unirse a una mujer en matrimonio. Su religión no les exige, como la de los sacerdotes católicos, el uso del traje talar ni el voto de castidad que pocos cumplen. Ninguno de los clérigos protestantes se martiriza con prolongadas contiencias; al contrario, los pastores son los que más hijos tienen.

Yo conocí, en el condado de Hampshire, un pastor de una iglesia presbiteriana, muy prolífico, que todos los años tenía uno. Cada vez que él me anunciaba el advenimiento de un nuevo vástago, yo decía sorprendido:

—Reverendo, ¿tan pronto, y ya otro?

Entonces, él, juntando sus manos como en las rogativas de la liturgia y elevando sus celestes pupilas

DÚOS LÍRICOS

I

La penumbra me sonríe
y me acaricia tu mano
sin tocarme, con la ayuda
casta y dulce de tu piano.

Te confiesa mi pasión
el nocturno chopiniano
(¿no sientes mi corazón
palpitar bajo tu mano?).
Si, do, re, la, si, sol, fa...
mi alma está en el piano
dialogando con la tuya;
la penumbra con su mano
cómplice nos acaricia
y el nocturno chopiniano
cesa. A la realidad
volvemos tú y yo; tu mano
nerviosa, con golpe seco,
cierra la tapa del piano.

II

Desciende la caricia del crepúsculo
lentamente en la sala
la suave luz de nuestra charla frívola
languidece y se apaga;
el silencio en la sombra nos atisba
—¡conmover fantasma!;—
Ambos sentimos como un rumor leve
de pisadas:
Son nuestros corazones que se acercan
uno a otro por miedo del fantasma:
una dulce modorra
nos pega a las butacas.
Sin voluntad los dos, mudos, inmóviles,
las almas enlazadas
soñamos... ¿Quién de pronto
ha encendido la araña
que con mano de luz abofetea
nuestras caras?...
¡Qué afrenta!... yo estoy pálido
y tú ruborizada.

MAYORINO FERRARIA.

al cielo, para luego bajarlas lentamente, exclamaba:

—Sí; otro. ¡Dios lo manda!

Cuando me marché de este condado para radicarme en Londres, prometíome venir a visitarme, y así lo hizo; tres años más tarde recibí su visita. Su semblante marfilino era el mismo, en nada había cambiado; pero se mostraba quejoso de la pobreza de la parroquia; entre otras cosas, díjome:

—Las limosnas de los feligreses son cada vez más escasas. Apenas puedo mantener mis hijos. ¡Dios me ha mandado diecisiete!

—¡Diecisiete!... ¡Capricornio! prorrumpí asombrado. —¿Cómo es eso? Cuando le ví la última vez tenía usted once; y en tres años ya tiene seis más...

Entonces él, como era su costumbre, juntó sus manos al parecer materiales, elevó sus celestes pupilas al cielo, bajó sus párpados lentamente y me repuso:

—Sí, es cierto; en ese tiempo tenía once; pero desde que usted se marchó, ¡Dios, todos los años, me manda mellizos!

Esto no tiene nada de censurable, hacen lo que Dios manda; y Dios ha dicho: "¡Creced y multiplicaos!"

Os he hablado de uno muy proliero; os hablaré, ahora, de otro muy redentor. Con ello no creo cometer indiscreción alguna; los periódicos londinenses han publicado la aventura, amenizándola con la nota picante y humorística. Yo me limitaré a referir el caso:

Este era un pastor wesleyano que todas las tardes tenía por costumbre seguir a las jovencitas que paseaban por Hyde Park, velando, según él, por la pureza de las vírgenes. Tan pronto como se desvanecían las indiscretas luminosidades del sol, echaba a andar por los agrestes senderos de este gran parque. Las seguía cautelosamente, a un paso de distancia, susurrándolas al oído frases galantes, al principio; después, ardientes protestas que eran súplicas melodiosas de efusión y deseo, palabras melíferas con las que elogiaba los encantos naturales de la mujer en flor. Comenzaba ponderándoles el iris de los ojos sajones, la púrpura de los labios y, descendiendo por la escala maravillosa del cuerpo humano, acababa con la voluptuosidad de su talle desceñido, los contornos parabólicos de sus caderas y la celeste ondulación de sus piernas turbadoras. Después se acercaba a ellas, se mordía los labios simulando el ofrecimiento de un beso... se estremecía... miraba la infinitud del horizonte, y en un desmayo hacía ver que sufría...

Si no hubiera sido impertinente habría sido irresistible. Tal vez practicaba con el ejemplo las sacrosantas palabras del Nazareno: "¡Amaos unos a otros!" Sólo que, en este caso, ninguna de las doncellas parecía amar al pastor: era demasiado volcánico; huían de él como si arrojase lava.

Esto lo hacía, según lo comprobó un detective, todas las tardes; pero ninguna de las jóvenes se había atrevido a denunciarle por temor al escándalo. Por fin, como una de ellas se quejara a un policeman, éste condujo al reverendo al departamento de policía.

Y en presencia del funcionario, la miss prorrumpió en un sollozo, diciendo angustiada y nerviosa:

—¡Señor inspector, el reverendo me ha seguido todo el tiempo en

el parque, haciéndome proposiciones deshonestas!

—¡Tranquilícese usted, señorita!

—repuso el inspector; — todo se arreglará. — Luego, dirigiéndose al clérigo, le interrogó de esta manera:

—¿Por qué razón la ha molestado

haciéndola comprender que su reino no es de este mundo, que el celestial es otro más puro y mejor. Todo ha sido por salvarla de las asechanzas del demonio...

El inspector, que estaba al corriente de todo y que empezaba a cansarse del tono de bienaventu-

mo la de la leyenda, ni de oro ni de plata.

Yo recorro las calles pensativo; entre luces eléctricas y sombras fantásticas voy soñando en las princesas de Shakespeare y Perrault; mis ojos se abandonan indolentes para mirar sin ver, y, tal vez, con razón: las mujeres que pasan a mi lado como un soplo fugaz, parecen pecadoras marchitas, cansadas de ofrecer estimulantes genésicos. Verlas en la calle o en el lecho, se me ocurre que debe ser lo mismo; el encanto de lo imprevisto ya no existe, ya no hay intimidad que descubrir.

Razón tiene un periodista francés, al afirmar que "los trajes femeninos comienzan demasiado tarde y acaban demasiado pronto".

Al mezclarse en mi pausado vagar esta perpetua exhibición carnal, sin recato ni pudor, exclamo consternado: "¡Qué mal hacéis, vosotras las mujeres, al revelar públicamente el secreto de vuestras desnudeces!" Y luego, al ver sus nuca rasuradas, las dirijo en silencio estas congojas:

Adiós trenzas de oro y deslumbrantes crenchas de azabache. Adiós bucles de bruñida marta que tremolábais al viento como briznas silvestres. Adiós cabelleras de vírgenes sagradas. ¡Adiós manantial de exquisitas fragancias, adiós! ¡Nuestras manos masculinas no volverán a jugar con vuestras profusas guedejas, ni nuestras cabezas de varón reposarán en sedoso nido! No nos pidáis extrañas caricias para vuestros cabellos cortos. Ya no hay cálidos rizos donde prender las rosas. Ya no hay coronas que tejer con los húmedos nenúfares, cogidos en el estanque, bajo la claridad lunar.

¡Adiós trenzas románticas que llegábais hasta la cintura de vuestras dueñas, al parecer ingenuas y dulces: mujeres de mujeres que se peinaban con flores y despertaban al amanecer, después de un albo sueño, envueltas en una nube de oro, las que eran blondas; perdidas en un bosque de ébano, las que eran brunas!

¡Adiós purísimas doncellas de leyenda! Adiós ilusión reclamada en vano. Os marchasteis una tarde de locura irresoluta, y, apéneme el decirlo: ¡fué para no volver! ¿Dónde podrán los poetas encontraros? ¿En qué país de Oriente?... En Europa, ya no vivís; en América, tampoco. ¿Será, acaso, en el Cairo o en Alejandría?, en Samaria o en Galilea?, en Circasia o en Esmirna?... No lo sé; o mejor, quiero ignorarlo.

Originarias de Rusia, abandonasteis Odessa y después Sebastopol. En el Mediodía de Francia, sabiendo que érais encanto y gloria de su cielo, emprendisteis la fuga junto con sus golondrinas; ahora, el aire está enfermo y los jardines mustios: sin vosotras, están tristes los puertos del Levante. ¿De qué les sirvó su sol, si ya no hay cabellera que alumbrar? En Provenza, parece que sollozan los cantos de Mistral. Las viejas ciudades de Inglaterra han perdido sus únicos reflejos dorados: ¡Oh, destino infeliz! Y la Escocia de Walter Scott, sumergida en un sueño de novela, ya no es la misma Escocia; sus castillos de Edimburgo están de duelo: ¡Las princesas se van!...

RICARDO ARAMBURU.

Londres, julio de 1926.



PRESIDIARIO 1.º—¿Cuántos años tiene usted que estar aquí?
PRESIDIARIO 2.º—Cinco. Por robar el Banco Sudelia. ¿Y usted?
PRESIDIARIO 1.º—Yo, diez años. Soy el fundador del Banco Sudelia.

usted, asediándola con proposiciones impropias?

—Tal vez, la haya molestado —respondió éste; — pero no ha sido esa mi intención. Como llevaba la blusa demasiado abierta y transparente, sólo he querido redimirla del pecado, enseñándola el buen camino, ahuyentando de su alma las terribles tentaciones... Creí que podría confortarla espiritualmente,

ranza con que se defendía el eclesiástico, le interrumpió:

—¡No prosiga usted más! Por haber querido salvar a esta señorita no podrá salvarse de dos meses de prisión. ¡A la celda!

Y el mirlo que escogía las tórtolas en los ondulados senderos de Hyde Park, quedó preso en la jaula, que para desgracia suya no era, co-

Los primeros jazmines

¡Ay! ¡jazmines, jazmines blancos!... Recuerdo la vez primera que se llenaron mis manos de estos jazmines... ¡de estos blancos jazmines! — He amado después el rayo de sol, el cielo, la tierra verde: he oído el líquido cristal del río en las sombras de la media noche; a la vuelta de un camino solitario, la puesta del sol del otoño me ha salido al paso como una novia que alzara su vuelo para decir que sí a su amado... Pero mi memoria sigue perfumada de aquellos jazmines blancos que tuve en mis manos de niño.

¡Cuánto día alegre tuve en mi vida! ¡Cómo he reído con los más felices, las noches de fiesta! En las mañanas grises, canté a la lluvia mis perezosos cantares. Y ha adornado mi cuello la guirnalda nocturna de bákulas, tejida por la mano del amor... Pero mi corazón está aromado aún con el recuerdo de aquellos primeros jazmines frescos que llevaron mis manos de niño.—¡Ay! ¡jazmines, jazmines blancos!

RABINDRANATH TAGORE.

—¡Salí! ¡salí! ¡basura!... ¡Vos
sos como la flor de cardo, que no
se puede oler porque pincha!... ¡Y
como la flor de cardo, sólo servís
pa cuajar la leche!...

—¡Sujetá, Jacinta!...

—¡Pa qué?... Yo estoy acostum-
brada a galopiar en cuesta abajo y
no les temo a los tucu-tucus.

—¡Jacinta!

—Como siempre he sido zonza y
he andao atrás tuyo, siguiéndote co-
mo sigue un cordero estraviado de
la madre a cualesquiera cruza el
campo, sé que vos tenés parentesco
con los aperiases y con las cule-
bras; que te gustan los bajos, los
baños onde hay pajas y barro, on-
de no entra el sol porque le d'asco,
onde no entran las gentes porque
les da repugnancia.

—¡Mirá, Jacinta!...

—Yo m'ensucio las patas pa se-
guirte y he visto que sos haragán
como lagarto, blando como palo e
seibo y falso como rial d'estaño.

—¡Mirá china, que yo...

—Vos sos lo mesmo qu'esos san-
coches de penca pobre: pura parti-
da y al largar quedan paraos.

—¡No me calentés, Jacinta!...

—¡Si a vos no te calienta ni el
sol de enero... porque si hace sol
te acostás bajo un ombú a dormir y
roncar como un perro!...

—¡Si yo me enoja... Jacinta!...

—¡Enojate de una vez!... ¿En
qué topa que no entra, mozo?...
¡Yo no le tengo miedo al rayo, y
entre vos y el rayo... fijate si hay
que galopiar, Lucindo!

—¡Si yo juese rayo...

—Yo me vestiría de blanco, tro-

Oí cuando ella dijo:

Por Javier de Viana

taría por las cuchillas y cuando
castigase mucho el aguacero, me
apearía al pie de un árbol copudo!...

—¡Já, já, já!... Si vos fueses rayo,
si todos los rayos juesen como vos,
los rayos, sabés, serían más mansos
que terneros guachos y no harían
mal a naides!...

—¡Jacinta!... ¿Vos crees que yo
soy maula?...

—Y si no jueses maula hubieras
permitido qu'el rubio Morales m'in-
sultase en el baile'e los Castro,
diciendo que me ponía caracú en el
pelo?... ¡Salí!... ¡Salí!... Vos
loíste y te callaste y me dejaste

afrentar haciendo que no vías las
risadas de las ñanduzas de Gómez.

—¡Te juro que no ví nada, Ja-
cinta!...

—Ya sé. Vos no viste más que la
daga que llevaba en la cintura el
rubio Morales!... Y es lindo tipo
el rubio Morales. Baila que da gusto
y conversa bailando sin perderse...

—Adiós Jacinta.

—¿P'ande vas?

—Voy pal baño... a registrar
las pajas, a ver si encuentro un
aperiá dormido...

—¡Guéñas tardes, Jacinta.

—¡Guéñas tardes, Lucindo. ¿Qué
traés en el poncho?

—Un regalo pa tí.

—¡Siempre llegás tarde!... ¿Un
güevo'e ñandú?... El pardo Juan
me trajo ayer una docena

—¿Quién sabe si son como éste?

—¿Es de ñandú macho?...

—Sí. Mirá.

—¡Ay...! ¡ay!... ¡ay!... ¡La
cabeza de Morales!... Del Morales
que yo quería... del guapo... del
tigre...

—Sí, le pelié, lo maté, lo degollé,
le corté la cabeza...

—¡Tú, Lucindo!

—Yo, sí, yo mismo, pa probarte
que no soy maula.

—¡Oh, Lucindo, mi Lucindo, có-
mo te quiero, mi Lucindo!... ¿Me
llevás pal rancho?...

—¿Pal rancho, decís?

—¡Seguro!, pa tu rancho, mi que-
rido, pa ser tuya, pa vivir siempre
contigo, pegao a vos como un clavel
del aire a un guajabo...

—No. Pa mi rancho no... En mi
rancho, — vos sabés como es pobre
mi rancho, — en mi rancho, suele
entrar l'agua cuando llueve juer-
te, y los vientos cuando se enoja
el pampero; y... y el rayo cuando
Dios lo manda... Pero... ¿sabés,
Jacinta?... Las que no entran en
mi rancho, las que no pueden en-
trar porque mi rancho está rodea-
do de ajos... ¡son las víboras!...

—¡Vos no podés entrar!...

—¡No me querés más!...

—¡Sí! te quiero... Aquí abajo,
en el tajamar de la cañana hay un
sitio lindo pa dormir la siesta...
¿Vamos a dejar la osamenta allí?...

LOS DOS PIRATAS

*Al Alejandro preguntaba un día a un pirata, a quien ha-
bía hecho prisionero, con qué derecho robaba en el mar.*

*—Con el mismo—le contestó el pirata con orgullo—
con que tú has saqueado el Universo. Pero porque yo lo
hago con un pequeño navío me llaman bandido, y a tí, que
lo haces con una gran flota, te llaman conquistador.*

¡la influenza no espera!

¡No espere Ud. tampoco! ¡No pierda ni un instante! De atacarla a tiempo puede depender su vida. Inmediatamente que se sienta indispuesto, váyase a su casa, métase en la cama y tómese dos tabletas de FENASPIRINA con un trago de agua é inmediatamente después un limón exprimido en agua caliente. Abríguese bien y procure sudar lo más que sea posible. Tres o cuatro horas después, si algún síntoma persiste, tómese otras dos tabletas. Generalmente esto basta para contener el avance de la enfermedad.

¿No sabe Ud. que la FENASPIRINA fue uno de los remedios que salvó más vidas en el mundo entero durante la última epidemia de influenza?

En este momento, Ud. y su familia están sanos, pero dentro de algunas horas, quizás durante la noche cuando ya las boticas estén cerradas, cualquiera puede caer víctima de la epidemia. Por eso debe estar listo. ¡Ahora mismo compre un tubo de FENASPIRINA! Con el auxilio de este admirable remedio y tomando las precauciones aconsejadas por los médicos, nada tiene Ud. que temer. ¡No se le olvide!



El hombre que tenía el cerebro de oro

Por Sara Insúa

Las paredes del *boudoir*, cubiertas de un damasco color cereza, impregnado de perfumes exóticos, encerraban una suntuosidad frívola. Lacas y bronce, pieles y telas costosas, cristales y porcelanas. Mucha comodidad para el cuerpo, mucho halago para los ojos.

Frente a un espejo oval concluía Gracia de vestirse. Lentamente, como quien ejecuta algo trascendental, pasaba de una a otra fase de la *toilette*, auxiliada por una doncella hábil y respetuosa.

Bajo los cabellos dorados y cortos, y dentro del vestido de *georgette* verde almendra, maravillosamente cortado, los treinta y dos años de Gracia parecían veinticinco. Esbelta, de estatura mediana, ojos claros, nariz levemente levantada en la punta y boca regular, agradecida al lápiz, personificaba físicamente ese ideal femenino que han visto en sus sueños los modistos parisienses. Gracia se había separado del espejo, y en las gavetas de un *bargueño* de concha elegía las joyas.

Detrás de ella, de entre los almohadones de un diván, brotó un suspiro ligero, de pecho infantil. Gracia se volvió.

—¡Ah! ¿Pero estabas tú ahí, nena?

La nena se enderezó, sacudiendo sus bucles de ébano y fijando en Gracia la mirada profunda de sus ojos oscuros.

—Desde antes que entraras tú a vestirme. Estaba leyendo un libro de cuentos que me ha dado papá. ¡Si vieras, acabo de leer uno!... No sé si es bonito o feo, no lo entiendo bien... Te lo voy a contar, mamá, para que me lo expliques, ¿quieres?

Y como Gracia accediese con un gesto distraído, la nena empezó:

—Era un hombre que tenía el cerebro de oro... Fíjate, mamá, ¡la cabeza de oro!... y este hombre, que era muy bueno, tan bueno como papá, se casó con una mujer muy bonita, tan bonita como tú. Pero el hombre del cerebro de oro no tenía dinero, sólo tenía aquel oro. Y como quería mucho a su mujer le compraba cosas, y para pagarlas iba arrancándose oro de la cabeza, y, claro, se le iba acabando. Y un día, ya le quedaba muy poco, muy poco oro, casi nada; pero ella había visto unos zapatitos muy lindos y los quería, y él le dijo: "Bueno, te los compraré", ¡era tan bueno!; entró en la tienda y al ir a pagar los zapatitos, como tenía ya tan poco oro, tuvo que apretar fuerte con las uñas, y sacó todavía más del que hacía falta; pero estaba rojo, ¿sabes?; al apretar se había hecho sangre... Pero ¿qué te pasa, mamá? ¿Lloras?... Si es un cuento, boba.

Gracia, que al pronto escuchó a su hija con indiferencia, mientras cerraba sobre el brazo los broches de diez pulseras, había ido prestando una atención creciente a las palabras de la nena. Después había sentido un calor extraño en la frente y en las mejillas y los ojos llenos de lágrimas.

—No es nada, nena; es que...

Y con una sonrisa a través de las lágrimas, añadió:

—Yo tampoco lo he entendido bien... Voy a decirle a tu padre que me lo explique.

Y salió del *boudoir*, dejando abierta la gaveta del *bargueño*, de la que pendía un hilo de perlas rosa.



EL ESPOSO A LA MODISTA.—¿Qué color decía usted que era?

—Gris elefante.

—¡Ah, sí! Lo de gris me faltaba... lo otro lo estoy viendo.

Gracia empujó la puerta con suavidad. La alfombra amortiguaba sus pasos. Su marido no la sintió ni la vió, y Gracia se detuvo un instante para mirarle como nunca le había mirado.

Estaba casi echado, como vencido, sobre la mesa, apoyada la frente en

la mano izquierda, una frente de entradas enormes; la mano derecha, inmóvil, apretaba nerviosamente la pluma, y los ojos, unos ojos oscuros y profundos, como los de la nena, miraban fijamente, angustiosamente, la cuartilla en blanco.

Al fin, como atraída por la fuerza magnética de la mirada de su mujer, Alfredo alzó la suya. Toda la expresión sombría de su semblante se esfumó en una sonrisa de alegría.

—¿Eres tú, Gracia? Has hecho bien en venir. ¡Si vieras qué mal día tengo! He roto ya diez cuartillas... No acierto, no encuentro la expresión justa... ¡Es horrible!

Y se oprimió la frente, como si quisiese exprimir algo dentro de ella.

Gracia tuvo un estremecimiento.

FOTOGRAFADOS

Tricromías,
Bicromías
y Dibujos

Pujol y Marpons

Especialidad en reproducciones fotográficas de artículos para fotografía — — —

BME. MITRE 1259

U. T. 38, Mayo 2589

nena? Entonces sí que no podría trabajar...

Gracia estaba frente a él, del otro lado de la mesa.

—No, no me iré sola; es que tengo otros proyectos... Mira, creo que es una tontería salir este año, teniendo el hotelito de Cuatro Caminos muerto de risa. Además he pensado que debemos irnos a él definitivamente y dejar esta casa.

—¿Cómo! Pero si no te gustaba, si decías que no podrías nunca irte del centro.

—¡Bah! Ya estoy aburrida del centro. Además aquello te gusta a ti; tú hiciste el plano, y tienes un despacho tan simpático, con una terraza tan encantadora...; allí trabajarás mucho mejor.

—Eso sí que es verdad; aquí me ahogo... Pero todos los muebles no podremos meterlos allí.

—Venderemos los que no nos hagan falta; el salón dorado, por ejemplo, y toda esa cantidad de cachivaches inútiles que yo he ido coleccionando de los que están enamorados tus amigos.

Alfredo miraba a su mujer con estupor. De todos los caprichos de aquella criatura que tanto adoraba y tanto mimaba, éste era el más extraordinario.

—Hay otra complicación — insistió. — El garage del hotel es muy pequeño; no cabe más que un coche.

—El otro lo venderemos. Con una sobra.

Alfredo, cada vez más sorprendido, no acertaba a comprender.

De pronto, la cabecita de la nena asomó por la puerta.

—¿Mamá, te ha explicado ya el cuento, papá?

—¿Qué cuento, hijita? — preguntó Alfredo.

—El del hombre que tenía el cerebro de oro. Se lo he contado a mamá y vino para que tú se lo explicaras... Y venía llorando, ¿no te fijaste? Yo le dije que era un cuento; ¿verdad, papá, que eso no puede pasar?

Alfredo buscó los ojos de Gracia, que estaban húmedos otra vez. Y aquellos dos seres, unidos desde doce años antes, cambiaron por primera vez una mirada de alma a alma. Sobre la cuartilla blanca cayeron dos lágrimas.

—¿Pero también lloras tú, papá?

—Sí, nena, sí, lloro porque estoy muy contento...

CIRCO

Visitante trapecista,
de indefinible perfil,
que al atar un ramo de almas
con bramante de emoción,
lo escamoteas mientras haces
la parábola gentil...

Pajarillo que no sabes
si darás mañana un beso...
Ya que al desplegar tu audacia,
a vencer vas decidido...
¡O a estrellarte contra el suelo...!

Cuántas veces... ¡Cuántas veces
oh, mi hermano equilibrista,
como tú, yo me he lanzado
del trapecio de un anhelo...!

ALICIA PORRO FREIRE.

El perro y la gata

Por Antonio Monteavaro

A pesar de la amistad que nos unía, Francisco Amenagar me ocultaba varios escondrijos de su espíritu, velados al parecer por la timidez recalcitrante de los sensitivos. ¿Era bueno, malo, soñador, hipócrita, falso, sincero? Nunca lo supe. Su fisonomía áspera, como carpida por penas incógnitas, sus greñas rebeldes, la mandíbula fuerte y la vejez prematura de sus ojos grises hundidos en órbitas rugosas, dábanle aspecto de traidor de tragedia, a la vez que las entonaciones de su voz, acariciadoras y tristes, hacían presumir un bello carácter envuelto en ruda corteza.

Una noche conversábamos de amigos y conocidos con ese abandono de lenguaje que vierte el juicio sin reticencias, como si los vocablos fueran espadas desnudas y no venenosos puñalitos de exquisita labor. Pronto el valvén de la charla nos transportó al período filosófico que tanto deleita y tan poco enseña cuando los interlocutores quieren brillar por la originalidad paradójica.

Francisco fingía (¿fingía?) una emoción penosa al emitir opiniones sobre las mujeres, y el gesto de misántropo, ordinariamente suavizado por la voz, se acentuaba en sus acritudes.

—Pero, ché—le dije.—Yo no te conozco ninguna aventura amarga para que echés el sobrante de tu acibar sobre un sexo, todo inferior que quieras...

—¿Inferior? — me interrumpió. — Todo lo contrario: superior. La mujer nos vence, nos derrota, nos encanta y nos engaña. Y así todas, hasta la más buena y sagrada, hasta la madre. Sólo dominan, tal vez sin quererlo, por virtualidad de su ser, por ingénita supremacía. Mirá Jiménez, vos que a veces escribís cuentos, ¿querés un argumento y un título? Te los daré. Es un caso particular que reviste los caracteres generales de la humanidad.

—Venga el título.

—“El perro y la gata”.

—¿Y qué tiene que ver?...

—Que el “perro” es un hombre a quien conocí y la “gata” una mujercita adorable, una joven que hacía pensar en Ofelia.

Mientras yo me reía para mis barbas... ausentes, Francisco inclinó su pesada cabeza como si recapacitara y comenzó, siempre filosofando:

Sí; él era un perro, un animal dulce y valiente, de poderosas quijadas, fidelidad absoluta, cóleras vigorosas, fuerte, abnegado y feo. Todos los perros son feos cuanto más buenos. ¡Y qué sonsos! El amo los castiga y se retiran llenos de súplicas en sus quejidos lastimeros. Sin embargo, tras el latigazo injusto, basta con una palmada, con un llamado indiferente, para que vengan arrastrándose a lamer la mano púnica, contentos, con los ojos llenos de adoración. Tal era nuestro hombre y tales son todos los hombres cuando se imponen un amo a quien podrían destrozar pero respetan y temen. ¡Ah, los babiecas!...

—¿Y la gata?

—La gata se convirtió en señora de ese perro. La raza felina no se doblega: es imperiosa. ¡Son tan bonitos esos animales de cuerpo flexible, paso aterciopelado, gestos elegantes y piel cariñosa! ¡Y cómo le gusta que el hombre les pase la mano por el lomo! Con su runrún egoísta se recuesta contra uno para que les aduerma en caricias delicadas y, mientras se les trata con mimo, sólo piensan en su felicidad, abandonándonos por un botón que corre, por un pajarito, un ratoncillo en los cuales desarrollan sus instintos pérfidos.

—Bueno. Ya sé lo demás: sus juegos carnívoros, su maquiavelismo con las víctimas, su malicia felina, en suma.

—Sí, pero te olvidas de su señorial elegancia. ¡Qué armonía de movimientos! Mueven una pata con airosa indiferencia, o miran con ojos fosforescentes trasluciendo en el gesto más vulgar la estética más refinada. Es la belleza por idiosincracia.

—Ya tengo el título: venga el argumento.

—¡Pero sí el argumento está en lo dicho! Un

individuo. ¡Llamémosle José, se enamoró perdidamente, caninamente, de una muchacha hechicera. Ella se dejó amar. Era una gatita mimosa: se le subía a las faldas, acariciaba su cabeza de dogo en éxtasis, gustaba de arañar el alma con palabritas melosas, pero envenenadas, y de ese modo Adela, la gata, engatusaba, ¿ves el verbo?... engatusaba a Francisco y le obligaba a cometer toda clase de maldades, disgustarse con los amigos, malquistarse con sus padres, entregarse a rabiosas desesperaciones, para luego caer rendido solicitando una sonrisa, la limosna repugnante de una mirada amable. Así pasó el tiempo, siendo ambos felices: él con su servidumbre, ella con su ascendiente. Un día, Adela tuvo el capricho de hacer daño a otra gata, su rival, y ordenó a José que la calumniara. Este protestó. Se rebelaron sus instintos nobles, su lealtad, su honradez. Pero ¿quién resiste a la orden del amo todopoderoso? Cometió la baja de calumniar a una inocente, rompiendo los amores de la víctima con un hombre

que la amaba. Siguió un drama de familia y cuando vino a buscar la recompensa, con el alma ulcerada por su infamia, encontró que Adela sólo había querido sacrificar a la otra para quitarle el novio y a José lo expulsó, reprochándole su acción. Sí, después de perderlo, lo condenaba. ¿Comprendes la escena? Un perro que se solidariza con el crimen del patrón y, muerto por su causa, es rechazado desdenosamente, mientras la gata egoísta, siempre bella, siempre adorable, saltando sobre el cadáver con la curva armoniosa de su cuerpo, provoca todos los aplausos por su fina elasticidad.

Hubo una ligera pausa, y Francisco Amenagar me preguntó sordamente:

—¿Qué te parece el cuento? ¿Tengo razón?

Yo contesté bostezando:

—Me parece de bastante interés... zoológico. Se irguió indignado.

—Bueno: ¡para que sepas! El perro era yo y la gata... la gata era tu hermana. Amelia Jiménez..., tu propia hermana.

Malta

PALERMO



Pasaron los años...

y el hermoso bebé de otrora, es hoy el niño sano, fuerte y hermoso que no supo de dolencias graves, que no llevó jamás una inquietud al hogar.

Recién, entonces, es cuando los padres aprecian debidamente la nunca bastante ponderada ayuda que prestara la Malta Palermo en la época de la lactancia, base de la salud que hoy se refleja en el niño y que se comprobará más aun, mañana, en el hombre.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A.

Buenos Aires

LOS POBRES

Por Leónidas Barletta

Era una viejita arrugada como una pasa. Todos los días, a una misma hora, apoyada en el brazo de la muchacha, salía a mendigar por las calles.

La vieja era ciega y se llamaba Rosario; la muchacha: Joaquina.

Rosario había nacido en Italia. Tenía de su país algunos recuerdos borrosos y aislados: un lugar con árboles y cabras y ovejas que pastizaban apaciblemente. Largas hileras de guindos y ciruelos a uno y otro lado de la casa; y si estaban en flor y el viento los zamarreaba se veían caer las florecillas como una nieve menuda y ligera; y si los frutos pendían de las ramitas era el momento de encaramarse a la copa para llenar la cesta.

En el invierno ponían nieve en un pozo, muy atascada, para que se conservase hasta la época del calor. Cuando iban al monte a cortar leña para el fuego, ponían los pies helados en la tibia corriente del agua sulfurosa que bajaba de la colina culebreando.

Con el buen tiempo pasaban los vendedores ambulantes. Especialmente el que vendía cintas y alfileres interesaba a las muchachas. El vendedor de castañas regocijaba a los chicos:

—*So mature e senza magagna*

—*Viato chi si le magna!*

—*Agre o doce? ¡Frischezza e tenerezza!* — cantaba suave y melancólicamente la vendedora de limones.

A través de estas cosas, confusamente, la vieja ciega rememoraba su país natal.

Desde niña había sido muy religiosa. Se levantaba al alba, con el voltear de las campanas, que anunciaban la primera misa, y se encaminaba a la capilla.

Allí, todo la confundía con una deliciosa languidez. Mojaba los dedos, estremecida, en la pila del agua bendita, se arrodillaba sobre las losas frescas y, bebiéndose con los ojos, los ojos de Cristo agonizante, sentía como la piedad la embriagaba, despertando en su alma goces inefables.

Los cirios oscilaban, alumbrando escasamente. Los manteles del altarcito eran blancos y olorosos. Una fe profunda se arraigó definitivamente en su alma. Dios velaba por ella procurándole dicha y paz.

Pero un día esta paz se trocó en deseada tormenta. Ella se había ido transformando y ya no era una niña. Sus ojos eran más luminosos, su boca más roja; una ansiedad desconocida la angustiaba.

Sus polleras fueron desde entonces más largas, su peinado más liso, y si llevaba los brazos en alto para sostener el cántaro sobre la cabeza o el hombro, en su blusa apuntaban dos redondeces, como si de propósito hubiese escondido allí dos manzanas.

Los mozos la miraban con ojos de codicia; pero Pedro, el vaquero, cuando pasaba por delante de su casa con las vaquitas negras y blancas y coloradas, que hacían sonar el cencerro que llevaban pendiendo del ronzal, se turbaba de tal mo-

do y de tal modo sus ojos parecían decirle no sabía qué extrañas y dulces palabras sin sonidos, que su corazón empezó a sobresaltarse.

Y una noche, debajo de su ventana, oyó su voz varonil:

...*Siente la santanotte, aneme mia...*

Rosario no se asomó a la ventana. Esperó anhelante a que la voz enmudeciera y luego se puso a rezar fervorosamente. Pero no pudo dormir. Vibraba en sus oídos aquella voz de inflexiones tiernas y su corazón palpitaba con tanta violencia que temía sofocarse.

Al día siguiente, cuando salía de la iglesia, lo encontró. El se puso a su lado. Como si hablara consigo mismo, dijo que tenía decidido casarse, que buscaba una buena muchacha que le quisiera acompañar a América.

Después que dijo esto se detuvo en medio del camino, con los brazos en jarra, y le preguntó de improviso si no quería ser ella la que le acompañara.

ventaban millares de pústulas moradas. La piel de sus mejillas parecía que iba a estallar. La sed los devoraba y no tenían agua. Así transcurrieron tres días; al amanecer del siguiente vinieron unos hombres y se llevaron a Pedro moribundo. Y ya no supo más de él. Cuando, después de algunos meses, se encontró en tierra firme, estaba sola y no veía. Su cara delicada y fina llena de cicatrices. Sus ojos eran dos agujeros negros. No le quedó otro consuelo que el de seguir confiando en Dios, padre todopoderoso, y pasaba los días acurrucada en un sitio cualquiera, mascullando oraciones.

Las gentes que se compadecían de aquella pobre mujer le dejaban una moneda; la cruzaban de una a otra acera; le daban informes de la ciudad.

Tanteando las paredes, preguntando, se orientó al fin por esas calles y salió del puerto.

Una mendiga la llevó al Paseo de Julio en un día de lluvia y la dejó debajo de las arcadas. Desde entonces vivió en ese lugar. Dormía en el suelo, comía los restos de comida de las fondas, disputándose las entre cuatro o cinco de su condición.

Pasaron veinte años. Su vida no variaba lo más mínimo. Había estado presa, en el asilo, en el hospital y otra vez había vuelto al lu-



—Si es por cuestión de gordura, le prometo tomar **HIERRO QUINA BISLERI**, el aperitivo tónico estomacal por excelencia, y nos casaremos de inmediato.

La angustia de los árboles podados

Bajo los cielos grises dolientes, rígidos, extraños, en los mudos caminos arenosos aparecen los árboles podados con sus ramas desnudas. Y en las noches con astros son así como enormes falanges esqueléticas orando a Dios en medio de los campos.

ALFREDO R. BUFANO.

Rosario no contestó. Tampoco hubiera podido hacerlo. Su corazón palpitaba violentamente. Y así llegaron hasta la casa y fué su madrastra la que respondió por ella.

Casaron y al poco tiempo se dispusieron a partir. Ella sintió que su corazón se desgarraba al irse de su casa, dejando, quién sabe por cuanto tiempo, a su padre, a su madrastra, que era una buena mujer, a sus amigas, al paisaje familiar donde había conocido a su madre ausente.

Derramó muchas lágrimas y, con la esperanza de que habría de volver en breve tiempo, embarcó para Buenos Aires, donde, según las voces, las libras esterlinas se encontraban hasta en las alcantarillas.

Pero el Dios de Rosario, todopoderoso, había dispuesto para ella otro destino, y al llegar a Brasil la viruela negra subió al barco.

Todos los días moría alguno y el mar se lo tragaba en un abrir y cerrar de ojos. Al anochecer era cuando efectuaban esta fúnebre operación. Alzaban por la borda un bulto negro y lo dejaban caer al abismo.

Entonces cayó enfermo su marido y la fiebre también hizo presa en ella. Un hedor insoportable se desprendía de sus cuerpos que re-

gar primitivo. Sentía una suave alegría oyendo hablar en su lengua a la gente miserable que por allí transitaba.

En el hospital le habían dado una gruesa vara, especie de bastón silvestre, para que se guiase, tocando los objetos para no tropezar.

Veinte años se habían esfumado y recién, por un hecho extraordinario, volvía a la vida.

Una noche tormentosa, alguien, una mujer acaso, de improviso le dejó un atado en las faldas. Lo deslió con precaución y sus manos tocaron una carita tierna, una naricita helada. Palpó, agitada, el cuerpecito. ¡Era una criatura! ¡Dios omnipotente, una criatura!

La refugió en su seno. Todos sus sentidos despertaron súbitamente. Atento el oído acechó el paso de los transeúntes y en cada uno temía encontrar al que iba a arrebatarse aquel ser que le deparara el destino.

Pero transcurrió la noche y nuevos días y noches se sucedieron y la criatura quedó en sus brazos. Era una niña. Rosario la llamó Joaquina en recuerdo de su madre.

Ahora le daban más limosna. Así pudo alimentar y cuidar a la pequeña. De noche le permitían que durmiese en una fonda, detrás de

la puerta, en el suelo. De madrugada, el patrón del negocio que abría la puerta, la empujaba con el pie y ella se apresuraba a levantarse y, guiándose por las paredes, que ya conocía hasta en sus hendiduras, llegaba al sitio donde solía sentarse, con la niña en la falda.

Desde la noche en que la halló no la había dejado un solo instante. Su corazón se aferraba a ese ser que era lo único que tenía en su espantosa soledad y desgracia. Y por obra de su infortunio su amor tenía muy hondas raíces.

Enpeñábase en esclarecer sus deseos, esforzándose por comprender sus gritos, sus lloriqueos, las sílabas sueltas que su media lengua articulaba.

Sin verla la veía, pasando suavemente la yema de sus dedos por su caruca suave y tersa como cáscara de manzana. La conocía toda, hasta en los mínimos detalles de sus orejitas, que eran como diminutos caracoles, hasta en la forma de las uñas de sus piecitos que a menudo estaban fríos.

Si era el sol, si era el viento frío, Rosario adelantaba sus carnes como un escudo. No tenía otra preocupación que su niña, ninguna otra idea que no se relacionase con su hija la preocupaba.

Había precipitado en el olvido a sus parientes, su casa, su pasado horroroso y la vida se le presentaba bajo un aspecto agradable, fortalecida por la angustia, aguardando con entereza las vicisitudes del destino.

Cuando Joaquina fuese moza, vivirían otra suerte de vida. Trabajarían ambas, economizarían; al cabo de un tiempo quizás pudiese volver con la chica a Italia, para morir con los suyos que estarían aguardándola.

Este era su sueño. Mientras se estaba horas y horas con la criatura en la falda, la mano temblorosa extendida hacia el transeúnte, daba vueltas y vueltas a esta idea en su cerebro.

Y esta idea le había hecho mucho bien. Su timidez cedía el paso a una energía y audacia que ella no

se conocía. Durante veinte años apenas si había cruzado dos palabras incoherentes con alguno. Ahora hablaba con la gente que la requería y refería su historia, cierto es que deformándola y abultándola no poco porque esto satisfacía a su corazón. Esto la rodeó de cierta consideración entre los mendigos del lugar. En la fonda también le dieron otro tratamiento. Como ahora podía pagar algo le destinaron un rincón en una covacha en donde ponían los barriles de cerveza. Las paredes eran húmedas y frías. El piso era grasiento y sucio. De noche oía correr los ratones y tan acostumbrada estaba a oírlos que hasta participaba de la vida de estos animalitos diminutos, porque no les temía; y adivinaba cómo se hacían el amor, persiguiéndose con gritos de desesperación, de irritación o de gozo. Tenía para todas las cosas y los seres un instinto de madre. Su corazón desbordaba de ternura y de perdón. Después de una vida tan desgraciada, cuando ella creía que había dejado de ser para el mundo de los vivos, Dios le enviaba repentinamente una hija; la gente era buena y caritativa y se compadecía de ella y de su hijita; no le faltaba de comer; tenía donde reposar sus huesos que ya se habían hecho para una vida lúgubre, sin consuelo y sin descanso. Hasta la esperanza la besaba en sus ojos muertos, devorados por la peste, y en su imaginación veía el camino que iba a recorrer, limpio de obstáculos.

Día a día iba descubriendo nuevos goces, simples goces que ensanchaban su corazón que había estado en riesgo de morir.

Ella, que en su infancia había disfrutado de tanto sol y de tanto aire, sabía ahora lo que era un rayito de sol besando sus manos sarmientosas.

Un día descubrió que podía besar aquella carita tierna de su niña; otro día la oyó silabear y cuando por primera vez oyóse llamar: *mama*, creyó que la alegría le trastornaba el seso. Los años fueron quitándole algunas de estas alegrías que eran su pan espiritual.

Rosario había notado que a medida que Joaquina crecía su modo se hacía brusco y desafectuoso. Por ese entonces le ocurrió algo que aumentó su naciente pena: se le cayeron tres dientes. Estaba vieja. Fuertes palpitaciones la mantenían desvelada buena parte de la noche. Se sofocaba; su cuerpo se cubría de sudor frío, temblaba convulsivamente, y estos achaques la hicieron pensar si su muerte no estaba próxima y el espanto de morir dejando sola a Joaquina, se sumó a sus males.

Y todavía recibió otras heridas.

—Mama, cuanto sei brutta — le había dicho Joaquina riéndose.

¿Fea... fea? Comprendió de golpe por qué Joaquina retiraba su boca cuando ella la besaba. Ahora sentía la presencia de mil enemigos que la acechaban rodeándola y su desesperación no tenía límites, porque no sabía precisar de qué lado llegaría la desgracia que se cernía sobre su alma.

Su corazón se replegó huraño sobre sí mismo. La desconfianza se metió en su seno como un reptil ponzoñoso.

Sin embargo, confiaba en Dios, padre todopoderoso, y rogaba, fervorosa: "Dío credo, Dío padre..."

En medio de la noche, desvelada por su angustia, percibía la respiración violenta de Joaquina que se revolvía inquieta en su lecho de

trapos. Y los sentidos vigilantes de la vieja ciega descubrían que la muchacha contenía y disimulaba una brutal irritación.

¿No estaba conforme con la vida que llevaba? ¿No le había comprado zapatos? ¿No iba vestida y limpia? ¿Se avergonzaba quizás de ser la hija de una mendiga ciega?

Para distraerla, la vieja se hacía conducir por las calles centrales y mientras ella pedía "para una pobre ciega", Joaquina miraba las suntuosas vidrieras. Pero esto, acaso agrió más el carácter de la muchacha. Hasta que un día Rosario dió con la causa de aquel cambio y aunque reconoció la mano del destino, esta vez no quiso resignarse.

Una noche, después que se hubieron acostado, Joaquina se levantó sin ruido y salió.

El oído sutil de la vieja la oyó abrir la puerta que no volvió a cerrarse. Una voz dijo quedamente:

—¡Cuánto que tardaste!

—Esperé que se durmiera la vieja — explicó Joaquina.

El corazón de Rosario dió una violenta sacudida. Había comprendido. Su oído se agudizó aún más. Creía percibir el aliento silbante del que hablaba, que era Jacinto, el

Si no fuera por la vieja, me iría ahora mismo...

Quedaron otro rato en silencio y de repente él dijo con la voz más enronquecida todavía:

—Vení, dame un beso.

—¡Eh!

—Dame un beso, uno solo...

En el silencio de la noche se oyó el leve estallido del beso. Luego la puerta volvió a cerrarse y la vieja oyó que Joaquina se acostaba.

Así tuvo la revelación de que Joaquina era mujer, la pobre vieja Rosario. No le dijo nada; pero desde esa noche vivió en perpetuo desasosiego. Sólo ella supo lo que sus ojos muertos lloraron en las interminables veladas del invierno, mientras a su lado dormía, hecha un ovillo, aquella a quien amaba más que a su propia hija.

Pero no quiso resignarse. Un día preparó sus bártulos, se despidió de la gente de la fonda que tantos años hacía que conocía, y agarrando a la muchacha de la mano, se fué.

—Mama, ¿dónde vamos? ¿Chi t'ai miso in capo, mamá? ¿Estai pazza? ¿Dónde vamos? — decía, medio en italiano, medio en castellano, la muchacha. Pero la vieja no contestaba. Caminaron mucho tiempo sin



ELLA.—¿Pero de verdad me quiere usted?
EL.—Se lo juro con la mano puesta sobre el corazón.

muchacho de la fonda.

—¿Nos estarán espiando? — dijo Joaquina.

—No; todos duermen — dijo él con una voz un poco ronca, un poco triste. Y agregó:

—Bueno; de lo que te dije, ¿qué me contestás?

Se oyó una risita apagada.

—No te rías; ¿qué me contestás? ¿me querés, eh, me querés?

Siguió un largo silencio que él interrumpió preguntando impaciente:

—Que sí, eh, que sí? ¿Me querés?

Joaquina, apremiada, dijo muy suavemente, como con vergüenza: —Sí; también antes te quería. Te miraba y te quería...

—¡Ah! — exclamó él — ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Me parecía por la manera de mirarme.

Ella volvió a reír con una risa sofocada. El preguntó:

—Y... ¿te vas a venir conmigo... cuando yo pueda?

—¿Casada?

—Sí; casada.

dirección fija. Al fin llegaron a Chacarita y se sentaron en un banco en una plaza de los alrededores.

A la tarde fueron buscando albergue y, no muy lejos, en una calleja de suburbio, les alquilaron una plicita de cinc y madera por ocho pesos mensuales.

No tenían muebles; así que dispusieron los lechos en el suelo, con bolsas, trapos y mantas de que estaban provistas. Los primeros días Joaquina no hizo otra cosa que llorar: pero luego la pequeña herida de su corazón se fué cicatrizando y la novedad de una vida distinta, en un nuevo barrio, la hizo olvidar de su primer amor.

De mañana salían a mendigar por las calles y hacia las diez se dirigían al cementerio, donde recogían mucha limosna, porque la gente en desgracia suele ser más caritativa.

De esta guisa transcurrieron unos cuantos meses; pero la vieja Rosario no se tranquilizaba. Sentía cómo la juventud de la muchacha se derramaba a borbotones a su alrededor, y ya los mozos no se cui-

CONTRA
LA TOS
Y CATARROS
BRONQUITIS
LARINGITIS
INFLUENZA
PILDORAS
DE
Calramina
BERTELLI

Se venden
en todas
las Farmacias

Concesionarios
para ARGENTINA,
URUGUAY y PARAGUAY:
JOSÉ PERETTI Y C.ª
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO

daban de ella ni de su vara, para requiebrela.

Había uno, principalmente, que la inquietaba. No sabía Rosario dónde le habían conocido y parecía hombre de alguna importancia. Era cariñoso y dicharachero. Joaquina le llamaba Alberto, con una familiaridad que a la vieja le chocaba. A veces le había parecido, por el silencio que guardaban, que se estaban acariciando.

—Chi fai — preguntaba.

—Nada, mamá; nada.

Pero la voz era culpable, temblorosa, ronca.

Rosario le había preguntado una noche, si no la abandonaría.

—Mama! — había protestado Joaquina. Pero nada más. Ni una sola palabra más. Y todas las noches salía a la puerta de calle y volvía agitada y se revolvía en la cama sin poder conciliar el sueño.

—¿Do al statto?

—Estaba hablando con Alberto.

Alberto, Alberto; que era joven, que estaba bien vestido, que tenía las manos blancas y los ojos negrísimo, que esto, que lo otro, y siempre Alberto.

Los vecinos le decían a Rosario, con sorna.

—Abuela, se le va a ir la chica. Se le va a casar y la va a dejar sola.

La vieja confiaba en Dios y rogaba.

Y una tarde, cuando volvían del cementerio, de repente sintió la vieja que el brazo de la muchacha temblaba. Un coche se detuvo cerca de ellas.

—¿Cosa é? — preguntó la ciega.

Una mano de hombre desprendió su mano del brazo de Joaquina. No oyó sino estas palabras:

—¡Mama, mama, addio, mama... pobre mama...

Y sollozos. El coche arrancó bruscamente por la calle empedrada.

La vieja sintió en su espalda un frío mordiente. Quiso hablar y no pudo. Entonces, apoyándose en su vara, se puso a caminar sin rumbo, aplastada por una invencible congoja.

Cuando pudo dominarse un poco, se detuvo, crispó los puños, puso los ojos muertos en el cielo plomizo y de su boca desdentada partieron como piedras estas tres palabras:

—Dío, Dío, maledetto!

CURIOSIDADES

Existe una cueva en el Bosque Nacional Santa Isabel, en Colorado, la cual está formada de modo, que cuando en su boca cae un sombrero de paja, una corriente misteriosa de vientos intermitentes lo devuelve bruscamente a la superficie.

El estudio de los ríos de Europa y la parte noroeste de América, es uno de los peces mayores y más sabrosos que se consumen.

Se afirma que la escafranda es invención de los antiguos griegos.

Las termas mandadas construir por el emperador romano Caracalla, tenían capacidad para 1.600 bañistas.

Al salir de las minas, los ópalos están tan blandos que se pueden deshacer con la uña.

En la Escuela Comercial de segunda enseñanza de Brooklyn (Estados Unidos), hay actualmente 1.400 alumnos que estudian el castellano.

En Nueva Zelandia existe un árbol curiosísimo, al que los indígenas denominan "árbol de coser".

La madera de este árbol precioso es de una dureza extraordinaria y se emplea para la construcción, y sobre todo, para fabricar muebles y herramientas. Con las hojas del "árbol de coser", los naturales del país hacen las techumbres de sus cabañas, que resultan muy sólidas y absolutamente impermeables.

Pero aún hay más, y esto es lo más curioso, y de aquí, sin duda, el nombre que los indígenas le dan.

En la extremidad de cada una de sus hojas presenta una espina fina y puntiaguda como una aguja de acero.

Tirando bruscamente de esta espina se arranca, pero no sola; unida a ella, arrastra una larga fibra fuerte y resistente que puede hacer las veces de hilo.

Los indígenas se sirven de esta aguja natural y del hilo que la acompaña para coser sus vestidos.

Ya sea escrito o estampado, blanco o de color, el papel puede hacerse incombustible sumergiéndolo en una fuerte solución de alumbre y dejándolo secar luego.

La calidad y el color del papel no se alteran después de este baño; al contrario, mejoran.

Muchas pagodas, por ejemplo, la famosa Shwe Dagon, de Rangoon, están cubiertas de chapas de oro puro desde la base al fastigio.

El santuario y el recinto amurallado en donde están las pagodas no pueden ser visitados ni por los extranjeros ni por la gente de las castas inferiores.

Se dedica la pagoda a un solo dios, aunque dentro del recinto es frecuente que haya reducidos templos accesorios o pequeñas pagodas dedicadas a divinidades subalternas.

De ahí que los persas mahometanos apliquen también la denominación de pagodas a las iglesias de los cristianos, porque las imágenes de los santos son consideradas por aquéllos como ídolos.

En China, las pagodas vienen a ser, en su mayor parte, torres poligonales divididas en muchos pisos, hasta trece o quince, que simbolizan los cielos superpuestos a la tierra.

Los dados eran ya tan populares en la India, en las edades primeras de la historia, que en los días posuédicos, dos reyes del Mahabharata Yndhisthera y Nala—perdieron sus reinos mientras pasaban el tiempo arrojando los dados.

Entre los instrumentos raros que se conservan en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, figuran un bastón violín y tres bastones flautas.

El primero es rarísimo, pues no obstante su estrechez no le falta un solo detalle y hasta lleva su arco correspondiente muy lujoso. Las cuerdas están sujetas a clavijas de hierro pequeñas y cuando no se usa como instrumento musical, se cubre el bastón con una funda rodeada de bandas metálicas que evita todo golpe al diminuto instrumento.

Este violín extraordinario mide ochenta y ocho centímetros de largo y tres centímetros de ancho en su parte más gruesa. Se fabricó en Alemania y data de principios del siglo XVIII.

Las flautas son de madera excelente y muy

ligeras y tienen, además del puño que corona el bastón, seis agujeros y una llave plana de metal.

Hace algunos meses, con objeto de reforzar los cimientos de la catedral de San Pablo, de Londres, se hicieron experiencias consistentes en inyectar cemento líquido en el subsuelo de dicho edificio, practicándose para ello varios taladros por los que, a favor del aire comprimido, se inyectaba el cemento.

El resultado de esta experiencia parece ser muy satisfactorio, pues el cemento ha atravesado el subsuelo a una considerable distancia alrededor de cada taladro y no solamente las gravas y arenas, sino también las arcillas han quedado transformadas en una sólida masa, que favorecerá la seguridad del edificio.

Lo que se desgasta

Debe reponerse

Está comprobado que el ser humano, no es una máquina que puede trabajar indefinidamente.

El trabajo excesivo que se realiza hoy en todas las esferas, ya sea para sobresalir y destacarse de los demás, o bien para mejorar los medios de vida de que se dispone, origina una pérdida considerable de energías que puede acarrear trastornos de importancia.

La vida diaria nos da ejemplos variados y numerosos: hombres de negocios, funcionarios públicos, profesores, alumnos y en general todas aquellas personas que trabajan excesivamente, en un momento dado se sienten desgastados, sin fuerzas, pierden la memoria y la neurastenia los empieza a dominar.

Es entonces llegado el momento de equilibrar el desgaste con nuevas fuerzas. Para eso está la

NUCLEODYNE

(El tónico que dá fuerza)

que lo dejará como nuevo.

En su fórmula, creación de nuestros laboratorios, entran: Fósforo fisiológico, que regenera las células; estricnina, que tonifica los nervios, y zumo testicular de toro, que favorece la secreción de las glándulas del cuerpo. Es realmente un tónico maravilloso.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmento y Florida

Buenos Aires

La catástrofe ferroviaria ocurrida en Palermo

Un choque de trenes de dolorosas consecuencias, fué el ocurrido en Palermo, en las vías del Ferrocarril Central Argentino, el lunes de la semana anterior. El cruce de los rieles, a la altura de la Avenida Valentín Alsina, donde ocurrió el fatal accidente.—A la derecha: uno de los vagones del tren que, procedente de Villa Ballester, se dirigía a la estación Retiro, aparece totalmente destrozado por la máquina de otro convoy salido de dicha estación, con dirección a Río Cuarto. A la hora de escribir estas líneas, se tenían noticias de cuatro muertos y veinticinco heridos, algunos de ellos muy graves.



Otro aspecto del vagón que soportó el choque del tren que se dirigía a Río Cuarto.



El cadáver de Juan Benasi.



Pedro Simbora, otro de los muertos.



HERIDOS.—Alejandro Cerviño



José Tossi



José Ferreto



Un detalle que revela la violencia de la colisión.



Los ministros del Interior y de Obras Públicas y el jefe de policía, en el lugar del hecho.



El señalero Humberto Valerosi, a quien se imputa el accidente.



La enfermera del hospital Rawson, señora Carmen Bollatti, que se distinguió auxiliando a las víctimas, desde el primer momento.

Inauguración de las disertaciones públicas en el Museo de Historia Natural



Con motivo de cumplirse el 15.º aniversario de la muerte de Florentino Ameghino, la dirección del Museo de Historia Natural dedicó el acto inaugural de las disertaciones públicas, como un homenaje a la memoria del ilustre sabio.—A la izquierda: el director del Museo, doctor M. Doello Jurado, pronunciando su disertación.—A la derecha: vista parcial de la concurrencia.

La fiesta del árbol



Con la brillantez de otros años, llevóse a efecto en Palermo la tradicional fiesta del árbol.—El presidente de la Sociedad Forestal Argentina, doctor Felipe Senillosa, pronunciando su discurso en el palco oficial, ante las autoridades que concurrieron a la simbólica ceremonia.



El presidente de la Sociedad Forestal, plantando un árbol.



Los escolares, en la tarea de la plantación.



El señor Jauregui, delegado del Uruguay, plantando otro vástago.



Velada masónica en homenaje a Méjico

Como un acto de homenaje a la República de Méjico, la Masonería Argentina del Rito Escocés Antiguo, realizó una velada en su local social.—A la izquierda: el gran comendador de la orden, señor Alejandro Sorondo, pronunciando su discurso.—A la derecha: vista parcial de la concurrencia que asistió al acto.



Festival familiar en el Club Sportivo Barracas



Con el concurso de varias damas, realizóse un lucido festival en el local del Club Sportivo Barracas.—A la izquierda: la doctora señorita Teresa Mallamud, la profesora de piano, señorita María Adela Ferres Villalonga, la poetisa Alfonsina Storni y otras damas, que tomaron parte en la fiesta, al servirse el lunch.—A la derecha: vista parcial de la concurrencia que asistió al acto.

Concursos hípicos en la Sociedad Rural



El príncipe alemán Luis Fernando de Hohenzollern, actualmente nuestro huésped, acompañado por el presidente de la Sociedad Rural, señor Pagés y por los miembros del jurado del concurso hípico, presenciando las pruebas del torneo, desde el palco oficial.



Señores Víctor Fernández Bazán, teniente Audelino Bergallo y Leandro Flores, clasificados primero, segundo y tercero, respectivamente, en el premio "Yaraví".



La señorita Leal y el teniente Iturralde, en pareja, saltando un obstáculo.



El teniente Alberto Frugoni, saltando en el premio "Santa Rosa".
(Fots. León).



Caricaturas de Sanguinetti



Doctor Alejandro Zabotinsky, recientemente nombrado profesor de cirugía dental, de la Facultad de Medicina.



Mister Tracy Lay, que ha sido designado cónsul de los Estados Unidos en la República Argentina.



RECITAL POETICO



En el conservatorio de música "Román Vago", realizóse un recital poético que alcanzó un brillante éxito. — En primer término: la poetisa María Alicia Domínguez y el señor Román Vago. — En segundo término, de izquierda a derecha: señoritas Rosario Beltrán Núñez, Cecilia Aldorino, Elena Borgonovo y Wally Zenner, que se distinguieron en las declamaciones.

CONCIERTOS



Señorita Lía Cimaglia, joven y prestigiosa concertista, cuya última audición de piano mereció calurosos aplausos.

BIBLIOGRAFIA



Doctor Lucas Ayarragaray, a cuya pluma se debe la novela dramatizada "Dos mundos", últimamente editada.



Señorita Alfonsina Storni, autora del volumen titulado "Poemas de amor", recientemente aparecido.



Monseñor Dionisio E. Napal, vicario general de la Armada y autor del libro "Visiones y recuerdos del camino", acabado de publicar.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "El príncipe soñado", film que desde ayer exhibe la General, e interpretan Creighton Hale y Gertrude Short.



Escena de "Ladrón de corazones", film Non Plus que la Universal estrenará el jueves, e interpretan Greta Nissen y Norman Kerry.



Anita Stewart y George O'Brien en "Mancha por mancha", film que la Fox estrenará el jueves próximo.



Madge Bellamy, Leslie Fenton y Gloria Hope, en "Mechita, la chica de 1926", gran éxito actual de la Fox.



Escena de "Preséntame", film interpretado por Douglas Mac Lean y Anne Cornwall, que la General estrenará el viernes próximo.



El lamentado Rodolfo Valentino, en "El hijo del jéque", film que Artistas Unidos exhibirá en breve.



Escena de "El porvenir de O'Malley", film interpretado por Milton Sills y Dorothy Mackaill, que Glücksmann estrenará el viernes próximo.

FOX

PRESENTO CON EXITO GRANDIOSO
LA HERMOSA Y SENTIMENTAL SUPER PRODUCCION

M E C H I T A

LA CHICA DE 1926

Un reflejo de la mentalidad social de muchas chicas del día, y que por su trama, interpretación, y dirección será el EXITO DEL AÑO

Intérpretes: MADGE BELLAMY, HARRISON FORD, etc.

Dirección de HENRY BEAUMONT

FOX FILM DE LA ARGENTINA S. A.



De nuestros escenarios



Mecha Caus, joven actriz del Sarmiento.



Chela Cordero, la bonita primera actriz del elenco de César Ratti, que actúa en el Smart.



Angeles Martinez, aplaudida actriz cómica del Bebe.



René Pocoví, notable actriz de la compañía del Pueyrredón.



Mocha Dormal, del teatro Florida.



Consuelo Velázquez, primera tiple del Florida.



Nélida Guerrero, actriz de comedia.



Norma Rubens, actriz del teatro Florida.



Aniversario de la muerte de Sarmiento



El día 11 del corriente se cumplirá el 35.º aniversario de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento, que, como se sabe, falleció fuera de la patria, en una humilde habitación del antiguo Hotel Cancha, de Asunción (Paraguay).—Como un acto de homenaje a la República Argentina, el gobierno del Paraguay expropió la mencionada habitación (que reproduce el grabado de la parte superior) y la donó al gobierno argentino. La fotografía que aparece debajo, corresponde a una casa de hierro que Sarmiento importara de Estados Unidos con propósito de habitarla, pero la muerte, apagando aquel luminoso espíritu, impidió la realización de sus propósitos.—Dicha casa también se conserva intacta en la capital de la república hermana.

(Fots. de nuestro redactor viajero, L. señor Bartolomé Zambonini).

Fray Mocho en Rosario de Santa Fe



Aspecto que ofrecía el edificio del Club Remeros Alberdi, mientras se realizaba la quinta reunión de regatas.



E. Flores, E. Batallán, P. Egaña, F. Pittaro y A. Soría (timonel), ganadores de la prueba de 800 metros.



Señoritas Niklison, Kagel, Rodgers y Hutchinson y señor Duclós (timonel), ganadores de la carrera de 300 metros.



Señoritas Hutchinson y Aragón (timonel) y señor Rummel, ganadores de los 300 metros Doble.



Los ganadores de la prueba de postas en el torneo interuniversitario, organizado por el Club de G. y E. (Fots. Flores Toledo.)

Información gráfica del interior



RIO CUARTO (Córdoba).—El señor J. E. Tudor (x) y un grupo de compañeros de tareas del Ferrocarril Central Argentino, que le ofrecieron un almuerzo de despedida con motivo de haber sido trasladado a la estación Rosario, para desempeñar un alto cargo.



Los sargentos R. Avendaño, Federico Gruben y T. Palacios, que en el concurso de tiro obtuvieron los tres primeros premios de la categoría para suboficiales.



Señores Alfonso Amatti, Antonio Tosco, Dermidio O. Jiménez y Jorge Mafrand, ganadores de las pruebas de 300, 200 y 150 metros, en el mismo concurso.



Parte de los tiradores que intervinieron en el torneo organizado bajo los auspicios del Tiro Federal.



RUFINO.—Vista parcial de la concurrencia al baile organizado en honor de los aviadores Duggan, Olivero y Campanelli.



Un aspecto del banquete servido en homenaje a los aviadores del Buenos Aires, con motivo de su reciente raid aéreo.
(Fots. Agostini y Della Mattia.)

Aristides despertó con el ánimo alegre, con intensa sensación de bienestar. Era una mañana de sol, brillante. El cielo, de azul límpido, tenía serenidades de lago. Calzó las zapatillas de baño, que guardaba en el velador y se dirigió a la ventana, que abrió de par en par. Aire puro, oxigenado, invadió la habitación y la llenó toda.

En la terraza del chalet, a la que daba su ventana, travesaban los gorriones, regocijados, como niños en hora de recreo.

Consultó su reloj. Eran las 7. ¿Cómo había podido levantarse tan temprano? Era día de asueto. Podía disfrutarlo ampliamente. Después de una ablución empezó a vestirse con lentitud, deteniéndose en cada detalle. Iba poniéndose por turno, pausadamente, el calzado de charol, el pantalón fantasía, la camisa de reluciente pechera. El nudo de la corbata le llevó unos minutos. Cepilló el chaleco, el saco, el sombrero y terminó de vestirse. Consultó nuevamente su reloj. ¡Tempranísimo! ¿A dónde iba a ir? Había que pensarlo.

De codos, en el muro de la ventana, contemplaba el paisaje lejano por encima de la Avenida Alvear. El cuadro le interesó vivamente. Volvió a su habitación y salió con unos anteojos de campo. Girando la vista la detuvo en las aguas turbias del estuario, que el horizonte, empalideciendo, cubría en una dulce parábola. Allá, muy lejos, el azul era celeste. Oh! suave color que los patricios arrancaron del cielo para darle una bandera a la tierra libre, la más libre de todo el orbe! Y Aristides vió un símbolo, primero nebulosamente; después, con mayor precisión. Sí, bajo el horizonte se agitaban las aguas turbias, que avanzaban hacia la costa. Y eran las aguas, que venían de lejos, portadoras de los odios incubados en los pueblos caducos, oprimidos. Algunas olas, grandes, violentas, chocaban entre sí, estallando en una granizada líquida, como si pretendieran salivar sobre el azul que las cobijaba amoroso. Pero el horizonte, muy alto, muy puro, sonreía acariciado por el padre Sol. Desde allá, el cielo enviaba sus matices, que penetraban en el seno de las aguas estremecidas de ira.

II

¿Por qué esa multitud de recién llegados se lanzaba sobre la tierra con rugidos de horda? Los nativos abrían los brazos para recibirlos y para curarles sus llagas espirituales. Brindábanles un trozo de pan y acercaban a los labios, sedientos, el cántaro de agua cristalina.

—Comed todos, — les decían; — aplacad también vuestra sed. Nuestra tierra es grande, generosa, y por ello todos somos buenos.

La horda, la fuerza maldita, desbordada impetuosa sobre este Paraíso, se detenía un instante en su brusco avance. Sonreía. Saciaba su sed, su hambre. Luego, con los ojos extraviados, llenos de odio, proseguía su marcha, en actitud amenazante.

—¡Queremos matar! Queremos sentir, salpicando nuestros rostros, la sangre tibia de estos hombres libres, que tuvieron la felicidad de ser libres siempre, desde el momento que sentaron sus pies sobre la tierra. Lo queremos todos los que fuimos esclavos, los que sentimos restallar, sobre nuestras cabezas hu-

Las carcajadas de un loco

Por Leonardo A. Bazzano

milladas, el látigo que veja y escarnece. Las carnes de nuestras espaldas desnudas saltaban en jirones, como piltrafas.

aquí lloramos los padecimientos y la muerte del Redentor. El odio de los tiranos, de naciones vetustas, bajo nuestro sol se diluye en amor.

Pidan

“QUILMES
DE INVIERNO”

La mejor cerveza
para la estación

—Oh; tiranos crueles! Pero nosotros no hemos azotado, ni vejado, ni escarnecido. Hace siglos que

Todo tiene aquí sonrisas de madre buena.

La bocina de un auto, que rugió

ANÉCDOTA

En cierta ocasión se acercó al actor francés Coquelin (cadet) uno de esos solícitos amigos perversos, oficiosos y molestos con que cuentan en todas partes los artistas demasiado conocidos.

—¿Se siente usted enfermo? — le preguntó. — Tiene hoy muy mala cara.

—¡No me lo recuerde! Aquí donde me ve, he pasado ocho horas sin conocimiento.

—¡Ah, Dios mío! — lamentó el amigo. — ¿Qué le ha ocurrido a usted?

Y Coquelin, muy serio, contestó:

—Dormía.

ronca, como una amenaza, quebró las meditaciones de Aristides.

—Oh! Los arduos problemas! — exclamó con desdén. — La mañana es muy hermosa. No filosofemos, vivamos.

Y contempló con amor casi paternal, a los gorriones vocingleros que travesaban en la terraza.

III

Salió a la calle. Los autos en fila, como un ejército victorioso, regresaban al centro después de una rápida excursión por la avenida de las Palmeras.

Pasaban veloces, como si disputaran una copa de honor. Y eran hermosos ramilletes femeninos la preciosa carga que llevaban. Pasaban, como en fuga. A ratos, en algunos vehículos, se destacaba una nota negra. Algún papá espinoso que defendía los pétalos perfumados.

Aristides disfrutó un instante, a medias, del espectáculo que ofrecía ese rincón de belleza. Era, como él llamaba a esa fracción bonaerense, la “zona aristocrática”.

Pero otros pensamientos más hondos absorbían su visión de esteta y de filósofo amable.

Era joven. Veintiséis años serenos, bien llevados, sin paréntesis lujuriosos, casi castos, le daban autorización y fuerzas para amar. Entonces, en su imaginación surgió ella, Angelina, con su sonrisa que era toda luz, con su boca roja, de labios pronunciados, — que delataban un caudal de bondad; — con su busto delicado, esbelto, con delgadez rellena de carnes; que él adivinaba sonrosadas. Y, sobre todo, lo que más le seducía era el timbre de voz, dulce, pastoso, que acariciaba el oído.

¿Por qué no se casaba? Su ceño se arrugó, quizá en un esfuerzo para provocar evocaciones.

Era periodista. Y a éstos no siempre les sonríe la fortuna. Recordaba las dificultades con que tenía que luchar para pagar el hotel, de primera categoría, donde forzosamente debía residir para no macular el prestigio social heredado. Recordó también que una mañana, su primo Raúl, —cuya familia siempre mantuvo en alto el pabellón de la prosperidad, — le dijo repentinamente: —“¿Por qué no te vienes a casa? Gozarías de toda independencia. En el último piso, sobre una espléndida terraza, tenemos una habitación vacía, la que yo utilizaba como gabinete de química cuando era mal estudiante”.

Y él aceptó. Quizá los padres de Angelina le creyeran en el mismo tren de prosperidad que Raúl y por eso toleraron el seminoviazgo. Y él se dejó llevar por el poder de atracción, absorbente, casi magnético, de “Angelina angelical”, como la llamaba bromeando.

Se amaban y no podrían reunirse. Les separaba... ¿qué?... Moralmente estaban ligados. Se habían desposado sus espíritus, a través de hondas miradas.

—Sí, sí, — pensaba. — Es el oro la barrera que nos separa. Acaso tienen razón, en parte, los que añoran una reforma social. Ah! Pero no violenta, sino evolutiva; y no de fondo, sino en detalle.

Pensó que él podría, por tanto, ser un sincero y ecuánime intermediario entre el capital y el trabajo rutinario, porque los otros, los que trabajan con el cerebro, los que ya palpan la palanca de Arquímedes para levantar mundos; los sabios, los creadores, los que en un minuto

de lucidez coronan su trabajo de años y crean máquinas que ahorran el penoso esfuerzo muscular a centenares de miles de obreros... esos no son trabajadores. A esos la horda los insulta: ¡Burgueses!... ¡Holgazanes!

El reconciliaría las dos fuerzas: la horda extraviada por la astucia de los perversos; horda que es, al fin, rebaño desorientado, y la fuerza creadora, la gran fuerza de organización que marcha hacia la senda, ya plena de luz; hacia donde guía el índice de Dios.

Sí, sí; él evitaría el choque fatal.

Procuraría contener el desborde de la turba extraviada, que nos llevaría a siglos de oscurantismo, arrasando bibliotecas, incendiando museos, derrumbando las estatuas de los gloriosos.

Y, por sobre esos pensamientos altruistas, surgió, serena, toda amor, como la virgen María, la silueta de Angelina, coronada por la bella cabeza, que los dioses griegos hubieran nimbado.

Y sintió, de pronto, un desco vehementemente de verla. La hora no era correcta. "No importa, se dijo; pasaré de largo, pero acaso pueda saludarla". Muchas mañanas, cuando iba a la redacción, veía el rostro de Angelina, de Angelina meditativa, abstraída, pegado al cristal del balcón.

IV

Subió a un tranvía. Compró un diario, recorrió los títulos, lo dobló después. El espectáculo de la calle le distraía. Todo el movimiento matinal de "la gran colmena", como él llamaba al "centro", turbulento, mareante, a pesar de ser domingo, sacudía sus nervios gratamente, le excitaba. Sentía ardores de lucha, ansia de batalla, de gloria. Y al ver los vehículos lujosos, que pasaban junto al tranvía, pensaba que él también podría lograr alguno de ellos, en un supremo esfuerzo de su cerebro. El también podría ser un triunfador en la épica lucha del trabajo. También el arte era labor, también los que piensan, los que vuelcan sus sensaciones sobre las cuartillas son obreros, y obreros selectos, altruistas, porque ofrecen a la colmena los tesoros de su espíritu, de sus conocimientos, de sus emociones. Son productores de belleza, de enseñanza; son los que hacen la vida amable, grata, a despecho del desdén de los obreros manuales, rutinarios, simplemente utilitaristas.

El tranvía bajaba por la calle Corrientes. Al llegar al boulevard Callao descendió. Se dirigió hacia el norte, deseoso de ver a Angelina. Le sorprendió de pronto, una multitud abigarrada, que se revolvía en medio de la calle, desesperadamente; retrocediendo, avanzando, abriéndose hacia las aceras. Más allá, uniformes policiales. Confusión, voces airadas, gritos sordos, rugidos, imprecaciones, blasfemias.

Gracias a su "carnet" de periodista pudo avanzar. Al llegar a la esquina de Córdoba, quedó anonadado. Un edificio enorme, sólido, macizo, aparecía destrozado en parte en su planta baja. Indagó. Había estallado una bomba. Recogió algunos informes de vecinos, de curiosos que habían logrado, impetuosamente, romper el cordón policial.

—Oh! Los miserables! — exclamó. — Oh! La turba maldita que ya desborda!...

Emocionado, tembloroso, dirigió su vista hacia el balcón de la casa

de Angelina. En la puerta de calle se apretujaba un núcleo de gente. Al aproximarse vibró en sus oídos la exclamación compasiva de una mujer: — ¡Pobrecita! — Aristides se detuvo; quedó un instante como petrificado. Zumbábanle los oídos. Estuvo a punto de caer. Después, con un esfuerzo de voluntad, se rehizo. Se abrió paso violentamente, desesperadamente y echó a correr, escaleras arriba.



EL SEÑOR (en la Comisaría).—¿Han hecho ustedes algo en lo del automóvil que me robaron en la calle hace dos días?
EL POLICIA.—Sí, señor. Se le ha impuesto a usted una multa por dejar abandonado el coche en la vía pública.

V

Días después, en su lecho de convaleciente, allá en su habitación de la avenida Alvear, frente a la terraza llena de sol, donde habían regocijados los gorriones, Aristides, con los ojos vagos, miraba a los parientes y amigos que rodeaban su lecho. A veces había en sus ojos co-

mundo, impetuosamente; las fuerzas que arrasarán con todo si no se les obstaculiza el paso con la gran barrera. ¡Turba perversa!... ¡Ejército de locos!... Preciso será destruirlos, preciso será matar; arrancarle las entrañas, hundir la garra en las carnes humeantes, troncharles los músculos a dentelladas, escupirles al rostro, entre

UNA LÁGRIMA

(Especial para FRAY MOCHO).

Entré en la sala, como de costumbre, me senté a tu lado, tu voz escuché;... de tu boca tedio, de tus ojos lumbre, de tu pecho un hondo suspiro glase.

Nervioso, tres veces me rozó tu pie, y con los apremios de la incertidumbre te excusabas siempre, por qué, no lo sé, como una elegía de tu dulcedumbre.

De pronto se abrieron tus labios rosados, mostraste al desnudo tus dientes perlados, mientras me mirabas con sumo pesar.

Y una lágrima, que al punto cayera, centelleó en la curva de tu linda ojera, y en tu pañuelito se echó a dormitar...

MOISES M. COHEN.

mo una interrogación. A ratos brillaban humedecidos por las lágrimas.

El silencio, muy grave, lo interrumpían a instantes rugidos de bocina. El enfermo, entonces, levantaba la cabeza, exclamando:

—Es ella, ella que viene. Es la resurrección de mi adorada. Ah! no, no! Me la arrebataron los asesinos, los crueles, los injustos, los locos. Oh! Son las fuerzas malditas que se han desatado sobre el

dos blasfemias, las piltrafas de sus cuerpos nauseabundos.

Pretendió levantarse lanzando un rugido. Muchos brazos le sujetaron.

—Dejadme!... dejadme!... Necesito matar!...

Luchó, forcejeó entre los brazos que le sujetaban firmemente. Después de breves minutos cayó agotado sobre el lecho.

—¿Véis? — dijo dulcemente. — Las fuerzas malditas han triunfado. Vosotros lo habéis querido. ¿Véis? Ya no soy un hombre. Soy un símbolo.

Y rompió a reír a carcajadas, largas, sostenidas. Eran carcajadas que sonaban a llanto.

El facultativo, que estaba junto a la cabecera de la cama, se inclinó al oído de Raúl y exclamó:

—Hemos perdido la batalla.

—Doctor, entonces...

—Sí, loco.

Y las carcajadas se sucedían, largas, sostenidas, sonando a llanto...

La seguridad del avión

De todas las poblaciones de Norte América fluyen a la oficina de patentes de los Estados Unidos inventos encaminados a dar seguridad a los aparatos de aviación, impidiéndoles aplastarse sobre la tierra.

Hasta ahora se han concedido 300 patentes a tipos de diferentes clases, y otro número igual ha sido rechazado o está pendiente de revisión.

Paracaídas, globos, extraalas, pelotas o sacos de gas y otra multitud de sistemas para sostener en el aire a los aeroplanos, en caso de desperfectos en el motor u otros accidentes, han sido patentados recientemente.

Dos industriales de Filadelfia, han obtenido la patente de un globo paracaídas de seguridad, invento que suponen impedirá los desastres de la aviación. Bajo el aeroplano va un gran paracaídas, y en lo alto de las alas un globo.

Cuando el aeroplano empieza a descender, automáticamente el paracaídas se abre, y un saco de gas no inflamable llena el globo. Este mantiene al aparato en posición natural, y el paracaídas le hace descender lentamente hasta dejarlo indemne en tierra.

Granadas contra incendio

Las granadas contra los comienzos de los incendios se hallan compuestas esencialmente de soluciones salinas muy concentradas. Pueden fabricarse en casa mismo. He aquí la receta:

Agua, un litro; cloruro de calcio, 100 gramos; cloruro de magnesio, 50 gramos; cloruro de sodio, 25 gramos; sal amoníaco, 25 gramos.

Con esta solución se llena un frasco de vidrio muy fino, que se tapa herméticamente.

Como se ha dicho, estas granadas sólo sirven en un comienzo de incendio.

En la estación de Amara (de San Sebastián), tomo el tren para Pamplona. La línea férrea es una costosa obra de arte. El tren, cansado de seguir la senda de esguinces y contorsiones a que obligan los accidentes pirenaicos, arremete contra la mole y desaparece sorbido por un agujero abierto en su ladera. Los túneles son frecuentes. Las perforaciones han debido realizarse no embargante las sumas ingentes que representan, porque el camino de circunvalación tajado en las pendientes, resultaba casi imposible, dado el intrincamiento formidable de barrancos y repliegues. Al salir de una de esas grutas que taladran los flancos de piedra, advierto abajo, a mi derecha, deslizándose entre peñascos y matorrales, la linfa de un río. Camino adelante en el fondo de los valles y sobre los antiplanos blanquean las casonas típicas, con sus rojos tejados a dos aguas.

El sol palidece. Las sombras van borrando de los cristales el hechizo panorámico que ha ganado por completo nuestra fantasía, y, a poco, entramos en la noche. De vez en cuando columbramos guirnalda de luces, denunciadoras de la proximidad de algún poblado, y oímos títulos de estaciones que nos traen a la memoria apellidos que hemos conocido en Buenos Aires: Lecumberri, Muguiro, Latasa, Sarasa, Irurzun, Leizarán y otros.

Arribamos a Pamplona, capital de la provincia de Navarra. Un automóvil nos conduce al hotel, cuyo frente da a la plaza principal. Observo en ella gran gentío. Es día de concierto, y aquí, como en las principales ciudades vascas, el pueblo demuestra verdadera afición por la buena música. En una solemnidad popular, las bandas y orfeones son números casi tan importantes, como el imprescindible de la corrida de toros.

Me fijo en el detalle de que la totalidad de los hombres, sin distinción de clase o profesión sociales, muéstranse con boina. La prenda nos obliga a tener presente que seguimos en los dominios de Vasconia.

De mañana recorro la ciudad. En los barrios céntricos encuentro edificios cuyos frontales y portales revelan el poderío y linaje de sus antiguos señores. En los alrededores, derribadas las murallas que antaño ceñían la población, las nuevas construcciones, dotadas de las comodidades del urbanismo moderno, y rodeadas de jardines, forman pintorescos barrios.

Luego me pongo en camino hacia Lumbier. ¡Cuántas veces he escuchado este nombre, durante mi infancia, en los relatos y comentarios caseros! En tal villa nacieron y se educaron mis mayores. Tengo por ese pedazo de suelo navarro una honda simpatía en que se mezclan sentimientos de admiración y cariño. Siempre alimenté la esperanza de conocerlo. Por fin se cumplió el deseo, aunque la mía fué una brevísima visita.

El alma se me va impregnando de una vaga inquietud. Me acompaña obsesora la idea de haber perdido ya a mis padres. Pensando en ellos voy, hacia el pueblo donde se criaron. Su memoria vivida me impresiona. Resucitan y tornan a influir espiritualmente sobre mi corazón, las palabras, los consejos y los ejemplos esencialmente ajusta-

"Visiones y recuerdos del camino"

Por Dionisio R. Napal

(De este libro, que recientemente acaba de publicar el vicario general de la Armada y capellán de la fragata "Presidente Sarriento", monseñor Dionisio R. Napal, cuya nombradía es ya tan notoria en nuestros principales círculos literarios, nos complace en transcribir una página, de vigorosa descripción, entre las muy brillantes que contiene el hermoso volumen).

dos a la inspiración y a las prácticas de un militante y cordial catolicismo.

La mañana es a propósito para la excursión. Después de tres días de lluvia, un sol de tibieza campesina, bajo el nítido azul, alegra el paisaje. Avanzamos, con acelerado andar, entre dos hileras de chopos corpulentos. El piso es de piedra. En todas direcciones, el suelo de la provincia está entretejido de bien cuidadas carreteras.

Unas veces el camino se tiende al pie de una larga cadena de ce-

sos murallones que serruchan a ambos lados el horizonte.

Cedros y encinas, hayas y robles, visten las faldas hacia la cumbre, componiendo selvas espesas. Los árboles potentes, afirmados en las grietas de las peñas, resisten, como si fueran de hierro, los embates del huracán.

Pasamos cerca de las villas, aldeas y alquerías. El chauffeur me va designando los lugares, que por su denominación también me recuerdan nombres oídos en la Argentina: Noain, Monreal, Salinas,



rras, que queda a la derecha. Otras, se aleja, por sesgos y revueltas rumbo al valle, para regresar de nuevo, más allá, trepando tesos y bordeando el declive montuoso. A la izquierda y en lontananza corre paralela otra cordillera, cuyas crestas arrópanse en transparentes gasas de matiz violeta. Por un buen rato continuamos entre los frago-

Idoain, Aldunate, Nardues.

Los pueblos de la región, por lo general, aparecen agarrados al dorso de algún collado. En las construcciones se adivina, de inmediato, el propósito de la defensa. Así, tal cual hoy lo vemos, se encuentran desde hace siglos, en el aislamiento, sin haber contado en las duras emergencias históricas, con

ANÉCDOTA

Uno de los hijos del gran poeta francés Malherbe fué muerto a mano airada. Malherbe, a pesar de sus sesenta y dos años, quiso batirse con el asesino.

—La partida no es igual—díjole uno de sus íntimos—entre un anciano como tú y un joven como ese individuo.

—¡Por eso, precisamente, quiero batirme! Voy a jugarle una pieza de cobre contra un escudo de oro.

más sostén que el de la propia fuerza. Y la misma situación de estratégica resistencia militar, hizo que muchas veces se ensangrentaran sus muros y portales, en crueles contiendas. A pesar del tiempo transcurrido aun está fresca la memoria de la lucha de la emancipación contra "el francés" y de las guerras civiles, en que más de una de estas villas se destacó por el coraje y estoicismo de sus hijos.

En torno del campanario, atalaya y baluarte, amontonáanse las viviendas, que contempladas desde los puntos altos de la carretera, parecen formar un cuerpo único, compacto, sin divisiones. Y por la armonía de su color con el ocre oscuro del suelo, las macizas aglomeraciones semejan rugosos y pétreos relieves esculpidos en el terreno.

En esta región áspera y seca, el agricultor debe afrontar enormes dificultades. Improbable tarea la de arrancar frutos al pedregal. Una estrecha parcela de terrones rojos y oscuros, donde se sazona el trigo o amarillean las mazorcas de maíz, supone cuidado y labor asiduos. El campesino no se arredra ante el más pesado esfuerzo. Con paciencia y tenacidad sorprendentes alza un terraplén, desmonta un ribazo o construye un parapeto que defienda, contra la correntada que la tormenta enviará barranca abajo, el puñado de fértil tierra de un relleno.

Por contraposición a lo que miro, no puedo menos de evocar el espectáculo magnífico de las pampas argentinas, que bajo la caricia de los vientos remedan vastos oleajes de doradas espigas. A pesar de que el agricultor criollo ha practicado durante casi medio siglo la doctrina del menos esfuerzo, la madre tierra ha correspondido a su fácil labor con enorme generosidad. ¿Qué no lograrían estos navarros — se me ocurre, — si pudieran consagrarse a la colonización en vasta escala, en nuestras ubérrimas llanuras, sostenidos por su tenacidad para el trabajo, su austeridad de costumbres y ejemplar vida doméstica? Si el suelo al que hoy dedican sus sudores les rindiere el ciento por uno, como tantas veces ha acontecido en mi patria, ¿cuál no sería hoy la prosperidad de esta provincia?

II

Sobre una loma de peña viva y cenicienta, que se yergue dentro de un ángulo agudo formado por dos ríos, y cerca de su confluencia, posada la villa de Lumbier. Es un agrupamiento de viviendas en torno del templo. Danle un sello de plaza de armas, su cinturón de muralla, en algunos sitios interrumpida por los estragos del tiempo y en otros por haberse adherido del lado de fuera alguna construcción moderna, y su profundo foso natural cavado por las corrientes del Salazar y el Irati, que cercan casi completamente la colina. Los ríos, luego de haber ceñido en cariñoso abrazo a la villa, unen sus caudales y lánzanse contra una altura peñascosa, en la que tajan estrecha y tortuosa garganta. Pasa el cristal por la foz, con serena placidez en el verano y con imponente fragor en la temporada invernal.

Tienen las casas varios altos. Ostentan amplios portales, las que dan a la calle principal, única arteria digna de tal nombre, que divide en dos secciones casi simétricas, de sur a norte, a la villa.

Dan impresión de vetustez y consistencia al mismo tiempo. Los muros de piedra, patinados por el óxido de los siglos, extraños por completo al revoque y a la cal, ofrecen una apariencia áspera y primitiva. Junto a los sillares de pasadas épocas, experimentamos una sensación de fuerza, que se me figura emanar de cosas y personas, irradiada por igual de los viejos edificios con olor y color de antigüedad, que de las almas recias de sus habitantes. Idéntica expresión se desprende del territorio montañés (tendido entre la llanura de Aragón, los Pirineos y la meseta de Castilla), que constituye la provincia de Navarra. Pocas son las fábricas de reciente construcción, de paredes blancas y techumbres bermejas, que en los lindes del pueblo, mirando hacia el campo, dan una nota alegre, aunque desacorde con el tono gris del conjunto.

Sobre piso de cantos rodados ascendemos la empinada calle mayor, en cuyos flancos se abren contadas callejas, sinuosas y oscuras, pues las hileras de casas no alcanzan a tener una separación de dos metros, que en lo alto es achicada todavía más por los aleros.

Una plazuela da acceso a los soportales de la iglesia. La fábrica de piedra y ladrillo, que persiste inalterable, mientras el tiempo y los humanos pasan, exhala un hálito de eternidad. Su aspecto externo, de ancianidad viril, cargado de carácter, no da idea de la amplitud y belleza del sagrado recinto, que es de una sola nave, en crucero.

Una vidriera proyecta luz sobre el altar mayor, dedicado a la Asunción de Nuestra Señora. El retablo muestra una bizarra ornamentación a la manera churriguera. Realzan su mérito quince cuadros de relieve, cincelados con buen sentido artístico, conmemorando los misterios del rosario. Al contacto con la claridad del cielo, las figu-

ras de oro viejo dibújense y chispean con radiante fulgor. El sol se concentra en la aureola de la Virgen, en un deslumbramiento de dorados resplandores.

La melancolía del tiempo, que ha impreso sus señales en las piedras, sacude en esos momentos mis nervios. Una onda de penetrante y pura emoción encoge mi alma. Comprendo que esta iglesia — donde tantas plegarias se elevan por los hijos de Lumbier, que bregan en América, — es también un poco mía. Aquí renacieron a la gracia, en la pila bautismal, mis padres y mis antepasados de muchas generaciones. Con alegría, mezclada de tristeza, reviven en mi mente, los días lejanos de la infancia, en mi hogar argentino rebosante de cariño. ¡Dulces afecciones que llenaron mi adolescencia y que han abierto en mi corazón honda fuente de nostalgias! En el ámbito del templo — que se embalsama con

el perfume de las flores y que se estremera con la armonía de coros y oraciones, — siento flotar como sombras diáfanas las imágenes venideras de mis muertos sagrados.

Dejamos el templo y nos vamos a recorrer los alrededores. Emplazada la villa en una altura, abarcamos hacia el norte, una larga sucesión de pequeñas eminencias, y en último término las crestas azules de una cordillera. De diversos puntos, por la carretera, caminos y atajos, vienen hacia la villa pequeños burritos, cargados de paja y hierba seca. En una planicie reducida, junto a la entrada misma de la población, un campesino dirige una yunta de mulos que arrastra un tablón, con púas de hierro o pedernal, sobre la mies tendida en el suelo. Es el procedimiento primitivo de trillar cereales y apartar el grano, usado invariablemente en la región, pues los accidentes del te-

rritorio y las siembras limitadas, pero suficientes para el consumo, no permiten otro método. Pequeños rectángulos de tierra, solares de escasas dimensiones, que se divisan en los contornos, son los predios que cultiva cada familia del lugar. Aparte de la agricultura en pequeña escala, posee el pueblo obradores de alfarería, muy acreditados en la provincia.

Sentimos las emanaciones del estío, los aromas de un monte de frutales. Las eras y cuarteles distingúense unos de otros, por el matiz del terreno y los sembrados. Aquí el verde áspero y desleído de matas que visten una ladera; allá el amarillo de los rastros sobre una llanura; más adelante el tono blanquecino, que se alterna con el ocre, de un teso abierto en surcos, y finalmente, abajo, en las vegas que humedece el río, el flamante lustre de frondas, huertas y viñedos.

La pugna que necesita trabar a diario con la naturaleza, ha marcado en el labrador navarro, acentuadas condiciones de resistencia y tenacidad. No hay duda que el medio climatológico, con sus propiedades físicas, aparte de su constitución material ha contribuido a modelar asimismo la personalidad del paisano. Aquí triunfa el que persevera, vale decir, la voluntad prócer, el temple viril. Las pesadumbres no quebrantan el espinazo. El brío mántiense firme como el suelo, como los peñascos, como las casonas, como las murallas. Sin embargo, estos campesinos, de estampa enjuta y recia, saben de caballería y abnegación, de heroísmo y sencillez, de esa sencillez que es la verdadera educación del alma. Y lo propio ocurre con la tierra fragosa que labrada por el humano esfuerzo, rinde magníficas vides, preciosos olivos y variedad copiosa de frutales.



La pareja que concurre a una fiesta de aviación, y no quiere perder detalle durante el lunch.

Al levantarse de la mesa redonda del Hotel Príncipe, el más frecuentado de los "palaces" de Dinard, Máximo se había fijado ya en una familia respetable, compuesta del padre, la madre y un hijo de diez y siete años. Esto significaba que más tarde o más temprano Máximo entraría en el cuarto de la respetable familia y se apoderaría de cuanto hubiera en él digno de ser robado.

Máximo era un acreditado ladrón, elegante y dotado de un don de gentes que le hacía simpático.

Con la habilidad que le daba su larga experiencia, se informó de la familia elegida como víctima, y supo que se trataba del matrimonio Tontinet, opulentos comerciantes de Annonay.

Al día siguiente, Máximo ofrecía el salero a la señora de Tontinet, y su esposo, para corresponder a la atención, alargaba el sifón a Máximo. A los postres hablaban de política, conversación suficiente para entablar pronto estrecha amistad.

Máximo se presentó como vicescámbulo de Francia en Málaga, y los Tontinet invitaron aquella misma noche a Máximo al teatro del Casino. La señora de Tontinet estaba orgullosa de verse acompañada por aquel joven diplomático cuya elegancia admiraba, y Máximo, por su parte, calculaba el valor aproximado de las ricas joyas de la señora de Tontinet.

UNA DECEPCIÓN

Por Mauricio Dekobra

Un día que los Tontinet estaban de paseo, Máximo dijo a la criada del piso del cuarto que ocupaban los Tontinet:

—María, quisiera que me dejara entrar con usted un momento en el cuarto 17.

—¿Para qué, señor?

—Para ocultar en lugar conveniente esta carta dirigida a la señora que ocupa ese cuarto con su esposo.

La idea de engañar a un marido hizo sonreír a la camarera, y no vaciló en invitar a Máximo a que la acompañase al cuarto 17.

Mientras abría la ventana, Máximo con increíble rapidez, sacó con cera el molde de las cerraduras de la maleta y del armario.

María prometió ser discreta, y aceptó una moneda de cinco francos.

En días sucesivos, Máximo multiplicó sus atenciones con los Tontinet. La víspera del 15 de agosto, el comerciante dijo a Máximo:

—Querido amigo, nos ausentamos durante dos días. Mi mujer desea

que la lleve a Bagneres, y nos vamos esta noche, a las diez. ¿Quiere usted acompañarnos?

La ocasión era demasiado hermosa.

—Muy agradecido — respondió; — pero precisamente a esa hora vendrán unos amigos a buscarme en auto. Estoy citado con ellos en el Casino.

Y Máximo, después de despedirse cariñosamente de los Tontinet, se dirigió a su cuarto por la puerta trasera del hotel.

A las once y media, provisto de su linterna y sus ganchas, se deslizó por el pasillo.

Al llegar frente al cuarto 17, un ruido le espantó. De un salto se ocultó en el hueco de una puerta.

De uno de los W. C. salió un hombre que, linterna en mano, avanzaba furtivamente, se paró delante del cuarto de Máximo y se dispuso a abrir la puerta.

Máximo no vaciló. Salíó de su escondite y se dirigió a su puerta. Al ruido de sus pasos el hombre

apagó la linterna y se dirigió al encuentro de Máximo, con quien se cruzó cerca del descansillo.

Era el señor Tontinet.

Segundos después, dos puertas, situadas a ambos extremos del pasillo, se cerraban calladamente y reinaba el más profundo silencio.

Al día siguiente, a la hora del primer tren, Máximo se encontró en la taquilla de la estación con el señor Tontinet, que tomaba tres billetes para Biarritz.

—¿Se va usted? — dijo éste, fingiendo gran sorpresa.

—Sí. Mis amigos no vinieron, y voy a buscarlos a Luchon.

—Pues nosotros vamos a Biarritz. Mi señora se ha indispuerto esta noche, y creo que el aire de mar le sentará mejor.

—Pues buen viaje.

—Hasta la vista.

En Luchon, Máximo encontró un colega, a quien contó su aventura.

—¡Toma! ¿Ahora se llaman Tontinet? — exclamó el compañero de Máximo. — ¡Los conozco de sobra! Desempeñan en los hoteles el papel de la "honrada familia". ¿Y te has dejado engañar como un párvulo? El tal Tontinet es un antiguo croupier, que ha estado seis meses en la cárcel de Fresnes; su mujer es una de nuestras más acreditadas mecheras, y en cuanto al niño, te deja sin reloj en cuanto pases a su lado.

LOS ABUELOS

Por Abraham Polanco

Entró el tío Domingo, cerró la puerta, y tirando más que dejando el candil, dispúsose a meterse en la cama. Desde lo alto del promontorio de colchones, la tía Francisca, su mujer, seguía los movimientos y los gestos del viejo. Como éste no hablase, dijo ella:

—¿Qué?
—Ya está.
—¿Ha dicho algo?
—Nada.

La abuela suspiró. Silencio. El tío Domingo desafió la faja, que le daba casi tantas vueltas como la preocupación a su cabeza. De pronto tía Francisca preguntó:

—¿Cerraste bien?
—Cerré bien.

El no tenía ganas de hablar. Ella, en cambio, sentía la necesidad de repetir interminablemente el comentario a todos los incidentes del suceso.

—Domingo, oye.

Su marido se revolvió, encoraginado.

—¿Te quíes callar?

—Sí, hombre; pero oye, sólo una cosa.

—A ver.

—¿Le quitaste la escopeta?

—Pues claro.

La viejecilla quiso aclarar aquellas palabras.

—El es bueno; pero los chicos...; la sangre caliente es muy mala pa estos casos.

Ahora fué él quien echó a hablar atropelladamente.

—¡Maldita sí! Será mejor estar aquí hecho una momia, teniendo que aguantar to esto.

—¿Y qué vas a hacer, hombre? Esa gente es muy de arriba y lo pué tó.

—Lo pué tó porque yo ando como ando. Si me coge a mí con los calzones pinos...

—¡Calla, calla! Más vale.

—De esta hecha reviento. ¡Agarrarme a mí! ¡Agarrarme a mí del pescuezo!

—¿Te agarró don Manuel?

—Sí, y me dijo que no me escupía por reparo. Y yo sin fuerzas pa mover un deo. ¡Ojalá me hubiá muerto allí!

—¡Canallas! ¡Tanto don Manuel y tanto mangoneo! Ya podía reparar en su mujer, que más valía que fuá más decente.

Tío Domingo, sentado sobre un arcón, con la cabeza sobre el pecho, no pestañeaba. Al fin todo su esfuerzo fué impotente para contener un hondo sollozo.

—¡Domingo!—exclamó tía Francisca tirándose de la cana.

Llegóse hasta él y lo abrazó.

—¡Déjame, déjame, mujer! Ya no sirve uno más que pa encerrar a los hijos.

La vieja hizo un gesto de resignado desmayo.

—Eso de que te agarró y lo de escupirte no lo sabe el chico, ¿verdad?

—¡Cállate ya con el chico!

—Es nuestro hijo, Domingo. No quío que lo sepa. Hay que contarle algo pa que esté prevenío y no lo crea. Los hay mu promoveores.

—Está guardao.

—¿Trancaste?

—Tranqué.

—Que no salga en unos días, ¿verdad?

—Que no salga.

—Sino esos granujas me van a comprometer a mi hijo.

Tío Domingo se puso en pie súbitamente.

—¡Calla!

—¿Qué pasa?

—¿No oyes? Ruido afuera. Llanman.

La vieja se le apretó.

—No salgas, Domingo, no salgas. Son esos canallas, son esos canallas.

—¡Quieta! Tú, a la cama. Pue cer algo. No sabemos.

Tomó el candil. Salió. En sus pasos la prisa reñía con los años. Ya frente al portón vocó:

—¿Quién va?

Al otro lado contestaron:

—Abra, tío Domingo.

—¡Va!

Y posando en el suelo la luz quitó con las manos temblorsas el travesaño.

En la negrura de la noche destacóse la nota clara de un traje de mujer. Una vecina que llegaba, sudorosa, a dar la noticia.

—¿Sabe, tío Domingo? Don Manuel...

—¿Eh?

—Na, que está ahí, en los soporales, con toala cara sangrando. Le ha pateao. Na grave; pero le ha magullao.

—¿Pero quién?

—Su chico.

—¡Mentira! Mi chico está arriba. Lo encerré yo.

—Sí; pero mire.

Señalaba por fuera a la parte alta de la casa. Tío Domingo salió a la calle. Siguió con la vista la direc-

ción que le marcaba el dedo extendido de la mujer. Los barrotes de la alta ventana estaban doblados y una faja colgaba.

Un ruido dentro del zaguán atrajo la atención de tío Domingo. Era la abuela, que, descalza y anhelante, venía poniéndose el refajo.

—¿Qué es, qué es? ¡El chico! ¿Le ha pasao algo al chico?

Tío Domingo calló. Entraron. Tía Francisca miróle a la cara queriendo adivinar.

—¿Qué es? Dímelo. ¿Por qué lloras?

El viejo medio enderezóse trabajosamente y dijo, sonriendo entre lágrimas:

—De satisfacción, mujer. ¡Este sí que es nuestro hijo!

El caloragua "LONGVIE"

proporciona

AGUA CALIENTE

BARATA, AUTOMÁTICA Y PERMANENTE

VISITE LA

Exposición Longvie

TUCUMAN 727

El amor de las mujeres en el arte y en la ciencia

La decadencia espiritual de los pueblos y sus mistificaciones artísticas tienen su origen en la desvalorización estética, del amor de las mujeres.

Cuando un individuo o un pueblo pierde su fe en la grandeza del amor ideal, cuya síntesis se encuentra en el amor de las mujeres, aquél se vuelve un ser o una muchedumbre desdichados de las energías para buscar nuevos y más grandes objetivos a su vida.

El modernismo ha sancionado este error monstruoso, no reconociendo a la mujer otro privilegio sino aquel vulgar y tradicional de su actuación en la vida.

La historia del arte nos demuestra que cuando los hombres tenían más fe en las mujeres, éstas eran en sí y para ellos seres más ideales.

El positivismo moderno, forma objetiva de la imaginación y que tiende únicamente a señalar y a coordinar los valores relativos de la vida, ha introducido en el arte sus mezquinas orientaciones. Para ofrecer bases científicas a lo que vamos a manifestar en favor de nuestra tesis, tenemos que aporarnos en un axioma de la psicología experimental.

Si un ser superior hace revelar a un individuo inferior que éste posee algunas buenas dotes espirituales, éste, aunque no las tenga, demostrará y se convencerá él mismo de que, en realidad, en su alma se encontrarán buenas cualidades, y hará lo posible para quedar como tal en el concepto de aquel que le tenga fe.

La misión del artista debe ser, pues, la del hombre superior, y su objetivo ideal y humano debe constituir únicamente en señalar todas las formas de la Belleza que existe en el espíritu del hombre, en general, y en el de la mujer, en particular.

No es posible, científicamente, pretender la personalidad de la mujer, las afirmaciones que el hombre ofrece en los campos de la actividad humana. Es verdad que la imaginación de la mujer es exclusivamente reproductora y, por lo tanto, no puede, por su misma naturaleza, dar al Arte afirmaciones originales; pero hay que admitir que la imaginación creadora se encuentra únicamente en el tipo genial, tipo humano excepcional. Así, pues, el hombre común no tiene facultades intelectivas y espirituales superiores a la mujer.

La ciencia reconoce a la mujer más virtudes ideales que el arte moderno. En efecto; el realismo artístico contemporáneo pretende valorizar, con datos científicos, sus mezquinas y groseras manifestaciones y se apoya en absurdos principios de una falsa ciencia para ofrecer a la curiosidad de las muchedumbres, que no tienen familiaridad con la experiencia científica, los secretos de la personalidad de la mujer.

La psicología analítica reconoce a la personalidad femenina bases éticas para la concepción del amor ideal y su capacidad para este sentimiento, sin que él proceda necesariamente del amor pasión, según la absurda tesis de Camilo Maclair.

Los grandes idealistas del amor, como Hugo y Lamartine, afirmaron, en sus supremas manifestaciones artísticas, posibilidades de belleza del alma femenina, respondiendo a la realidad que no todos los presuntos realistas modernos ven en sus manifestaciones románticas.

La mujer moderna, que nota en todas estas falsas exposiciones de sus debilidades y de sus defectos, cómo la sociedad en que vive se obstina en denegarle las bellezas de su fino espiritualismo, se ha vuelto, y con razón, realista y casi escéptica, sabiendo bien que la sociedad y el arte no le reconocen las suavidades, que son el perfume de su alma. Para que el arte moderno consiga su dignidad debe devolver a la mujer la fe en sus bellezas morales y sacar de ellas sus símbolos ideales.

GALVANO LANCIA DI BROLO.

SER POETA

(Traducción de Ismael Enrique Arciniegas).

Ser poeta es siempre amar el ideal de las cosas, el sol, el amor, las rosas, cuanto hace al hombre soñar.

Ser poeta es comprender del corazón el arcano, tender al pobre la mano y el dolor compadecer.

Y ser poeta es sufrir por una ilusión querida es dar mil veces la vida y nunca jamás morir.

G. BOUTELLAT.



Aun pesa sobre nuestra ánima, como una atroz pesadilla trágica, este viaje que podríamos llamar, sin jactancia, de esfuerzo, al través de tres extensas repúblicas: Argentina, Bolivia y Chile, a que nos vimos forzados, por caprichos de la Cordillera, a hacer para llegar de Buenos Aires a Santiago de Chile, durante 17 días de mortal viaje, recorriendo 5.864 kilómetros de vías férreas argentinas, bolivianas y chilenas y escalando alturas máximas de 4.056 metros sobre el mar, como en Escoriani, y mínimas de 3.960, como en Ascotán; y a temperaturas máximas de 25 grados bajo cero y mínima de diez bajo cero, saltando de los frondosos cañaverales templados de Tucumán a las áridas y frías llanuras del altiplano boliviano, entre las semicaucásicas indias y piaras de llamas que le pueblan.

La cerrazón de la Cordillera de los Andes, por Uspallata, a causa de los cuarenta y más metros de nieve, que sobre las vías del Trasandino, por Juncal, cubrían e interrumpieron por mes y medio el tráfico de esta vía entre Chile y Argentina, hizo que los muchos viajeros que se disponían a trasladarse de Chile a la Argentina y de ésta a Chile con suprema urgencia, optaran, a la desesperada, por trazar un arco de no pocos grados, haciendo este viaje de medio mes al través de la Argentina por las estribaciones de la Cordillera, en el altiplano boliviano, para bajar de nuevo al mar en el Pacífico y atravesando a lo largo el norte de Chile, llegar a su destino de Valparaíso o Santiago, salvando de Antofagasta unos por las seiscientas millas de mar y otros por los 1.777 kilómetros del ferrocarril longitudinal, esa distancia que los separaba del centro de Chile.

El viajero que desde Buenos Aires por el ferrocarril Central Argentino y Central Córdoba, llegaba a Tucumán, como el que después de atravesar las provincias de Buenos Aires, con sus verjeles de huertas, villajes y praderas; San Luis, con su polvoriento planicie medio-desolada, Mendoza, con sus viñedos, como San Juan, en el ferrocarril del Estado, hendía al través las vistosas provincias de Córdoba, Rioja, Catamarca y Santiago del Estero por Serrezuela, Cruz del Eje y Dean Funes, con sus ganaderías, manizales y trigales al pie de las montañas, al entrar en los frondosos campos de espesos cañaverales de azúcar de Tucumán, que verdeaban pajizos con el polvillo de oro, que festoneaba su verde suave donde el sol cabrilleaba, comenzaba a presentir los cambiantes bruscos y garridos de este sorpresivo viaje, en donde la visual sufre sensaciones de rudo contraste.

En Tucumán, la bella morena, tan suave y melancólica como las dulces mieles de sus campos sembrados de ingenios y cañaverales en la llanura extensa, que recortan, allá lejos, las tímidas montañas coronadas de la plata de la nieve, pudimos admirar algo más que un clima dulce y embriagador, tibio y amante, que convida a la siesta tropical, a la sombra de las mágicas palmeras y del perfumado ambiente de los miles de naranjos y limoneros que en plazas y calles embalsaman el aire y le dan un tinte bellísimo en aquel cielo azul radiante y tornasolado del oro del sol y del añil y naranja del crepúsculo.

Diecisiete días de viaje en ferrocarril al través de la Argentina, Bolivia y Chile. - A 4056 metros sobre el nivel del mar. - Entre indios y civilizados. - A 26 grados bajo cero

(De nuestro corresponsal en Chile)

Tucumán no es sólo bella y grata por sus deliciosas campiñas, sino que guarda en relicario de esmaltados recuerdos, como santuario de sus leyes, la humilde casa que sirvió al primer Congreso Nacional para jurar la primera Constitución, y sentimos bajo el toscó techo de aquel saloncito rudo, ante las reliquias del sillón del presidente de la Junta y los retratos de los congresales, la misma devoción que por

loso estilo y sus elegantes rampas y su majestuosa urdimbre, levantada en la plaza principal, donde en un costado aún conserva sus restos la casa que sirvió a los gobernadores coloniales de la antigua gobernación de Tucumán.

Sus calles y plazas, vistosamente sombreadas de naranjos florecidos de rojos y tentadores frutos, que todos respetan, con coquetería digna de encomio, como si fuera una

Como Córdoba se ufana con su catedral, iglesias y casa del Virrey, verdadero museo colonial de polvorientos y húmedos vestigios de aquellos siglos de patriarcal encanto, así Tucumán, fuera de ese museo de su primer vajido de Nación, también se ufana de sus templos y restos de casas coloniales, donde dormían la apacible siesta de esta privilegiada tierra semitropical, los antiguos cabildeantes y gobernadores de esta casi nueva república, hoy Estado argentino.

Cuando el ferrocarril del Estado, va dejando camino de la cumbre, los cañaverales e ingenios de azúcar de Tucumán, y la ciudad se pierde en la lejanía de esa mañana de sol, dulce y templado, en las cetrinas vendedoras de frutas, tabacos de chala, hoja de maíz y empanadas criollas y otros comestibles que en las estaciones comercian su mercancía, se va notando una influencia indígena que como río en descenso baja de la altiplanicie boliviana, y este carácter se va acentuando a medida que nos internamos en el dédalo de montañas, que acusan suavemente los contrafuertes de la Cordillera, hasta llegar a Jujuy, en donde los coyas bolivianos y hasta peruanos, entre llamas, borricos y mulas, pululan por la apartada y lugareña ciudad pobre y anquilosada por ese peso muerto de su lejanía de la gran urbe, atormentada y reidora, del Buenos Aires cascabelero.

Jujuy, empingorotada como cóndor en las altas cumbres, entre breñas y montañas azules que el sol acaricia haciéndolas más umbrías y morenas, muestra sus callejas semicoloniales de gran aldea, de casas pequeñas, como azoradas bajo el peso abrumador de las montañas que en su seno le dan cabida escondiéndola de ojos profanos; sus torres de San Francisco, queriendo parecer a la torre de Pisa, su iglesia abacial, con su magnífico púlpito y confesionario, verdadera obra benedictina, en cuyo maderamen de caoba labrada y cedro de colores, los maestros jesuitas hicieron labrar a los indios toda la genealogía de Cristo y toda la apoteosis del padre Adán con su familia humana; y su moderna y aún inconclusa casa de gobierno, con sus galerías altas conventuales, en uno de cuyos salones vimos la primera bandera argentina, aquella que tremolara el gran Belgrano, reliquia deshilachada, su seda blanca pintada bajo el marco cóncavo de cristal y los viejos retratos desteñidos, nos hicieron temblar la mano al firmar en el álbum de visitantes y turistas y rememorar aquellos tiempos de febriles andanzas, como sentimos honda emoción en la humilde choza o casita baja que conserva los recuerdos y útiles del general Lavalle, antes de ser asesinado en ese sitio.

De Jujuy a La Quiaca y Villazón, frontera argentino-boliviana, el tren sigue su monótona ascensión, montaña arriba, entre el dédalo de escarpaciones y quebradas pobladas de millares de indios, que llevando cargadas a sus espaldas sus criaturas, las cholitas de polleras cortas a la rodilla, como redondas peonzas, (tal es el cúmulo de polleras superpuestas unas encima de otras), y sus mantones de rebozo y sus sombreros de pita almidonada y planchada que cubre sus largas, aceitosas y negras trenzas, que enmarcan el rostro ancho y cetrino de ojos turbios, pómulos salientes y gruesos labios descoloridos, y los indios

HOMBRES

Mientras se van sus ojos tras la mujer que pasa, oigo a un hombre que dice con fingido desprecio: "Un bocado discreto elevado de precio". Producto de la época, el hombre juzga y tasa.

Otro, un adolescente de fúlgida mirada, la contempla arrobado y su alma descosida exclama por su boca: "¡Qué mujer más hermosa!" y le sube a los ojos como una llamarada.

Un anciano la mira filosóficamente, sonríe; en tanto muestra el solitario diente engarzado en la encía ya gastada, murmura:

"¡Quién me diera tus años, tu juventud, muchacho!" y torciendo las puntas de su blanco mostacho, aun se yergue en un gesto de gallarda apostura.

JUAN M. PRIETO.

los restos de aquellos que supieron entregar sus vidas en bien de la humanidad doliente, y nos complacimos curioseando, los cientos de placas, que en bronce, oro y plata, han adornado las murallas del gran palacio y templete que cobija amorosamente, de las inclemencias del tiempo, semejante reliquia.

Grandioso es el palacio de gobierno, quizás el mejor y más suntuoso de todos los que tienen las provincias argentinas, con su vis-

estatua, un jardín público y algo que constituyendo un bello adorno y orgullo de la ciudad, todos se concitaran para que semejante adorno no sea profanado por otro iconoclasta que el mismo tiempo que lo engendró, lo que habla no poco en pro de la cultura y delicadeza de esa población, que no sólo se ufana de sus flores de carne: las hermosas y bellas tucumanas, sino que también de cuanto puede halagar a la vista del extrañado turista.

ANÉCDOTA

La insigne poetisa sor Juana Inés de la Cruz, monja en México, tenía una priora de poco saber, y como se ofendió tanto el entendimiento de la ignorancia, oprimida en una ocasión, le dijo:

—Calle, madre, que es una tonta.

Agraviose sumamente la priora, y escribió su papel en forma de querrela contra su súbdita, que remitió al arzobispo don Fray Payo de Ribera, varón tan sabio, que puso como decreto al margen del billete:

Pruebe la madre superiora lo contrario y se le administrará justicia.

cobrizos trajeados en sus harapos y ponchos de chillones coloridos, masticando unos y otros las hojas de coca, verdadero alimento principal que los mantiene con el mínimo de gasto y el máximo de energías, constituyen el principal motivo de curiosidad en esta aburridora ascensión.

La Quiaca, del lado argentino, como Villazón del lado boliviano, una misma planicie apenas separada por un alambrado que forma el hito de frontera, nos alberga de noche, en los pomposamente llamados hoteles, humildes casuchas regentadas por turcos codiciosos y cicateros como los de su raza que viven en esas miserables aldeas, de apenas cien casas, a las que dan vida el ferrocarril y las Aduanas. Un retraso del tren obligó a buscar albergue y dónde almorzar, y nos sorprendió al ver campar a lo lejos una gran casa, que ostentaba el orgulloso título de Hotel España; así, a los tres mil metros sobre el mar y al irrumpir unos cuantos, grata fué la sorpresa de hallarnos con un robusto vasco, que allí vive desde hace veinte años y confiesa que después de treinta y cinco años que salió de España y ambuló en París, Nueva York y California, sólo aquí halló bienestar y relativa felicidad. ¡Oh, temple de la raza!

De Villazón, continúa el tren internándose en el altiplano, con variantes atrevidas en esa línea férrea del Estado boliviano, deficiente y pobremente franciscana, hasta llegar a Tupiza, misera aldehuela con infulas de capital, su bonita plaza, con la iglesia en medio, sus raquíticos jardines con el quiosco de la música, sus soportales estilo colonial, verdaderos zaquizamies de indios, sus calles tortuosas y sus casitas bajas semienterradas.

Tras una noche en posadas miserables, llamadas hoteles, continúa el tren al día siguiente su ruta cansina; esta vez por las partes más

atrevidas y hermosas, entre montañas de piedra a tres mil metros, bajo túneles escarpados y sendas entre precipicios, salvando laberintos mágicos e imponentes de piedra rocosa.

En Escoriani el tren baja a la llanura del altiplano, no sin hacer un forzoso trasbordo sobre el seco y arenoso lecho de un río, porque su puente fué quemado criminalmente días antes y allí, la puna o soroche, asfixia de los pulmones, se deja sentir, pero al fin, los sesenta indios trasbordan equipajes y correo y el tren nuevo nos lleva a Atocha, donde dejamos la línea del Estado y nos espera el convoy de la Compañía Inglesa que, bajo el nombre de Railway Company Bolivian, explota esta línea central de Atocha a Oruro, La Paz y Antofagasta, por Uyuni, a donde llegamos al oscurecer.

Misera aldea de casuchas esparcidas en la arenosa y árida llanura, sólo las indiadas y llamas, como ejércitos en batalla, verdaderos camellos del desierto boliviano, viven en estas latitudes, donde a la madrugada el termómetro marca im-

placable 26 grados bajo cero, cuando, al sol, no sube de diez bajo cero.

Las dos magníficas escuelas para niños y niñas, la casa de correos y telégrafos, la municipalidad, y el mercado de indios al estilo árabe, marcan el mejor adorno de este incipiente pueblo que debe su vida al ferrocarril.

Bajando de Uyuni, llegamos a Ollahue, y Ascotán, frontera chileno-boliviana, en donde el volcán Ollahue, ascendía sus columnas de humo, bordeando de penachos blancos la boca del cráter, rompiendo el azul intenso del cielo tachonado del oro de un sol radiante, que no atenuaba el frío de las cumbres.

En la opacidad de la noche, van luciendo, como brillantes luciérnagas, las numerosas y profusamente alumbradas poblaciones lejanas de Chuquicamata, con su población minera y Calama, donde una música militar levanta en la estación el ánimo del cansado viajero, hasta que, al amanecer, la vista del mar Pacífico y Antofagasta, dormida aún, nos hizo irrumpir en un grito de júbilo, como si al fin, escapados



de la prisión y en plena libertad, respiráramos a pulmón abierto el sol y el aire, libertados de una horrenda pesadilla.

Enlazando en Baquedane, el Bolivian Railway con el Longitudinal de Iquique a Calera, o tomando en Antofagasta el vapor a Valparaíso, salvando las seiscientas millas de mar, al fin el viajero llega al centro florido de Chile, que por el Trasandino pudo salvar en 48 horas cómodas de tren, de Buenos Aires a Santiago; lo que debe hacer pensar en la pronta realización del ferrocarril trasandino por Neuquén-Bariloche, que ayudará y facilitará seguramente el tráfico de los dos países en casos como el del crudo y hace cincuenta años nunca visto invierno como éste y que tantos perjuicios ocasionó en Chile y al comercio de los dos países.

No compensan al viajero, las emociones de tan raro paisaje, las angustias de esta caminata al través de montañas y desiertos, de indios semimongoles y de astrosos cobijos de codiciosos hoteles, donde cae derrotada el alma, exhaustos los bolsillos con tan ingentes gastos, y dolorido y mustio el físico, conservando, como una pesadilla atroz, el recuerdo por largo tiempo, de este penoso viajar al través de una de las zonas más difíciles de la América entera.

J. FERNANDEZ PESQUERO.

Chile, agosto 1926.



FILOSOFÍA CHINA

—Si te hieren y no tienes armas, haste el muerto. El que cree haber matado, huye.

—Cuanto más gordo sea tu enemigo, mejor. Es más fácil clavar un cuchillo en el toro que la uña en la pulga.

—Inquieta más una molestia que un dolor. El mosquito nos inquieta más con su zumbido que con su picadura. La bofetada inquieta más por lo que agravia que por lo que duele.

—No hables nunca de la mujer delante del marido. No importa que hables del marido delante de la mujer. La venganza del marido puede ser cruel. La de la mujer puede ser sabrosa.

—No recibas en tu casa cuando estés en días de gloria, a quien no te siguió en los días amargos.

NANG TANG.



El señor de la barbita, nuestro vecino de mesa en el café Americano, se expresó en estos términos:

—¡Me hacen ustedes reír con su Mussolini! Oyéndoles parece como si él tuviese el monopolio de la energía. ¡Yo, el mismo que ahora les habla a ustedes, tengo tantas agallas como él; mejor dicho, más que él!

Una sonrisa incrédula asomó a los labios de todos los contertulios. Para disimular tomamos un sorbito de café.

—¡Sí!—repuso el señor de la barbita.—¡Soy un hombre de hierro! Desde hace siete años, es decir, desde el final de la guerra, ejerzo en el barrio cuarto del distrito octavo, una dictadura inflexible. Sin ejército permanente, sin camisas negras, con la única fuerza de mi voluntad, hago andar a todo el mundo derecho como un huso.

—¿De verdad?—dijo el señor Trempotte.—¿Y los vecinos del barrio cuarto aceptan sin rebelarse su tiranía?

—Con toda sumisión, sí, señor.

—Puede usted agradecer que no viva yo en su barrio—prosiguió el señor Trempotte.

—Usted haría lo que los demás,

someterse—contestó el señor de la barbita.

Por un momento temimos una agresión por parte del señor Trempotte, que era hombre violento. Pero nada ocurrió, y el señor de la barbita siguió hablando:

—No soy un Paolino ni un Rigoullot. Apenas peso cuatrocientas libras, y no sé manejar ningún arma. A pesar de ello, consigo resultados extraordinarios. ¡Nadie se me resiste!

Nuestra curiosidad iba en aumento.

—Tal como ustedes me ven, me estoy haciendo un capitalito, estrujando a mis semejantes. No ejerzo ningún oficio manual, porque es muy penoso; ninguna profesión intelectual, porque todas están muy mal retribuidas.

—¿Entonces de qué vive usted?

—Cojo el dinero del bolsillo de los demás.

—¿Y se lo dejan coger?

—¡A la fuerza! ¡Les repito a ustedes que soy un hombre de hierro! Procedo primero por la persuasión, fijando, sin enfadarme, la parte que ha de darme cada uno. Esto da siempre buen resultado con los tímidos. Se apresuran a enviarme lo que les pido.

—¿Y los que se resisten?

—Les amenazo, caballero. Les envío avisos conminatorios y aumento la cantidad que deben entregarme.

—¿Y si no ceden?

El señor de la barbita frunció las cejas.

—¡Los ejecuto!—dijo con voz cavernosa.

Un hombre de puños

Por René Pujol

—¿No le encuentran ustedes algún parecido con Landrú?—murmuró a mi oído el señor Trempotte.

—Dicen que el francés es hombre independiente—prosiguió el señor de la barbita.—¿Qué error! ¡Logro de mis víctimas una obediencia servil, y si ellos mismos no acceden a darme voluntariamente lo que pido, vendo sus muebles, sus alhajas, sus ropas!...

—¿Pero eso es la tiranía!

—¡Llámenlo ustedes como quieran! ¡Necesito dinero, mucho dinero! ¡Si hay recalcitrantes, enveneno su existencia, me apodero de sus salarios, y si no basta... los meto en la cárcel!

—¿Y en estos tiempos le dejan impunemente saquear así a la gente?

En aquel momento entró precipitadamente en el café un gendarme a quien había ido a avisar el señor Trempotte.

—¡Arriba las manos!—ordenó apuntando con un revólver de grueso calibre.—¿Dónde está ese terrible bandido?

—¡Este es!—gritamos todos, señalando al señor de la barbita.

—¿Yo un terrible bandido?—dijo éste muy asombrado.—¡Pero si soy el recaudador de contribuciones!

Joe era muy cumplido en su empleo, pero esto jamás le valió recompensa alguna. Sabía que los dueños de aquella casa de comercio, donde sólo imperaba la oferta y la demanda, no admitían sino gente empeñosa y muy bien dispuesta; y jamás se había atrevido a levantar la vista de su grueso libro "Mayor" para pedir una mejora.

El gerente era un vejete malhumorado, de pera canosa, semiagobiado y enfundado en larga levita negra; y su trato seco y desabrido, literalmente paralizaba de antemano toda pretensión de la sumisa comparsa de empleados. Entre éstos únicamente el sinvergüencito de Kobles — para Joe el más antipático de todos — gozaba de la simpatía y el favor del áspero gerente, y acababa de lograr un injusto aumento de sueldo. Kobles disfrutaba también de otras pequeñas libertades que habrían sido grave falta en los demás; y todo esto indignaba a Joe. El reciente aumento, especialmente, lo había exasperado, y Joe recordaba con amargura sus largos años de estéril labor, pero — ¿cuí-daba bien de protestar, y disimulaba su descontento en el silencioso retraimiento de su carácter, cada vez más taciturno.

Sufría, pero callaba, en irremediable apocamiento. ¿Cómo aventurar la menor queja, la más mínima pretensión de mejora? ¿Acaso no recordaba de sobra aquellas fatídicas palabras: "Queda usted despedido", que tres veces fueron la sentencia de antiguos compañeros que se atrevieron a alzar la voz? El pensamiento de que aquella espada inapelable podía caer sobre su cabeza, arrojándolo en el desamparo de la desocupación, lo volvía más sumiso y porfiado en su tarea.

Callaba, pero estas cosas no cesaban de mortificarlo por dentro. En aquel "Mayor", prolijamente llevado, con grandes letras góticas y columnas de cifras nitidamente alineadas, se habían enterrado muchas horas de su vida, y el pesado libro era la prueba palpable de su metódica paciencia de manso cincuentón. Días y días sin apartarse de aquel librote, donde hormigueaban números y más números, días enteros de pesada labor sin otra recompensa que la fría mirada del gerente, y a fin de cada mes la paga exigua que apenas bastaba a sus necesidades. Joe caía en desolada pesadumbre cuando pensaba en todo esto, y luchaba con el incontentable deseo de salir de aquella cueva húmeda, a rondar por esas calles de Dios, bajo la tibia caricia del sol.

Pero era estoico, y nadie al observarle hubiera sospechado sus sufrimientos. Todos los días llegaba antes de las ocho, con sus zapatos limpios y el sombrero partido, y después de musitar un saludo entre dientes, se frotaba las manos de un modo característico, propio, hiciera frío o no, cual si el frío estuviera en su interno. Subía a su banco sin el menor ruido y frente al pupitre comenzaba la rutinaria tarea en el "Mayor", abierto como una res, lo mismo que allá en los mataderos estarían abiertas por el vientre las innumerables reses que había anotado en cierta columna. El brazo, cubierto con la sobremanga postiza, recorría las grandes páginas; números y más números vomitaba incesantemente la nerviosa pluma, el rostro lampino no cambiaba

N Á U F R A G O

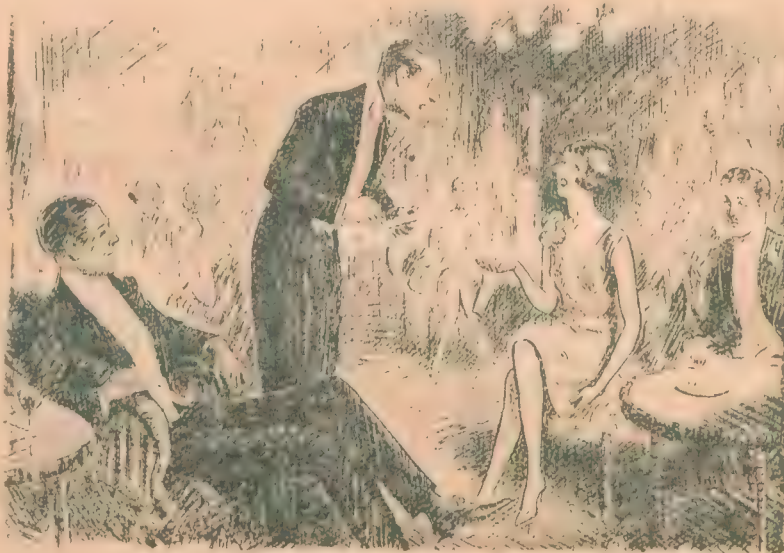
Por Ernesto H. Canale

un ápice; los ojos seguían mecánicamente las abultadas hileras de cifras; los labios conservaban su leve contracción habitual; y el ceño permanecía siempre adusto, como un emblema de aquella mezquina existencia.

Dentro de esa especie de maniquí había una voluntad resignada, y un corazón adolorido por el desengaño. La necesidad imponía silencio a aquel hombre, ahogaba su voz, y lo enclavaba en el banco desde la ma-

Martha era su felicidad, su único consuelo. Cuando ella aventuraba entre mimos un pequeño pedido, una bagatela de dinero para "sus cosas", él pensaba en su cartera vacía y se le partía el alma. Mas ella adivinaba el dolor de su marido, y pronto se resignaba, sin un mal gesto, sin una palabra agria ni un asomo de reproche.

Ambos se querían entrañablemente, y desde el día de su boda nunca sobrevino ni la más ligera rencilla.



—Señorita: ¿puede anotarme en su carnet de baile para el número 13?
—¡Oh, no! Ese ha sido siempre para mí el número de la suerte.

ñana a la noche. Cuando Joe pensaba en esto, maldecía de todo...

Sólo muy de tarde en tarde, en aquel ánimo apagado se levantaba una tímida y sorda agitación, un ansia fugaz de protesta, tal como en un charco de agua estancada asciende a veces una burbuja de aire cuando una piedra es removida en el barro del fondo. Pero esa naciente agitación pronto se desvanecía ante el espectro de la cesantía. ¡Despedido! ¿Cuál sería su suerte; qué sería de su Martha, su buena y abnegada esposa, si perdía su empleo?

Parientes malévolos pronosticaron muchas veces una desavenencia conyugal, por el carácter taciturno de Joe y las dificultades de una vida estrecha que los recursos jamás permitiesen mejorar. Sin embargo, los cálculos de la maledicencia fallaron; y era que Joe, aunque amaba a su manera, amaba de veras. Martha, por su parte, se avino al genio triste de su esposo, se avino a la penuria, se avino a todo. También la llama del amor ardía en ella.

Eran dos, el uno para el otro. Por un cariño así, el humilde em-

pleado se enfrascaba todos los días en su modesto trabajo, se encorvaba sobre aquel "Mayor", dejaba lentamente su vida en el oscuro rincón de la oficina.

Instantes después que Joe llegó a la casa de comercio, vio que Kobles, el protegido del gerente, lo miraba con cierta lástima... Por excepción Joe había llegado esa mañana un poco más tarde que de costumbre y creyó que aquellas miradas eran dirigidas en son de chanza... Luego lo vio cruzar el salón llevando bajo el brazo un grueso libro de apuntes, y entrar al despacho del gerente.

No transcurrió un minuto cuando Joe oyó, en el silencio del recinto, la voz de Kobles llamándolo desde la puerta del despacho. Sobresaltado descendió del banco de trabajo. No había escuchado bien lo que se le decía, y entonces se detuvo e interrogó a Kobles con los ojos. Este repitió sus palabras: — "El señor gerente lo desea hablar"... Recién se dió cabal cuenta, y volvió apresuradamente a su sitio para dejar la sobremanga y aliñarse la corbata. Estaba pálido de emoción, trémulo. Pensó en su "llegada tarde" pero asimismo se acordó que el día anterior se había retirado dos horas después de la señalada para salir. Entró a la habitación ocupada por el vejete de la negra levita y ensayó inútilmente una sonrisa para saludar... El gerente dejó de escribir y encarándose con él le dijo sin rodeos, llanamente, mas con mucha pausa; de manera muy distinta a su modo habitual:

—Por razones inevitables de economía, la casa ha dispuesto suprimir varios empleados... Bien, como se reconoce su contracción al trabajo... y sus años de servicios, se le abonará, como recompensa, dos meses de sueldo...

Y agregó recalcando las palabras: — Así que luego pasará usted por la Caja. — El gerente no pareció esperar respuesta alguna; volvió a recuperar su lapicera y continuó escribiendo.

Joe creyó morir; aquella sentencia dicha sin preámbulos, prodújole el efecto de un hachazo feroz, hondo, inexpresable. Se deshacía su vida... Ya sin energías suficientes, carente de otro medio de subsistencia que aquel mísero empleo; sin relaciones influyentes, ¿dónde iría a parar?... ¿Y sus muchos años de paciente trabajo?... ¿Y su empeñoso interés por cumplir puntualmente?... No, no podía ser, de ninguna manera... No era posible tanta desdicha para él. Habría oído mal...

Por fin su confusión empezó a disiparse, y Joe comenzó a tomar la ilación de todo lo sucedido. Entretanto el gerente terminó de escribir y quitándose los lentes lo miró con insistente fijeza, diciéndole con un acento casi dulce:

—Verdaderamente que es dolorosa una situación como la suya... pero, qué le vamos a hacer... Usted bien sabe que son irrevocables las órdenes de los patrones... — y en la cara mefistofélica del hombre se dibujó una rara sonrisa.

—No tengo más que cumplir... Pero usted, señor, puede salvarme... — exclamó Joe casi suplicante.

—El menos llamado para eso soy yo... Le repito, amigo, que la orden es irrevocable — prosiguió el vejete con su tono de hipócrita amabilidad, y se quedó pensativo

ANÉCDOTA

Nathaniel Lee, poeta dramático inglés, murió loco en el hospital de Londres. Allí, aunque enajenado, compuso su famosa tragedia "Las reinas rivales". En ella trabajaba una noche, a la claridad de la luna, cuando vino a interceptar la luz de aquel astro una ligera nubecita.

—¡Júpiter — exclamó en tono imperioso, — levántate y despabila a la luna!

Pero la nube se fué engrosando y al cabo hizo perder de vista a la luna.

—¡Bárbaro! — exclamó entonces el poeta, soltando una carcajada — ¡le he dicho que la despabilase y la ha apagado!

como si buscara inútilmente alguna lejana solución al asunto.

Joe esperaba una palabra de esperanza, al menos una sola palabra de aliento, algo de qué asirse, pero al cabo el gerente pareció salir instantáneamente de su preocupación y le dijo con esa amabilidad que se reconocía forzada:

—Bien, ya lo sabe usted; no es posible; ya está decidido así...

Joe avanzó entonces unos pasos, y le dijo con una tranquilidad más aparente que real:

—No tengo más que acatar lo resuelto, pero tenga presente que mi vida se deshace...

—Sí, ya lo sabemos, pero es inútil...

Joe comprendió que serían en balde sus protestas. Se cumplía una vez más la ley inexorable del fuerte sobre el débil. Cualquier nueva tentativa sería en vano; ya no cabía discusión alguna, era cosa terminada. Vacilando volvió la espalda y salió. En la sala de trabajo todos los compañeros seguían encorvados sobre los libretos. ¡Cuánta lástima experimentó al ver aquellas cabezas, blancas algunas por los años y los sufrimientos, inmóviles todas; fijos los ojos en los blancos papeles!... Todos esos hombres a la larga, correrían la misma suerte que él. Trabajar, trabajar siempre, infatigablemente, y cuánto más se rinda mejor... Después miró con despego su sitio habitual. Ahí, sobre aquel ancho escritorio habían transcurrido muchos años de su vida; desde ahí había contribuido con su esfuerzo a la prosperidad de la casa de donde ahora se le arrojaba.

En la pared, el antiguo reloj, de esfera amarillenta, seguía su marcha acompasada, y Joe pensó en todos los minutos de su vida que aquellas agujas habían señalado. Sintió que las lágrimas le nublaban la vista y fué despacio a su lugar de trabajo, a la espera de la hora de retirada. Luego parecíale que las hojas de su libro se le quedaban

pegadas en los dedos, como conteniéndolo para que se quedase...

El amor de su mujer era lo único que lo sostenía en su desdicha atroz. ¿Cómo salir del paso, y cómo lograrlo pronto?... La idea del derrumbe se hacía más fuerte. Su esposa, su amor, ¿podría acaso soportar la desdicha?... Ah! él no jugaría con eso, no se animaría a enterarla de tan mala suerte...

Y cuando estuvo en su hogar menos todavía se animó a relatar a Martha lo sucedido. ¿En qué forma decirselo?... El no podía verla sufrir, y no hablaría de aquello, no... Dios sabe lo que hace, se dijo; y todos los días partía para volver ya anochecido a la hora de siempre. Decidido a callar, buscaba empeñosamente una colocación... Y nada, siempre nada. No tenía la indispensable recomendación... ¿Y de dónde sacarla, de dónde obtenerla?... Arremetía contra todo; un loco afán lo impulsaba, creía vislumbrar el triunfo, mas nada, siempre nada.

"Tal vez si hubiera aprendido a mentir, no se vería en manos de la miseria"... — pensaba. La idea de aumentar el escaso dinero que le quedaba lo indujo a tentar suerte en el juego. Sintió un escalofrío y aunque se quiso resistir, la tentación fué más fuerte que él... Si, jugaría. Cien pesos poseía todavía y de ellos jugaría la mitad; quizá tendría suerte... Total, aun cuando no cumpliera una vez sus compromisos, comería lo mismo...

La necesidad ahorca, mata, y Joe luchaba cuerpo a cuerpo con ella, por no disgustar a Martha, por evitarle el dolor de la realidad. Su Martha, fiel, amorosa y abnegada, no debía padecer por su infortunio. Lucharía hasta caer rendido, por salvarla, por protegerla.

Y tampoco tuvo suerte aquella vez. Le fué adversa también en el juego... Perdida la mitad de su único capital, el futuro se le aparecía cada vez más tenebroso y des-

Sí, señor

El vicio de fumar daña su organismo y destruye su vitalidad. Escríbame. Yo le diré cómo quitarse el vicio.

J. ALONZO — 228 Bragaw Str.

L. I. (City).

NEW YORK — U.S.A.

moralizador. Buscó con mayor ahínco un empleo, pero sin resultado. Por todos lados cerrábanse las puertas para él; por todas partes estaba la valla de lo imposible atajándole el paso; por todos lados la necesidad martirizándolo. Días enteros pasados mendigando un empleo, un mísero empleo, guiado constantemente por la esperanza, pero la realidad lo deprimía. Así fué como en un instante del enervación insostenible, asaz decaído, bebió con la intención de animarse y sintió un sopor, un reposo agradable y poco duradero; pero era un consuelo, sin embargo.

III

Días después, en una mañana de su calvario, Joe más desanimado que nunca, contemplaba al acaso desde un banco de la desolada plaza, las peladas ramas de los árboles. En aquella tristeza del día nublado y polar, todo cuanto le rodeaba lo hallaba despreciable; todo sin vida; culminando por doquier la más fiera pobreza; todo envuelto en una onda de desconsuelo, tal como su misma vida... En ese momento pensó en el suicidio, pero en seguida la cara risueña y bella de su esposa apareció en su mente y renunció a ello. ¿Adónde ir?...

¿Qué hacer?... La desesperación clavaba su garra en Joe, lo sacudía y enfermaba. Cansado de padecer, desmoralizado, buscaba, en un postrer esfuerzo sobrehumano, un punto de salvación, pero nada, siempre nada... El mismo cansancio, el mismo aflojamiento físico lo desanimaba más. Sentíase caer inevitablemente en el pozo sin fin de la miseria; veía destruida su vida; deshecho su hogar; todo envuelto en un hábito de muerte.

Y poco más tarde, al mirar distraído las fachadas de las casas que por aquel lado daban a la plaza, detuvo su vista en un letrero de fondo azul, puesto al costado de una puerta: "Despacho de bebidas"... En el acto una idea oscura se apoderó de Joe; sí, ya no titubeaba, y estaba resuelto, quería dominar su excesivo dolor, olvidarse de su miseria, y, entonces, a semejanza del naufrago que ha descubierto, a merced de las olas, un madero para asirse, Joe llevado por fuerza invisible se dirigió a la humilde trastienda, decididamente... Necesitaba matar su aciago dolor; necesitaba imposterablemente olvidarse de sí mismo.

Estaba vencido.

Tríptico de mi monotonía

Vosotros, os quejáis de miles penas,
y yo, de no tener ninguna historia,
salvo la pobre y deslucida gloria,
de ir viviendo la vida en cantilenas.

De amor me habláis, y vuestras frases plenas,
de un entusiasmo de jaculatoria,
llaman inútilmente a mi memoria,
que no tiene gaveta de horas buenas.

De horas buenas ni malas. La atonía,
de este reloj de la monotonía,
que llamo corazón, es absoluta.

Y extraño a todo evento subjetivo,
sin precipitación ni pausa, vivo,
la paz burguesa de la piedra bruta.

Creeréis, quizá, que del cercano día,
en que mi imberbe rostro se barbara,
conserve, acaso una reliquia cara,
donde fué a concentrarse mi alegría.

Quizá penséis, que loco todavía,
mi corazón resulte como un ara,
donde a aquella supuesta que yo amara,
dedico una gentil idolatría.

Pues os equivocáis. Si indiferente
a las alternativas del ambiente
soy, no es por voluntad ni por engaño.

¡Qué sé yo lo que tengo en este pecho,
que, bajo su armazón débil y estrecho,
late al descuido sin temor de daño!

Más que al fiero volcán que en torbellinos
de fuego y lava, su dolor vomita,
yo temo la extensión quieta y maldita,
que cansa mis andares peregrinos.

Yo busqué la pasión de mis destinos,
busco la llama del amor que agita
a tanta alma, y cuya ardencia incita,
al azar promisor de los caminos.

Fué inútil. He salido de la hoguera,
el corazón sin fe y el alma entera,
el psíquico sopor no me abandona.

Y aquí espero, tranquilo y sonriente,
que el diablo, con su mano diligente,
haga un auto de fe con mi persona.

E. RODRIGUEZ GARCIA

COJOS CÉLEBRES

Recorriendo las páginas de la historia, se ve que ha existido una gran cantidad de cojos ilustres. Pasemos vista a los principales, empezando por el mitológico Vulcano, para hacer notar que hasta en el reino de la fábula, el cojo ha ocupado posiciones conspicuas. De este divino claudicante saltamos a los terrenos. ¿Quién no ha oído hablar del terrible Agésilao, rey de Esparta, vencedor del sátrapa Tisafernes, de Pelópidas y Epaminondas, de persas y tébanos? Pues el que no tenga referencias de ese monarca terriblemente guerrero, sepa que era raquítico y cojo. Del emperador Augusto, dice Suetonio, que tenía la cadera, el muslo y la pierna izquierda completamente desvenclados, lo cual no le impidió conquistar medio universo y dirigir desde el solio la inmensa máquina del imperio romano. Sin embargo, Augusto procuraba disimular su defecto, y acogía con marcadísimo disgusto cualquier alusión que al mismo se hiciera. Otro cojo archifamoso fué Tamerlán, el feroz cuanto incontrastable conquistador tártaro del siglo XIV. De él se cuenta la siguiente anécdota relacionada con su cojera. Después de la victoria obtenida en las llanuras de Ancira sobre el sultán Bayaceto, éste compareció cargado de cadenas ante el famoso caudillo tártaro, quien al ver a su vencido adversario, prorumpió en estrepitosas carcajadas. Bayaceto no pudo contenerse y reprochó a su debelador el que deshonrase su triunfo con tamaña grosería. Entonces Tamerlán dejó de reírse y dijo: "Te engañas si crees que insulto tu desgracia. Me he reído al pensar cuán poco caso hace Dios del poder y de los honores cuando los da a un tuerto como tú y a un cojo como yo."

Cojo era también Genserico, rey de los vándalos, y es fama que su carácter fué apocado hasta el momento de caerse del caballo y estropearse la pierna derecha. Desde entonces y como si aquella caída hubiese revuelto en el corazón del bárbaro todos los instintos de su raza, comenzó Genserico su era de conquistas en Africa y en Italia, infligiendo grandes daños al ya ruinoso imperio romano, y constituyendo otro muy poderoso en el Mediterráneo. Terminamos, esta enumeración de reyes, príncipes y conquistadores cojos, citando a Roberto II, duque de Normandía e hijo de Guillermo el Conquistador; Otón II, duque de Brunswick, y Carlos II, rey de Nápoles.

Inglaterra ha tenido cojos celeberrimos, entre ellos el novelista Walter Scott, el inmortal Shakespeare y el gran poeta Lord Byron. A este propósito se nos ocurre observar que muchos vates ilustres fueron cojos, comenzando por el espartano Tirteo, aquel cuyos cantos belicosos inflamaban el ardor guerrero de sus compatriotas. También contó Albión entre sus cojos famosos a Zosiah Wedgewood, el Palissy inglés, creador de un género especial de cerámica que alcanzó gran renombre. Este Wedgewood tenía el raro capricho, la incomprensible coquetería de estrenar una pata de palo a diario. Al efecto, cierto ope-

rador de su fábrica, obrero cerámico de primer orden y hábil constructor de dichos aditamentos, se encargaba de proveerle de patas de palo, trabajo que remuneraba principescamente Wedgewood.

Los italianos han tenido entre sus cojos célebres a Maquiavelo, al duque Cosme de Médicis, y a los poetas Goldoni y Pazini. Francia puede reivindicar algunos cojos notables, por ejemplo, Benjamín Constant, el orador político y publicista

emperador recompensó al ilustre inválido concediéndole el gobierno perpetuo del castillo de Vincennes. Muy a gusto se estaba allí el veterano relatando a sus subordinados durante los paseos y las sobremesas, sus hazañas guerreras, cuando cierto día tuvo que interrumpir las pacíficas conversaciones para poner el castillo en estado de defensa. Los aliados estaban a las puertas de París. Intimada la rendición de Vincennes por los prusianos, contestó el bizarro Dumesnil: *Rendez-moi ma jambe, et je vous rendrai Vincennes*; o sea: "Devolvedme mi pierna, y os entregaré a Vincennes". Otro general francés del primer imperio, Maubourg, inauguró su cojera con frase de admirable estoicismo. Arrebatada en la batalla de

EL MATE

Para FRAY MOCHO.

Hay ideas que son bellas y otras un simple dislate, querer desterrar el mate, por ejemplo, es una de ellas.

Nunca faltó en los salones el buen mate de metal, desde el tiempo colonial de calados peinetones.

Al escote nacarado decoró más de una vez, desde ante del año diez, el fino mate labrado.

Tomando mate una grata boquita, causa primor porque parece una flor unida a un tallo de plata.

En la casa señorial, en el rancho y conventillo, mate lujoso o sencillito se ha cebado siempre igual.

De nuestra hermosa campaña se fué el paisano extinguiendo, pero está sobreviviendo el mate como la caña.

LUIS A. DE LEON.

de la Restauración; Tayllerand, el habilísimo diplomático; la infortunada Mme. de la Valliere, favorita, o mejor dicho, víctima de Luis XIV y de la desalmada Mme. de Montes-pau, la ilustre Mme. Stael, y, por último, el general Dumesnil, cuya cojera hace venir a la memoria la siguiente anécdota:

Este valiente guerrero napoleónico había tenido la desgracia de que le llevase una pierna una bala de cañón en la batalla de Wagram. El

Dresde su pierna derecha por una bala rasa, acudió a sostenerlo su ordenanza, quien al ver tan mal herido a su amo comenzó a llorar como una Magdalena. Sin desconcertarse Maubourg lo más mínimo por lo horrible de la herida, exclamó encarándose con su asistente:

—No llores, muchacho. Antes al contrario, debes alegrarte de esto: así no tendrás que limpiar más que una bota en lo sucesivo.

SINCERIDAD

Ser sincero es mostrar su modo de ser sin encubrimientos, ni doblez. Eso de llevar en los labios una sonrisa, como en manifestación cariñosa para quienes odiamos, es lo más vil y criminal que podemos hacer.

La hipocresía es propia de espíritus cobardes. El hombre que tiene la pusilanimidad, la ninguna energía personal para demostrar su amor o su odio a todo aquello que se lo inspire, no es más que un misero y cobarde. El carácter y la valentía han dado siempre mérito a los individuos.

Hay que ser sincero. Llevar el corazón abierto para demostrar que por eso nos distinguimos de los reptiles venenosos; porque no herimos a mansalva, porque si atacamos, lo hacemos usando armas legales y no abusando de nuestro espíritu miserable y traidor.

Sed sinceros en todo. La verdad en la mano triunfa más que todas las mentiras existentes.

EMILIO ZOLA.

Este número de

FRAY MOCHO

ha sido impreso íntegramente con tintas de la Sociedad Anónima Italiana "ETELIA"

de FIRENZE (Italia)

Gran fábrica de tintas para tipo-lito y tricomías de calidad Extra Superior

Representantes y depositarios en las Repúblicas del Plata:

Corporación de Fabricantes Italianos Unidos

Masetti, Shakespear y Cía.

U. T. 41-Plaza 2904

Suipacha 774 Buenos Aires

Descubrimientos arqueológicos

Una comisión de la Universidad de Oxford ha hecho importantes descubrimientos en Kish, cerca de Babilonia, a orillas de un viejo canal del Eufrates. Enterrados por el polvo de más de seis mil quinientos años, han encontrado vestigios de los primeros pasos del hombre en arte, literatura, comercio y política.

Esos vestigios, al parecer, constituyen pruebas evidentes del origen de las dinastías semíticas y de que muchísimo antes de los esplendores de Babilonia y a la alta civilización de Egipto, la ciudad de Kish fué el centro de un imperio cultural regido por una raza no semítica: los sumerianos.

Uno de los más importantes descubrimientos es un objeto que se supone sea uno de los más antiguos *stylus* del mundo. Los peritos que lo han examinado creen que el viejo instrumento — consistente en un trozo de hueso de unas cinco pulgadas de largo y del grueso de un lápiz de nuestros días, prueba que los sumerianos dieron al mundo el arte de escribir al originar la escritura coneiforme.

El *stylus* se tenía en la mano en la misma posición que la pluma moderna, y los caracteres se escribían en la blanca pizarra por medio de hábiles torceduras.

Una biblioteca de pizarras o tabletas de esta especie fué descubierta, en unión de grandes piezas de alfarería.

PAPEL Y TINTA

"Don Juan Manuel de Rosas y su gobierno", por Martín V. Lascano.

Confesamos el temor que nos asaltó antes de leer el libro, de que su contenido poseyera las características de otros que se proponen establecer un juicio reivindicatorio de Rosas, a base, en su mayor parte, de meras circunstancias y de anécdotas.

Felizmente, hemos hallado en la obra del señor Lascano, lineamientos elevados. En efecto, el autor abraza la época desde un punto de vista psicológico que demuestra verdadera capacidad y un criterio más adecuado para juzgar los hechos. Sin embargo, debemos declarar que, a pesar de las cualidades que ostenta el libro, estamos en desacuerdo con sus razonamientos y su tesis.

"Don Juan Manuel de Rosas y su gobierno" es una obra desapasionada en lo que tal cosa puede involucrar como ardor polemista, pero escrita con un derrotero prefijado de antemano. No se advierte en ella, fácilmente, el fervor ciego del pasionismo, pero sí muestra claramente que el objeto del autor es glorificar al tirano, tomando los hechos bajo la faz favorable a éste.

Nos declara el autor en uno de sus interesantes párrafos, que en su libro no se encontrará el cuadro sangriento y sombrío. Tal cosa no nos parece razonable, porque olvidar el cuadro trágico, tratándose de la época de Rosas, es lo mismo que no mencionar los sacrificios y heroísmos que costó nuestra guerra de la independencia. Además que, en el claroscuro de lo favorable y lo adverso es donde se asientan definitivamente los juicios históricos. Probablemente todavía no ha existido ningún ser humano, de cuyo paso por la vida no pueda recordarse algunos buenos actos.

Las sombras que proyecta sobre la historia argentina la figura de Rosas, son tan enormes, que la luz que fulge de ella apenas alumbraba como una estrella solitaria en la noche. No todo fué crimen, no todo fué desorden, no todo fué ludibrio en la tiranía de Rosas. Hay en su figura, hasta grandeza — una grandeza fatídica y terrible — y hay en varios de sus actos un ardiente patriotismo y afán de cortar estados de cosas injustos. Y hasta podríamos admitir que su gobierno fué necesario para contener el caos de la anarquía que amenazaba devorar a la nación argentina. Pero, en contra de estos atenuantes, ¿cuáles no son las acusaciones que ciernen sobre su cabeza? Creemos, a pesar de todo, de que a Rosas no se le ha hecho toda la justicia que merece, pero estamos también persuadidos de que su figura no debe reivindicarse, sino en la muy pequeña parte que le corresponda. Para que la historia no sea arte literario y sí una disciplina con todos los honores de la ciencia y con aspiración a ser "la maestra de la vida", creemos que deben establecerse diferencias sensibles entre los hombres que han servido a la patria hasta con su vida, y los que la han

ensangrentado, aun cuando también le prestaran servicios que, en el rodar de los acontecimientos no podrían definirse con caracteres concretos.

Las cartas escritas por Rosas, tampoco son un elemento probatorio, pues en su correspondencia como en su vida, son muchas veces que el escenario nacional le ha visto actuar en la farsa.

Deseamos que en los textos de historia nacional no se consigne exclusivamente la larga estela sangrienta que caracteriza su gobierno, sino que a ella se agreguen los atenuantes que tuvo y que, aunque no pueden esclarecer completamente ni reivindicar su memoria, sí es posible que arrojen un poco de luz sobre lo que parece completa sombra. Rosas fué, quizá, en la historia argentina, la enfermedad necesaria que hace que el paciente no muera de un mal grave, o como la tempestad que tiene la honrosa virtud de renovar la atmósfera. Pero, hemos de preguntarnos, ¿se lo a la enfermedad que salvó nuestra vida; se recuerda con placer la tempestad que destruyó nuestra casa, arrasó nuestros campos y causó la muerte y la devastación?

En todo caso fué Rosas la mano férrea que según todas las probabilidades, detuvo la descomposición nacional y que quiso destruir el "quijotismo" argentino que jamás antes ostentó estado alguno y que le hizo perder gran parte del patrimonio colonial. Podrían agregarse alguna otra cualidad de su gobierno y de su persona, pero al lado del reverso de la medalla que presenta un cuadro realmente aterrador, ¿cómo pretender una débil loanza general?

Todo lo que hemos leído en favor de Rosas en las obras de autores diversos, amortigua, pero no destruye en modo alguno, el terrible anatema lanzado por sus contemporáneos y por la posteridad. Olvidando con gran ligereza las lecciones terribles de la historia, parece que algunos pueblos, tratan de convertir en próceres a los verdugos de su patria. Los argentinos debemos reconocer algo de lo positivo que realizó Rosas, pero no olvidar la siniestra obra de su tiranía.

La obra del señor Lascano es una de las más hábiles y mejor tratadas de las contribuciones que se han escrito, tendientes a la reivindicación de Rosas, y posee cualidades de forma y de penetración psicológica que la hacen particularmente recomendable, para los que buscan elementos de juicio, — fuera de los más conocidos — acerca de aquel interesante período de nuestra historia. Sin embargo, podemos afirmar que, malgrado la seriedad y hondura con que está realizado el libro de que nos ocupamos, los aficionados a la lectura de cosas de aquella época, llegarán a imbuirse en la certidumbre de que lo que se ha dicho en ésta y en las demás obras, no basta para reivindicar y justificar la actuación rosina, y sí, apenas, para hacer menos terrible el cuadro desolador de la tiranía.

R. de Castro Esteves.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7362, Avenida

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUÉ

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAYO
Médico oficial del Círculo de La Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5728, Juncal

"La invasión de los herejes",
por B. González Arrili. — (Jesús Menéndez. Librero - Editor). Buenos Aires, 1926.

Con "La invasión de los herejes", novela de evocación histórica, inicia el conocido escritor don B. González Arrili, una obra de aliento y que, dadas las dotes artísticas del autor, habrá de perdurar, sin duda alguna. Con mano hábil y seguro dominio de los personajes y de la escena, González Arrili describe la ciudad de Buenos Aires en los años que precedieron a la revolución de 1810, y pinta las tribulaciones de la población ante el inminente ataque de los ingleses. La vida de la gran aldea, monótona y lenta, en cuya serenidad las noticias trascendentales solían repercutir tanto; los hombres y las mujeres de la época, sencillos e interesantes en su propia simplicidad; el romance de amor, exquisito, purísimo, entre Remedios y Juan de Dios, el simpático muchacho venido a las Américas; todo cobra en las páginas bellas de este libro, realidad y emoción sugestiva.

En esta su nueva producción, González Arrili ha salvado todas las dificultades y ha dado, una vez más, pruebas de sus reconocidas aptitudes de buen narrador y hábil novelista.

"Hesiodo en la literatura castellana", por Arturo Marasso. (Edición de la Revista "Humanidades"), 1926.

En un breve opúsculo publicado por la revista "Humanidades", de la Universidad Nacional de La Plata, acaba de aparecer este medular y erudito estudio de don Arturo Marasso, poeta y publicista que cuenta con grandes prestigios en nuestro ambiente literario.

Con un método severo y encomiable, y con una gran honestidad artística, el señor Arturo Marasso ha realizado una tarea de gran valor, desdenando los datos de segunda mano, para ir a las fuentes mismas de la información. Así es como ha podido analizar toda las épocas de la literatura española, siguiendo el rastro de Hesiodo en los escritores de habla castellana, y mostrando la gran influencia que, aunque en menor escala que Homero, tuvo este gran poeta de la Hélade, en el espíritu latino.

La labor de Arturo Marasso en este estudio, comparable a la que realizara no hace mucho con "El verso alexandrino", revela un temperamento finísimo, a la vez que una preparación literaria poco común.

NOTICIAS LITERARIAS

F. Orlando Rossi. —

Otro escritor del interior que quiere hacer conocer aquí su producción literaria, y por cierto que éste lo conseguirá con éxito, con "Sombras vivas", en prensa por la Editorial.

Es una obra sumamente interesante.

Rogelio A. Duro. —

Con un prólogo bastante interesante y original, de Roberto Giusti, publicará en breve una colección de sonetos, con el simple título de "Pétalos", del que hemos oído buenas referencias.

Carmen Luna. —

De nuevo en la brecha, habiendo terminado su labor educacional, ha entregado a la Editorial Tor los originales de su novela "Los últimos Avila", noticia que ha de satisfacer a sus numerosos admiradores.

Por las exposiciones de arte

Leonie Matthis

En la galería Witcomb (sala II), ha inaugurado una exposición de sus obras la pintora Leonie Matthis, quien en varias ocasiones se ha hecho notar a la consideración de la crítica. La constituyen treinta y tres guaches, tomadas en Córdoba, Jujuy y Bolivia.

Esta artista tiene buen gusto y un fino espíritu y sabe manejar muy bien los medios de expresión que emplea, los que demuestra conocer, aunque en algunos de sus cuadros se advierte cierto desaliño.

Largos años hace que la señora Matthis viene trabajando en el arte a que se dedica con singular acierto y en nuestro ambiente artístico ha logrado destacar su personalidad de pintora con rasgos muy acentuados.

Algunas veces sacrifica la modelación y hasta el dibujo a la espontaneidad, y si a ratos es superficial, en ningún momento es vulgar.

Todos sus paisajes e interiores son interesantes y obtenidos con mucha frescura de tono y vivacidad luminosa, dentro de un mismo estado de espíritu.

Esta exposición, que se contempla con agrado, es una afirmación más de las condiciones pictóricas que la señora Matthis ha venido poniendo de manifiesto durante varios años.

Exposición de pintura moderna

Se exhiben en dos salas de la Asociación Amigos del Arte, bajo los auspicios de la "Association Francaise d'Expansion et d'Echanges artistiques", una colección de cuadros que titulan de "Pintura Moderna".

Son 42 telas de las cuales apenas se pueden entresacar dos o tres que revelen algún escaso valor.

Mucha trivialidad, mucha insensatez se ha acumulado en estas obras.

Allí no se ve trabajo, esfuerzo, meditación, ni nada que pueda revelar al artista de calidad.

Los cuadros expuestos son un mal ejemplo para la generación actual, que salvo pocas excepciones está siempre dispuesta a seguir los movimientos desordenados de esa vergüenza "estética" que son ciertas tendencias modernistas.

Con esta exposición pareciera pre-

conizarse lo inacabado, lo efímero, lo inarticulado y balbuciente.

Es un error haber hecho una exposición con telas que nada tienen que ver con el arte o con la producción artística.

Allí no hay más que cosas embrionarias; cosas feas y mal hechas. Sin gusto.

Hay algunas que apenas pueden servir como indicio de alguna orientación y la mayoría, a nuestra manera de ver, no tienen ningún propósito artístico.

Y conste que no somos retrógrados, que admitimos todas las tendencias modernas, pero siempre que representen algo, que tengan un propósito, que signifiquen una renovación constante. Las técnicas se

El hilillo de cristal

Claro y puro manantial,
Perfumado de jazmín,
En hilillos de cristal
Deslizándose sutil
A las flores se llegaba,
Dulcemente las mecía
Y con suave armonía,
Amor y vida les daba.
Juguetera mariposa,
En sus gráciles revuelos,
Iba del nardo a la rosa
Dando a sus cuitas consuelo.
En su constante porfía

Su recorrido triunfal
Parlero el hilo seguía...
Con sonido de cristal
Su fe cantaba a la flor
Y ésta, ingrata y veleidosa
Dábale celo y dolor
Oyendo a la mariposa.
Mas luego, el aura venía
Susurrando quedamente
Y la esquivo flor caía
En la tranquila corriente...
Del hilillo de cristal.

M. H. Bustingorri.

sucedan, los procedimientos evolucionan.

En esta exposición hay muy pocas extravagancias; lo único que hay, volvemos a repetirlo, son cosas malas, hechas por pintores, que como Picasso y Van Dongen han pintado bien, en otra época.

Pero el público de Buenos Aires no es tan frívolo como suele pretenderse, y exposiciones de esta índole no serán más que cosillas que pasan en la múltiple mudanza de una gran urbe.

Parecen telas pintadas por hastiados, por desilusionados, o por sedientos de descanso.

El gran crítico francés de arte, Camille Mauclair, en una interesantísima crónica enviada desde París, que titula *La farsa del arte viviente*, habla de algunos pintores, que casualmente se hallan representados en esta exposición.

De Picasso, que tiene expuestas seis obras (números 37 al 42 del catálogo), dice "que empezó pintando cosas notables, se puso luego a imitar, a deformar, e inventó, por fin, el cubismo, de acuerdo con el sofisticador espiritual que se llamó Guillaume Apollinaire, con el doble propósito de atontar a los burgueses y de hacer fortuna".

Refiriéndose a Van Dongen, que se halla representado por 3 obras (números 1 al 3), dice: "No menos talento, afán de sorprender y áspera apetencia de provecho hay en Van Dongen, quien hace expresamente pintura dislocada para una clientela de alocados".

Luego de Favory, (que tiene expuestas 3 sanguíneas, del número 8 al 10), dice que "se celebra cual un pequeño Rubens y que se concreta a embadurnar academias vulgares con la salsa de grosella de que tan ferozmente abusó Renoir en su vejez, después de haber hecho cosas admirables".

Luego agrega, refiriéndose a André Lhote, "que enuncia muchas

Hay jóvenes pintores argentinos que tienen talento y seriedad y necesitan esas salas para exhibir sus producciones y se haría una obra de verdadera cultura, cediéndoselas.

Marcelo de Castro Esteves.

Amigo comerciante...

La calidad de un artículo se recuerda mucho más tiempo que el precio que por él se paga.

El camino que conduce a la riqueza es el de la industria y la integridad.

Compra lo que necesites y nada más; existencias acumuladas son dinero perdido.

Nunca gastes dinero que no hayas ganado todavía.

La cara risueña atrae clientela; el ceño fruncido la aleja.

Ve a buscar clientes y no esperes que te busquen ellos a ti.

Las cuentas cortas prolongan la amistad.

El que cesa de anunciar su tienda porque las ventas son pequeñas, mata al caballo porque cojea.

Más vale no vender, que vender a mal pagador.

Nunca atribuyas a tus mercancías, cuando las vendas, virtudes que no tienen: el comprador descubre la verdad y no vuelve a tu casa.

Traje macabro

En el Museo de Historia Natural de New York, se conserva una túnica que perteneció a un ilustre jefe "sioux". Está hecha de sólida piel de camello y recubierta de cuatrocientas cabelleras humanas arrancadas a las infortunadas víctimas de tan terrible guerrero. Por el color, como por sus dimensiones, destacan las cabelleras de numerosas mujeres.

Esta macabra túnica evoca los terribles dramas que, hace años, se desarrollaron en el far-west norteamericano.

Una de las cabelleras ha sido identificada como perteneciente al general Custer, jefe de una expedición contra los indios de Dakota, en cuya escaramuza perdió aquí la vida.

FRAY MOCHIO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año 9.00	Año 11.00	Año 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " " "	9.—	3.—
" " " chico " " "	8.—	1.50

EN EL NUEVO SE ESTRENO "MISTER BROWN"

Si el teatro ha de dar sanas enseñanzas de moral, no puede negarse que el señor José J. Berrutti, autor de "Mr. Brown", sigue los cánones de la preceptiva dramática, pues en cada una de sus obras plantea un conflicto ético, lo desarrola y lo resuelve dejando en el ánimo del espectador la sensación de haber recogido una provechosa enseñanza. No hace en esto, el nombrado escritor, sino prolongar en la escena su labor de educacionista, pues el señor Berrutti ha tenido una larga y fecunda actuación en el magisterio. Pero precisamente este antecedente del autor parece que influyera en su labor de comediógrafo, caracterizando su producción con un sello de ingenuidad, que le resta valores. Del maestro al hombre de teatro hay considerable distancia intelectual y, sobre todo, una gran diferencia en los procedimientos. Mientras el maestro de escuela llega al alumno mediante la bondad y los recursos paternos — todo maestro debe ser el segundo padre de los colegiales — el comediógrafo moderno sólo conquista el público mediante la picardía. En el señor Berrutti el maestro triunfa sobre el hombre de teatro. De aquí que sus comedias, siempre pulcramente escritas, no lleguen a convencer del todo.

"Mister Brown" es un viejo inglés, casado en segundas nupcias con Alicia, mujercita frívola, coquetueta, — de una coquetería sin complicaciones, — que se deja cortejar por un tonto donjuanesco, sobrino de Mr. Brown. Ella, al parecer, no ama de verdad ni al uno ni al otro y cuando su marido la sorprenda en la cita medianochesca, se diría que recién entonces se da cuenta de lo que hacía, de su situación de mujer casada con un buen hombre, de la responsabilidad de sus actos y, ante el dilema, se queda con Mister Brown, quien obliga al sobrino a un gesto de humillación.

No ha pasado, pues, nada grave. El pecado rondó por el hogar como una sombra extraviada, pero apenas salió el sol desapareció.

Como puede advertirse, la comedia del señor Berrutti es de una fábula conocida, y al ser renovada no ofrece rasgos distintivos que la singularicen de las viejas piezas del género.

Con todo, hay que aplaudir la honestidad del propósito, la finalidad moral y la discreción con que han sido realizados los tres actos, de los cuales nos resulta el segundo el mejor.

Casaux, en el tipo de Brown, realizó una esmerada creación, que el público reconoció con su aplauso, del que participaron los demás intérpretes y el autor.

"UNA HORA DE LOCURA", LA NUEVA REVISTA DEL MAIPO.

De más está decir que la última revista estrenada en el teatro Maipo ha constituido un franco éxito. Ya se conocen en aquella casa los secretos del género y se cuenta allí con un elenco que reúne todas las condiciones indispensables para proporcionar al público el esparcimiento que busca en esta clase de espectáculos.

La nueva revista tiene un poco de todo. Números de baile, cuadros de efecto, pasajes a telón corto, parodias, canto, desfile de la pasarella y, en fin, todos los elementos que se

TEATROS

explotan en estas piezas. Dentro de los límites que imponen el buen gusto, hay ingenio, gracia y picardía. Los bailarines debutantes, Landry-Julls, cuyo vasto repertorio alcanza desde lo sutil a lo grotesco, obtuvieron un éxito clamoroso. Gloria Guzmán, siempre tan simpática y traviesa, se hizo aplaudir larga y calurosamente. También contribuyó poderosamente a la buena suerte de la revista, la labor original e ingeniosa de Rafael Arcos, que ha logrado imponerse al público, que nunca se da por satisfecho y pide siempre más. Las girls desarrollaron nuevos números de danza que fueron muy del agrado del auditorio. En resumen, se trata de una revista más, pero de una revista más del Maipo, lo que quiere decir un éxito largo que se mantendrá indefinidamente en el cartel como las que le han precedido.

"COMO PERRO EN CANCHA DE BOCHAS", DE RICARDO HICKEN, EN EL APOLO.

Con discreto éxito fué estrenada en el Apolo por la compañía Arata-Morganti, esta producción de Ricardo Hicken, escrita con el solo propósito de ofrecer a la labor de un actor cómico el modo de encarnar un personaje grotesco, para su lucimiento personal. Las piezas de esta índole se resienten, desde luego, en su estructura y argumento, porque todo en ellas está supeditado al propósito central de destacar la figura del protagonista y darle mucho movimiento en escena. Dentro de tales características ha sido bien logrado el propósito, aunque no en la forma brillante con que este autor lo ha conseguido en otras obras de más enjundia.

Arata, héroe de la pieza, tuvo una actuación feliz. Morganti y los demás del conjunto contribuyeron dentro de su relatividad al desarrollo lucido y al buen éxito de la obra.

"LOS CACHORROS", DE YAMANDU RODRIGUEZ Y M. VAZQUEZ, EN EL NACIONAL.

En esta obra los autores nos ofrecen un cuadro de costumbres de la campaña uruguaya, que si bien está tratado hábilmente y tiene frecuentes situaciones de efecto, resulta algo arbitrario en la concatenación de los hechos y por momentos también en los diálogos, que aunque no pierden nunca su carácter campero, tienen con cierta frecuencia una manifiesta tendencia a la estilización literaria, resultando así afectados y efectistas.

Con todo, la pieza resulta interesante y emotiva. Es una nueva muestra del teatro que con maestría inusitada cultivó aquel precursor de la escena rioplatense que se llamó Florencio Sánchez.

La compañía del Nacional dió una interpretación cariñosa a "Los Cachorros", sacando mucho partido y muchos aplausos de ella. Destacáronse especialmente las señoras Catá y Poli y los actores Sapelli, Arrieta y Bustos.

"CHE, PRESTAME LA PIEZA", DE JULIO F. ESCOBAR, EN EL LICEO.

La compañía que viene actuando con buen éxito en el Liceo, estrenó

últimamente esta pieza de Escobar, medio vodevil, medio pochade, sin otro propósito seguramente que el de suscitar en el público esa risa despreocupada y fácil que surge de las situaciones escénicas difíciles o grotescas. El asunto es sumamente sencillo. Se trata de las insospechadas tribulaciones que le ocasiona a un tenorio poco adinerado, la utilización del domicilio de un amigo para celebrar una cita amorosa. Las ventajas que el oportunista creyó encontrar en la cesión gratuita de la pieza, se ven aparentemente frustradas por la interminable serie de calamidades que sobrevienen al tenorio, conspirando contra su tranquilidad, su dinero y hasta su vida. Pero arregladas satisfactoriamente a fuerza de habilidad las dificultades, se descubre que la plata con que pagó gastos y culpas ajenas, no le ha perjudicado mayormente, porque se trataba de billetes falsos. La pieza está hecha con mucha destreza y en ella se suceden las escenas con la rapidez necesaria para producir los efectos buscados. No faltan tampoco en ella las frases burlescas e ingeniosas, en que abunda el teatro de este autor.

La Cornaro, Ruggero y Zárate, jugaron la pieza en forma muy eficaz. Los demás se portaron discretamente.

FUE MUY APLAUDIDO "CORAZON DE MALEVO", EN EL BUENOS AIRES.

A la serie de éxitos que registra en su haber de sainetero Juan A. Caruso, hay que agregar el de la pieza del epígrafe, recientemente estrenada por Muñio.

Es verdad que Caruso no se ha preocupado de buscar un asunto más o menos nuevo y que ha querido ofrecer, como él mismo lo dijo la noche del estreno desde el palco escénico, al ser llamado por el público, un sainete más, pero no puede negarse que la pieza gustó muchísimo, porque está bien realizada y sus personajes pintorescos, que son casi todos, se expiden en forma siempre graciosa y más de una vez sueltan chistes de ingenio, que arrancan una espontánea carcajada.

Sainete con numerosos tipos de abundante papel, Caruso ha favorecido la labor de muchos intérpretes que apenas trabajan en las obras, pues la mayoría, como nadie lo ignora, se escriben para un solo actor o poco menos. En este sentido, la obra se destaca y es plausible la tendencia del autor, quien, por otra parte, ha revelado con "Corazón de malevo" que maneja el octosílabo fácilmente, desgranando versos sonoros y bonitos, como el diálogo del pasacalle entre un vigilante y una mujer.

Muñio, Bono, Totón Podestá, las señoras Conti, Faluggi y Muñoz, sobresalieron.

PARRA, SUMO...

...pontífice de la gracia. Tal es la bella y novedosa expresión recogida por nosotros la otra noche, de labios de una interesante chica que el destino, muy amable con nosotros, sentó a nuestro lado en la platea del Argentino. Oyendo las ocurrencias de nuestro gran bufo,

dijo de pronto a la señora que estaba a su lado, posiblemente la mamá:

—Este hombre es el Sumo Pontífice de la Gracia.

ARELLANO VASE A EUROPA

Parte hoy rumbo al viejo mundo, el aplaudido actor Enrique Arellano, español de origen y argentino sino por nacionalización, por el tiempo que lleva entre nosotros, que es casi toda su vida.

Arellano ha venido actuando en muchas compañías y en el género dramático es donde mostró mayores aptitudes. Es de esos actores que si no son genios, trabajan sobriamente, con amor a su profesión, y se hacen aplaudir.

Saludamos al artista amigo, le deseamos buen viaje, feliz estada en la madre patria y pronto retorno.

"LA PULPERIA DEL DIABLO"

Un melodrama en verso, realizado con experiencia de autores que han dado numerosas pruebas de su dexteridad escénica, es la nueva obra estrenada por la compañía del Sarmiento. Todos los factores de éxito en piezas de este jaez, han sido utilizados por los autores, el malogrado Florencio Iriarte y don Ivo Pelay, de suerte que el melodrama resulta una obra de creciente interés para el público, que vive durante su desarrollo el misterio de los sucesos dramáticos que se producen y aplauden al cabo el advenimiento de la justicia.

"La pulpería del diablo" es una obra de penetrante interés para el auditorio del Sarmiento y ha sido escrita en versos fáciles, a veces sonoros, pero que no alcanzan nunca a ser poesía. Los actores Varela y Serrano, a cargo de los dos personajes salientes, acreditaron conocer sus roles y se destacaron de los demás.

GRAN SPLENDID

La grandiosa sala de la calle Santa Fe ofrecerá en esta semana un notable programa constituido por películas de todo punto admirables. Puede así descontarse que las funciones serán coronadas por el mejor éxito y que el salón se verá poblado por ese público "chic" que ha sabido atraer don Carmelo Carbone, simpatísimas persona de todos es timada.

CESAR Y PEPE

Los Rodolfo Valentinos del Smart se están conquistando las últimas chicas románticas con las gracias que hacen en "Maldito tango", la pieza de Mario Flores y el más gordito y simpático de los cronistas, Pablito Suero.

CAPITOL

Con buen resultado se desarrolla la temporada de este cine, que congrega en sus funciones familias selectas y conocidas en las esferas sociales.

CINE PARC

Serán exhibidas en la semana que corre bellas cintas de marcas acreditadas, que han despertado expectativa en los "habitués" de esta sala, considerada la mejor de Palermo, por la clase del público y la excelencia de los programas.

—¿Eres tú, mi Juan?

Ahogando sus pasos en la alfombra, acababa de entrar él en la pieza, donde, junto a la ventana entreabierta, estaba ella adormecida. Pero el oído de Elisa percibía sutilmente los más pequeños rumores.

—Tu Juan en persona.

Y entonces avanzó hacia las delicadas manos pálidas que ella extendía delante de su cuerpo, como si hubiera palpado ya en las ondas agitadas del aire la presencia de él. Sus manos tocaron las ropas, subieron hasta el rostro que se inclinaba sobre el sillón, y sus labios murmuraron:

—Sí; eres tú, efectivamente... Siento siempre la misma dicha al verte con estas manos adonde han bajado mis pobres ojos... Ven más cerca... ¡Qué perfumado estás! Toda tu persona trasciende el perfume de esta hermosa mañana.

—¡Amiga! ¡buena amiga! — exclamó él.

Y besó los tristes párpados velados en medio de la blancura ajada del rostro, y ella no le dejaba levantarse; le retenía con las dos manos la cabeza con sus mejillas, apoyaba en sus ojos muertos el beso de fidelidad.

—Así, así, ¡oh siempre!... Me parece que van a volver a abrirse al calor de tu boca. Te veo otra vez, mi Juan, tal como te he perdido.

El hizo un imperceptible movimiento de fastidio:

—Vamos, Elisa.

—Es cierto; yo también soy demasiado exigente. Ríñeme. Me quedaría así horas enteras, sin sentido, con la felicidad de tenerte cerca de mí... Considera un poco: yo ya no veo, yo ya no vivo más que para ti... Siéntate ahí, mi Juan... ¡Hace tanto tiempo que te fuiste!... ¡Me parece que tienes tantas cosas que contarme!...

El atrajo un taburete y se sentó, con las pequeñas manos entrelazadas como anillos en sus dedos.

—Los árboles de los bulevares están todos cubiertos de hojas—dijo.

—He visto a tus amigas Juana y Emiliana... Se conservan siempre hermosas, hermosas como tú, mi Elisa...

Una sonrisa iluminó la profunda noche de la ciega.

—Repítame eso, amigo mío... ¡Me hace tanto bien pensar que los demás no han cambiado!... ¡que todo está a mi alrededor como cuando yo lo veía, cuando yo no era aún una pequeña sombra de manos siempre a tientas!... ¿Y no te has encontrado también con esa señora que me demuestra tanto interés, y con la cual yo soy tan injusta?

—¿La señora Dulac? ¡Oh! esa no se parece a ti en nada. Está completamente encanecida; es una de las mujeres más feas que he visto en mi vida.

—Su voz, su voz es lo que me hace daño... Esa mujer tiene una voz por la que no se le puede conocer el alma. Sin embargo, su voz es musical; tiene notas líquidas como el canto de la curruca... a veces me parece que viene aquí por algo que no comprendo. Perdóname, mi querido Juan, que dé alas a mi imaginación. Todos mis sentidos tienen ojos desde que no tengo vista... Creo ver a esa señora, la veo de una belleza negra, maléfica... Y entonces, no sé por qué, me parece que tú mientes un poco.

—¡Loquilla! Tú sola eres hermosa.

—¡Oh, tengo tanto miedo!... Mírame: ¿no habrá aquí, en mis mejillas, alguna arruga? ¿No me habrá

LA CASA DE CRISTAL

Por Camilo Lemonnier

salido de ayer a hoy, alguna cana? ¡Quisiera que el tiempo se detuviera sobre la imagen que te recordara todavía un poco a la bella Elisa a quien adorabas tú tan amorosamente!

Y se alzaban otra vez sus pálidas manos, finas y brillantes orquídeas agitadas por una vida misteriosa; sus dedos parecían estar tejiendo siempre sedas impalpables, con los hilos del aire. La ciega atrajo el rostro de Juan junto al suyo a la claridad de las ventanas, lo miró

ces me parece que algo hubiera cambiado en ti: tu voz ya no es la misma cuando me dices que sigo siendo tan hermosa como siempre.

Diez años hacía que Elisa había perdido la vista. Después de haber declinado lentamente, la luz se había ido al fin del todo; el fino esmalte de sus ojos se veló. Ella creía vivir detrás de un tabique oscuro, ligada únicamente al mundo por la afección cariñosa de su ma-

"LA ABEJA DE ORO"

Por JUAN MANUEL GOTTA

Libro para formar el sentimiento nacionalista, estético y moral de los jóvenes y niños de ambos sexos.

Se vende en las siguientes casas de esta capital: CABAUT y Cia., (Alsina y Bolívar); "LA FACULTAD" (Florida 359); AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES, (Rivadavia 1573); Revista "LA OBRA" (Humberto I 3159).

con sus pupilas muertas como si lo viera realmente, como si hubiere querido leer en los ojos de él sus pensamientos.

—No, no, Elisa. Ni un pliegue, ni una cana... Tus mejillas son siempre rosadas; el estío de los trigales dora tu querida frente sin arrugas.

—Tú también, tú eres hermoso, mi Juan; tú has permanecido eternamente joven y hermoso en la muerte de mis ojos... Nunca he dejado de verte tal como te amé en otro tiempo... Sin embargo, a ve-

rído, de ese Juan que era para ella la claridad animada y tangible que sus manos palpaban delicadamente. Como una rosa deshojada, pétalo por pétalo, su rostro amable se ajó, se arrugó en torno de la horrible llaga de las órbitas. La savia vital se retiró también del oro ensortijado de sus cabellos, que entonces estaban ya completamente blancos. Aquello no era más que la pobre apariencia humillada y el leve fantasma de la graciosa Elisa.

Pero un milagro de amor le hizo

NUNCA

Para M. A. Canelas.

¡Nunca hubieras pensado, corazón de poeta, que un tiempo llegaría de perpetua prisión, y que tu canto alado, palabra de profeta que las cumbres conoce y los espacios reta, se irradiase doliente del potro del Amor!...

Nunca hubieras creído la falacia del sueño, nunca hubieras llorado toda su irrealdad; nunca hubieras partido en tan riesgoso leño, en procura del dolo y de la tempestad.

El vellocino de oro, fué tu guía y tu empeño, cantaste a la aurora viendo ponerse el sol, la estrella vespertina, en el confín sedeno, vislumbraba la gracia de tu primer amor.

Corazón de poeta, sensible corazón, arca de toda ciencia y de toda canción, ¿cuándo perdí su llave, que el Amor encontró, y cuándo, compasivo, me la dará el Amor?

ALBERTO J. FREIRE.

crear que no había perdido su juventud. Hacia diez años que Juan la engañaba piadosamente con la mentira de su belleza eternizada a través del ultraje de la ceguera. De modo que la ilusión fué para ella la delicada casa de cristal, el frágil palacio encantado en que seguía vi- viendo como en sueños. Su vida se inmovilizó en el tiempo que había precedido al desvanecimiento de la luz. Esta no dejó de iluminar en el fondo de su pensamiento las supremas imágenes que habían acariciado la agonía de su mirada. Y, mago hasta el límite extremo del mundo quimérico, cuya nube de oro dejaba flotar sobre la espesa noche de las pupilas de su esposa, Juan, por una conmovedora superchería, la convenció también de que nada había cambiado alrededor de ella, de que las flores de la alfombra conservaban siempre sus vivos colores, de que los años habían respetado el rostro de las amigas de ella. En medio de la primavera de sus ficciones, Elisa no sabía que las telas de tonos leves y las cintas con que se encantaba su coquetería — pues quería vestirse siempre como en los tiempos en que se veía en los espejos, — disonaban con la decadencia de su pobre cuerpo envejecido.

Un día que, sentada como de costumbre junto a la ventana, se había adormecido con los ruidos de la calle, la despertó de pronto un susurro de palabras. Reconoció la voz de Juan, y otra que le respondía, con acento irónico: la voz de la señora Dulac, esa voz que le causaba siempre un malestar extraño. Se levantó del sillón, y con las manos extendidas, echó a andar, se deslizó con pasos silenciosos sobre las alfombras hasta el salón de donde salían las voces.

—¡Qué hermosa eres! — decía Juan. — Tú eres para mí la belleza del deseo y del deleite... Heme aquí a tus pies; no vivo desde que te espero.

Vibró una risita incrédula.

—¿Acaso no dices estas mismas cosas a tu pobre mujer? ¿No cree ella también, con su máscara horrible y sus cabellos blancos, que es para ti el ideal de la belleza? ¡Ay, amigo mío! ¡qué ridículo es todo esto!

En ese mismo momento una sombra delgada se dibujaba sobre la cortina transparente de la puerta del salón, y se oyó un grito:

—¡Juan! ¡mi Juan!

La casa de cristal se venía abajo, el corazón se rompía... Elisa dió su último paso, y fué a desplomarse a los pies de su marido.

Montaña que canta

En el Desierto Rojo, en la parte norte de Africa, hay una elevación llamada el monte Jetko a la que los indígenas denominan la "Montaña que canta".

"Cuando va a aparecer junto al oasis que hay al pie de la montaña, ésta produce una especie de murmullo perfectamente perceptible, según lo comprobó el comandante francés Cadel.

Los habitantes del oasis no se engañan jamás y saben que cuando la montaña "canta" es que está cerca una caravana.

Este curioso fenómeno ha sido observado también en el Asia Central, durante las expediciones realizadas por Sven Hedin, y no se sabe a qué atribuirlo.

La leyenda de Urashima Taro

En China, en donde se cultiva esta flor desde los tiempos más remotos, se la considera como la flor del hombre rico; y después de llevada del Celeste Imperio al Japón, en el siglo VIII, se la tuvo como la reina de las flores, compañera, en el arte, del león y del pavo real, los monarcas del reino animal. En la ornamentación de templos y palacios se ve a los tres reunidos. Cuando los leones saltan, lo hacen sobre un fondo de exuberantes peonías.

A los chinos les gusta la peonía sencilla, sea la herbácea o la de arbusto; pero el sentido artístico nipón ha llegado al tipo suyo, que se conoce en todo el mundo por el nombre de "japonés".

Las peonías silvestres son sencillas, es decir, sólo tienen una corona de pétalos, que rodea un centro de amarillos estambres. En el tipo japonés también es una sola la corona, pero el proceso doble se ve iniciado. Los filamentos en que están las anteras se han desarrollado grandemente, y aparecen rizados y de varios colores.

Muchas especies de peonías son oriundas de la Europa meridional, de China y de Siberia, y otra, la peonía Brownii, crece espontáneamente en la vertiente occidental de las montañas rocosas.

La especie de peonías más importante, desde el punto de vista híbrido, es la "albiflora" de la China central y Siberia, a la que también llaman "sinensis" o clima. La peonía moderna tiene gran parte heredada de la "Officinalis", indígena del Sur de Europa, con algunas de otras especies. La albiflora fué introducida en Europa en el siglo XVII; pero en China se conoce desde los tiempos más remotos. A mediados del siglo XIX, una gran cantidad de las mejores peonías chinas fueron enviadas a Francia. Después de estas importaciones, ha sido cuando ha empezado el cultivo de la peonía herbácea en varias partes de Europa.

Las peonías sencillas y sus híbridas inmediatas poseen una individualidad considerable, por su gran variedad en las hojas y sus formas de desarrollo: las hay grandes y rojas como amapolas, y otras blancas como azucenas. Muchas de ellas son enanas: no pasan de 20 a 35 centímetros de alto; son procedentes de lugares pedregosos, y tienen una gracia y elegancia que no presentan muchas de las grandes y gigantes especies. Crecen muy bien bajo los grandes árboles, a la sombra, y florecen de dos a cinco semanas antes que las otras especies, con lo que procuran al aficionado un largo período de floración.

La rarísima peonía "Mlokoewitschii", bautizada con el complicado nombre del que la descubrió en las soledades del Cáucaso, abre sus flores cerca de la tierra, de un color rojo cobrizo, y, como el camaleón, a medida que la vegetación vecina se desarrolla, cambia el primitivo color por el de bronce verdoso, como los broncees japoneses.

En la primera semana de mayo se abre la peonía "Corsica", mostrando sus lindos pétalos de rosa oscuro, con su centro rojo rodeado de una corona de estambres dora-

dos. Después viene la "arietina", de gruesos estambres; la "paradoxa", de color púrpura rayado en tonos claros y oscuros; la "peregrina", de rosa fuerte; la "triterinata", y otras; pero todas ellas se diferencian en el color y en la forma de sus pétalos y hojas. La peonía de España se distingue por el color verde brillante de sus hojas.

La "veitchii", de China, tiene hojas de delicado verde; la "triterinata", del Cáucaso, fué llevada de Inglaterra a Francia en 1810 por la emperatriz Josefina, a la Malmaison, donde vivía desde su divorcio con Napoleón, en 1804, rodeada de plantas y flores raras y curiosísimas.

La "emodi", del Himalaya, es una rarísima y preciosa flor de blanco immaculado, de verdosos pétalos y glaucas hojas; la "macrofila" es una peonía gigante, de

cen de cera. El origen de esta flor es desconocido. Pero el tesoro de los tesoros parece ser la variedad "Sunbeam", "Rayo de sol", que presenta flores de un purísimo y perfecto carmín, que, a la luz del sol, parecen focos de luz, ascuas vivas, luminosas y globulares como lámparas de sangre con un corazón de oro vivísimo.

La más bonita, por su simetría y colorido, es la llamada "Margarita Dessert", de flores sencillas de blanco de nieve, salpicadas de gotas de carmín y tupido centro de dorados estambres.

El espíritu nipón ha hecho conocer la especie, nueva para nosotros, por la forma, el colorido, belleza y suntuosidad: la peonía japonesa.

La mejor de las peonías japonesas blancas es la variedad "Isamijishi", o sea "el león alegre".

Muy japonesa es la "Fuya-jo", o "Castillo iluminado", de corola color vino clarete, con brillante centro amaranto y reflejos dorados.

La "Amano-sode", la "Tora-nomaki", son magníficas flores, orgullo de los floricultores nipones.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

magníficas hojas y hermosa corola de amarillo pálido.

Entre las híbridas, hay peonías sumamente raras, que presentan todos los matices del rojo, del rosa, del amarillo y del blanco.

La belleza brillante de las flores esarlata de la "ofia" no se puede describir; es difícil hacerse una idea de su hermosura, si no se la contempla. El rojo de sus pétalos, el color asalmonado de sus carpelos, el dorado purísimo de sus estambres, hacen de esta flor una de las más primorosas de las peonías.

Aun hay otra, la "officinalis lobata", muy rara, que iguala en belleza a la anterior, por su corola rosa fuerte y sus pétalos, que pare-

Pero la gloria de las glorias japonesas es la "Tomate-baco", flor de maravillosa simetría, de flores gigantes y hermosas, de una textura y brillo no igualados por ninguna otra.

El rico y brillante colorido rosa de los pétalos de la peonía de este nombre, los ligeros tintes crema con que se adorna; el oro y rosado combinados de sus estambres, el verde vivo y lustroso de sus hojas, simbolizan la belleza, la salud y la frescura de la juventud, con su sed de experiencia y el conocimiento y placer de saber vivir. Es la reina de las peonías, y su nombre es buen ejemplo de afición y adaptación de los japoneses a lo simbólico.

Arboles históricos. El gran olivo de Arauco.

En las fertilísimas tierras del norte de la provincia de La Rioja, en el departamento de Arauco, lindando con la provincia de Catamarca, se conserva un viejo olivo tres veces centenario, que se salvó de la destrucción por una circunstancia casual y que fué plantado en tiempos de la colonia, de semillas traídas desde España para el Perú.

Una de las industrias forestales más cultivadas en la madre patria, ha sido y es la cosecha y preparación de la aceituna, fruto que da un rinde notable en las feraces tierras de Catamarca y La Rioja. Durante la época colonial fué tan notoria la prosperidad que, celosa la corte de España de la industria americana que ponía en peligro la de la metrópoli, ordenó por una real orden, en el siglo XVII, arrancar los olivos del departamento de Arauco, salvándose de la destrucción tan solo este viejo árbol, que catalogamos entre los históricos por tan curiosa circunstancia y del cual insertamos aquí algunos pormenores.

El viejo olivo está en la propiedad "Las Margaritas" de doña Espectación de la Fuente de Avila. Mide nueve y medio metros de diámetro en su tronco y da un rendimiento anual de trescientos treinta kilogramos de aceitunas de buen tamaño, sin contar los frutos poco desarrollados que sirven para alimentar aves de corral. Como nunca ha sido podado, sus grandes ramazones se extienden a todos los costados y se elevan a gran altura, presentando muy buena vista.

El gran desarrollo de este árbol, conocido por "olea europea L.", se explica en esa región dada la asombrosa fertilidad de esas tierras.

La Sociedad Forestal Argentina comisionó en 1914 al doctor Guillermo Correa para que colocara en el árbol una placa con la siguiente inscripción: "Olivio histórico que se salvó de la destrucción ordenada por una real orden en el siglo XVII".

No leáis en la cama

No debe leerse en la cama, colocado en posición horizontal, porque se provoca una tensión del nervio óptico que fatiga al órgano de la visión. Si la costumbre puede más que la reflexión, y se persiste en tal hábito, puede atenuarse el inconveniente, procediendo del siguiente modo: Por la noche lavarse los ojos con agua ligeramente salada, de modo que no escueza, cuya precaución fortifica y tonifica la vista; no forzar nunca los ojos a leer con una luz débil o lejana, pues leer en tales condiciones es tan perjudicial como leer a la luz de los plenos rayos solares.

PUESTA DE SOL

...Una puesta de sol maravillosa cubría el horizonte; parecía un cuadro apocalíptico. Las nubes dibujaban un paisaje trágico; una llanura ardiente, surcada por lagos de oro y ríos de púrpura, de cuyo fondo surgían montañas de bronce con aristas de ámbar y nacarada nieve, desgarradas, de cuando en cuando, por llameantes aberturas, parecidas a bocas de cavernas de donde brotan torrentes de sangre dorada. Una batalla de gigantes solares, de formidables habitantes del infinito, se desarrollaba dentro de aquellas montañas aéreas, en aquellas profundas cavernas de las bronceadas nubes; por las bocas de las grutas se veía el brillo relampagueante de las armas forjadas con los metales del sol; y la sangre brotaba a torrentes, llenando los lagos de oro fundido, culebreando en ríos que parecían rayos, inundando la llameante llanura del cielo.

GRACIA DELEDDA.

COMO SE ENCIENDEN LAS LAMPARAS DE RADIO

El manejo y funcionamiento de un receptor de radio es cosa sumamente sencilla, pues sólo es necesario el movimiento de los diales y manijas, teniendo algún cuidado en cuanto al uso y mantenimiento de las baterías se refiere.

Comenzaremos por hacer la clasificación de las distintas clases de baterías que se utilizan en un receptor, dejando para más adelante el estudio de las fuentes de corriente eléctrica, necesarias para el perfecto funcionamiento de un transmisor.

En un receptor existen tres clases de baterías, la batería "A" o sea la fuente de corriente eléctrica, necesaria para encender el filamento de las lámparas, o para ser más claro, la que da luz a la lámpara. La batería "B", o sea la que produce la energía necesaria para que las señales se conviertan en sonidos. Y finalmente la batería "C" que es la que regula la intensidad de los sonidos y sirve para evitar un gasto excesivo de la batería "B", aparte de dar mayor pureza a las señales.

Cada una de estas baterías tiene características especiales que analizaremos debidamente, de manera que el poseedor del aparato pueda, con facilidad, cuidarlas y hacer el repuesto de las mismas sin la intervención de una tercera persona.

La batería "A", hemos dicho que era la que servía para encender el filamento de los tubos o lámparas; ahora bien, dada la forma de trabajar de estos tubos, ellos requieren una corriente de tal naturaleza que

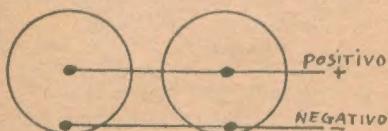


Fig. 1.—Conexiones en paralelo para uno o dos tubos tipo W. D. - 11.

sea necesario poco voltaje y mucha intensidad de corriente; por ello las baterías necesarias para tal objeto nunca pasan de 6 volts, pero en cuanto a la energía almacenada, ésta debe ser grande y por ello el número de amperes horas, es decir la carga que tiene, es muy grande; así por ejemplo, en el caso de los acumuladores alcanza hasta 100 amp. horas, pero hay también casos como las lámparas de poco consumo, en los cuales no hace falta una batería de este tipo.

Podemos, en consecuencia, hacer una división de las baterías "A", en baterías para tubos de mucho consumo y baterías "A" para tubos de consumo económico.

En efecto, en los primeros tiempos de la radio, por el desconocimiento que se tenía de los metales convenientes para filamentos, lo primero que se empleó era uno análogo al filamento de las lámparas de alumbrado, los cuales consumían gran cantidad de corriente, hasta un amperio más, pero luego con el estudio concienzudo del asunto, se descubrió que el torio y otros metales, eran mejores y más eficientes, aparte de necesitar un menor grado de calentamiento, de allí nacieron los tubos de bajo consumo; un estudio mayor llegó a producir los tubos de consumo pequeñísimo que se usan.

Esta división de tubos de grande, mediano y pequeño consumo trajo,



RADIOTELEFONIA



como es natural, el cambio de las baterías necesarias para cada tipo. Podemos así dividir los tubos, haciendo notar que sólo indicamos algunos como muestra, sin perjuicio que en caso que los tubos que tenga el poseedor del aparato no sean los indicados, se tomarán las mismas medidas que para los análogos.

a) Tubos de mucho consumo: Francés antiguos Metal, Telefunken, Radiotron UV 200, UV 201, Philips antiguo, De Forest antiguo, etc. Estos tubos tienen un consumo aproximado de un amperio cada uno.

b) Tubos de consumo mediano: Metal, Marconi varios tipos, Radiotron UV 201-A, Philips B 406, Telefunken varios tipos, etc., los cuales consumen más o menos 0,25 de amperio, es decir un cuarto de amperio.

c) Tubos de consumo reducidísimo: tales como la micro metal,

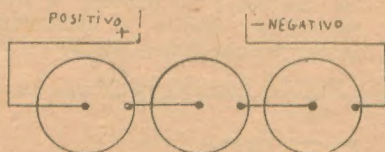


Fig. 2.—Conexión en serie para 1 a 3 tubos tipo U. V. - 199 ó C - 299.

Telefunken, UV 199, Marconi y varios tipos de Philips, los cuales consumen aproximadamente 0,06 de amperio, es decir seis centésimos de amperio.

Es fácil ver por esta lista en la forma, como esta clase de tubos representan sólo una mínima parte del consumo que antes se usaba.

De acuerdo, entonces, a la lista anterior, se tendrá las distintas clases de baterías. De éstas podemos hacer una clasificación, es decir, las dividiremos en: acumuladores y pilas. La diferencia que existe entre los acumuladores y las pilas, es la de la capacidad de cada uno. Un acumulador o una pila pueden asimilarse a un tanque de agua, el cual contenga una cierta cantidad de líquido, de manera que pueda-

mos hacer un gasto de él durante un cierto tiempo, pero que depende de la cantidad que extraigamos por hora. Así es fácil ver que si tene-

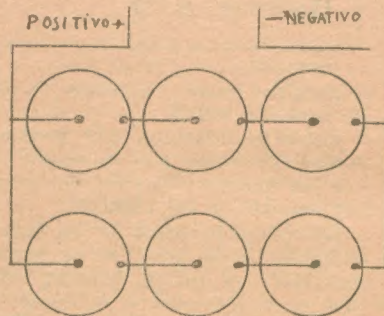


Fig. 3.—Conexión de series en paralelo para 4 ó más tubos tipo U. V. - 199.

mos cien litros, por ejemplo, podremos extraer 10 litros durante diez horas, o 20 litros durante 5 horas, o simplemente 100 litros durante una hora; en los acumuladores sucede lo mismo, con la diferencia que la capacidad de un acumulador se mide en amperes horas, es decir la cantidad de amperes que podemos extraer durante tantas horas; así, por ejemplo, si tenemos un acumulador de cien amperes horas, podremos extraer 1 amperio durante cien horas o 3 amperes durante 33 horas.

En esta forma es fácil ver el acumulador que hace falta para un determinado número de lámparas.

Ahora podemos darnos cuenta del porqué a veces cuando se emplean tubos de mediano consumo no hacen falta acumuladores, pues como la corriente que se extrae es pequeña, basta con que la fuente sea suficiente; de ahí entonces que se recurre a las pilas, las cuales en la mayor parte de los casos bastan para encender bien el filamento de un número pequeño de tubos durante un tiempo prudencial.

Los acumuladores son especialmente contruidos para suministrar una corriente eléctrica de gran intensidad, durante períodos de tiem-

po relativamente largos, sin que se noten caídas de potencia, es decir que el voltaje no disminuya; en cambio, las pilas pueden trabajar sin que haya caídas de potencia, pero siempre que no sean trabajadas con exceso. Por ello las pilas se usan cuando sólo se requieren corrientes débiles, caso de los tubos de poco consumo.

Con los acumuladores, en general, no es necesario guardar sino unas pocas recomendaciones en cuanto a su uso, pues sólo basta con saber que no es posible hacer descargar un acumulador a más del

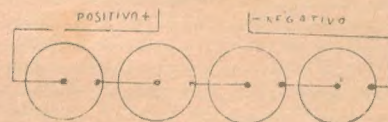


Fig. 4.—Conexión en serie para un tubo tipo U. V. - 201 - A.

diez por ciento de su carga, es decir que un acumulador de 50 amp. horas, se le podrá extraer 5 amp., como máximo, durante diez horas. Pero con las pilas sucede algo diferente; en efecto, si a una pila se la descarga en forma que la cantidad de electricidad consumida, sea muy pequeña en relación al tamaño de la misma, como la pila se deteriora con el uso, al cabo de cierto tiempo, tendremos que no se ha podido aprovechar toda la energía, pues al cabo de algunos meses la pila aun sin gasto se descargará, pero si la sobrecargamos, los elementos químicos de que está formada la pila no podrán abastecer de electricidad a la misma y tampoco se podrá aprovechar la totalidad de la energía almacenada. Entre estos dos extremos es claro que hay el término medio adecuado.

Cuando se utilizan tubos de mínimo consumo, sólo bastará que el voltaje de las pilas sea de uno y medio volts, o bien de tres; así para los tubos WD 11 y otros que consumen 0,25 amp. y 1 1/2 volts, se deberán disponer las pilas de acuerdo a la fig. 1; si se emplean tubos 199 o Philips, etc., se colocarán en la forma indicada en la fig. 2. Estas formas de colocar las pilas, difieren grandemente y se llama en paralelo en el caso de la fig. 1 y en serie en el caso de la 2.

Si se usan más de tres tubos 199, por ejemplo, la mejor manera de colocar las pilas es la indicada en

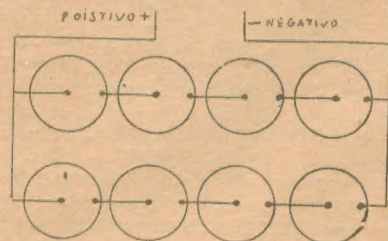


Fig. 5.—Conexiones de series en paralelo para 2 tubos tipo U. V. - 201 - A.

la fig. 3, y es la que se llama serie paralelo.

Si ahora deseamos colocar pilas a las lámparas de consumo mediano, tales como las UV 201-A u otras, deberemos siempre colocar las pilas en forma de que el consumo se mantenga entre un cuarto y un octavo de amperio, lo cual se consigue colocándolas en la forma de la fig. 4 y 5.

En caso de utilizar mayor número de tubos, deberán emplearse acumuladores.

Últimas creaciones de la moda femenina



1. Traje para playa y club, en crespón Georgette negro, plisado a máquina muy finamente y adornado con un ligero encaje negro.—2. (Creación Cyber). Traje de velo de crespón Georgette, tono avellana, liso y plisado y adornado con un encaje color ocre.—3. (Creación Berthe Hermance). Traje para la tarde, confeccionado en crespón-satén, tono madera de rosa y con pechera de encaje ligero, color ocre.—4. (Creación Berthe Hermance). Traje para club, de crespón Georgette, en color negro, guarnecido con encaje negro y encaje presilla oro. El mismo traje puede confeccionarse en color beige con encaje tono sobre tono.





Thais

Estas galletitas no sólo constituyen el deleite de los niños, sino que han logrado ya una aceptación decidida de parte de los mayores. Y es que el sabor semidulce de su masa, liviana y delicada, las hace igualmente exquisitas con el te como con café y licores.

Pídalas a su proveedor y así, luego, a la hora del te, habrá alrededor de su mesa un motivo más de franca satisfacción.

Se venden en todo el país.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires